

COINCIDENCIA

Millonaria



GINA ROSI

COINCIDENCIA MILLONARIA

Gina Rosi

Contenido

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

INTRODUCCIÓN

Él cree que ella es una prostituta.

Ella cree estar enamorada de otra persona.

Después de una noche memorable, Sarah Foster no puede dejar de pensar en el sexy hotelero multimillonario Aaron Court y la forma en que su toque le prendió fuego. Pero por lo que ella sabe, nunca volverá a verlo, y está bien, porque de todos modos prefiere no arriesgarse a enamorarse de él.

Para Aaron, una noche no es suficiente. Quiere a Sarah y no está dispuesto a retroceder. Él siempre consigue lo que quiere y ella no será la excepción.

Incapaz de resistir su atracción por Aaron, Sarah decide darle lo que quiere, pero en sus propios términos.

Una semana. Solo sexo. Sin compromiso.

¿Qué pasa cuando el amor no está permitido, pero todo lo demás sí?

CAPÍTULO 1

—Deberías conectarte totalmente con Chad esta noche.

—¡Qué! —Exclamo—. ¡De ninguna manera! —Miro hacia arriba y me encuentro con los ojos grises de mi prima en el espejo. Ella está de pie detrás de mí, arreglando mi masa de cabello cobrizo intenso con mechas rubias en preparación para la fiesta de cumpleaños de Chad Black, a la que prácticamente me obliga a asistir. En este momento me está mirando con su propia expresión particular de exasperación.

—En serio, Sarah —dice, insertando otro alfiler en mi cabello para mantener el estilo que está creando—, necesitas divertirte un poco. Y por lo que me has dicho, Chad es lindo, sexy y está ansioso por darte justo lo que necesitas.

—Yo y todas las demás chicas de Nueva York —me burlo—. Vamos, Liz, no está tan mal. Me divierto. Te tengo a ti, Brandon, todos esos hermosos libros en mi e-reader y un trabajo increíble —hago una pausa—, que no es tan sorprendente, pero lo que sea.

Liz se ríe y se echa hacia atrás el pelo negro y rizado que le llega hasta la espalda. Ella acababa de regresar del trabajo cuando le hablé de la fiesta de Chad, a la que no estaba seguro en ese momento, a la que quería asistir. Inmediatamente, lo dejó todo y comenzó a ayudarme a prepararme, insistiendo en que tenía que irme. Ella debe estar cansada, después de un largo día en el bufete de abogados donde trabaja, pero aún se ve deslumbrante. Me gusta pensar que nos parecemos, al menos en cuanto a rasgos, nuestros padres son gemelos idénticos después de todo, pero en el color tomamos como nuestras madres. Mi piel es pálida y un poco rosada en un buen día, mientras que Liz tiene un tono caramelo claro absurdamente hermoso.

—Estoy segura de que sabes lo patético que es cuando mi novio, yo, los libros y el trabajo somos tu único derecho a una vida llena de diversión —dice Liz, todavía sonriendo—. Cuando dije divertido, no me refería a la versión PG. —Me mira a los ojos en el espejo y baja la voz a un susurro teatral—. Me refiero al sexo.

Me río. —No voy a tener sexo con Chad. Es suficiente con que prácticamente me obligues a ir a su fiesta.

—Sí —dice sin arrepentirse—, Brandon pasará la noche y no quiero preocuparme por ser ruidosa. —Ella sonrío con picardía—. De todos modos, ambas sabemos que si no te obligo, te sentarás en tu habitación suspirando por ya-sabes-quién.

Niego con la cabeza. —No suspiro, y puedes decir su nombre.

—Sé que puedo, solo deseo que lo olvides. —Me clava otro alfiler en el pelo.

—Su nombre es Jim Weyland —digo obstinadamente.

Ella pone los ojos en blanco—. Y es un idiota.

—Él no es.

—Es demasiado.

Las dos nos reímos, recordándonos cuando éramos niñas. Prácticamente crecimos juntas y hemos sido inseparables toda nuestra vida.

Su risa termina en una pequeña risa. —No sé tú, pero cuando un chico te invita a salir, te lleva,

pasa dos meses haciéndote enamorar de él, y cuando finalmente le dices cómo te sientes, te dice que él también te ama, pero... —se detiene—, ¿cuáles fueron las palabras exactas de nuevo?

Yo no respondo. No quiero recordar. A veces, todavía es demasiado doloroso pensar en ello.

Liz tiene razón. Paso demasiado tiempo pensando en Jim Weyland. El escritor de largometrajes más renombrado de Gilt Traveler, un viajero de aventuras de fama mundial, y el hombre del que he estado enamorado, silenciosamente y sin ser correspondida durante los últimos dos años.

Inmediatamente después de la universidad, conseguí un trabajo en Gilt Traveler, una de las muchas publicaciones propiedad de Gilt Magazines. Me enamoré de Jim en mi primer día en el edificio después de la entrevista, cuando pasó junto a mí en el vestíbulo. Había empezado como asistente de Mark Willis, el editor principal de funciones, y me dirigía a los ascensores cuando un chico alto, moreno y apuesto con confianza se acercó a mí, haciéndome mirar fijamente. Me guiñó un ojo y casi me tropecé con mis tacones de ocho centímetros.

No sabía quién era en ese momento, pero lo descubrí muy pronto. Por alguna providencia divina, también trabajó en Gilt Traveller. Era un escritor talentoso, guapo, encantador y nada parecido a los chicos que había conocido en la universidad. Me invitó a cenar, convirtiéndome en la envidia de todas las chicas de Gilt, porque nunca había salido con nadie de la oficina.

Fue mágico. O eso creía yo. Al final de la semana, me acosté con él. Al poco tiempo, supe que me estaba enamorando de él. Estúpidamente, le dije cómo me sentía, y él respondió diciéndome que yo era dulce y que él también me amaba, pero que nunca podría comprometerse con ninguna mujer y que solo me haría daño a la larga si lo intentaba.

—Lo digo en serio cuando digo que te amo —dijo con seriedad, con una expresión apasionada que siempre me había hecho sentir como si yo fuera la persona más especial del mundo para él—. Significaría mucho para mí si pudiéramos ser amigos después de esto.

Liz todavía está esperando que responda. Cierro los ojos, tratando de bloquear el triste recuerdo—. Dijo que no puede comprometerse con una sola mujer.

—Eso —dice Liz—. Cuando un chico hace eso, es un idiota, y no sigues siendo amigo de él por ningún motivo. Ni siquiera irías a la fiesta de Chad esta noche si Jim estuviera en la ciudad para decir 'Oye, Sarah, ¿por qué no vamos a pasar el rato en este o aquel café? Seré tan encantador y divertido, mientras me complace el hecho de que en solo dos meses conmigo, te hice incapaz de enamorarte de nadie más'.

Hemos tenido esta pelea un par de veces, aquella en la que ella me dice lo poco saludable que es mi amistad con Jim para mí, y yo trato de defender a Jim y el hecho de que dos años después de que me rompió el corazón, todavía estoy en amor con él.

Cuando no respondo, Liz, inusualmente, deja el asunto descansar. Clava un último alfiler en mi cabello y da un paso atrás, mirando su obra. La mayor parte de mi cabello está recogido en un peinado que es intencionalmente desordenado, pero elegante, con algunos mechones enmarcando mi rostro. Es encantador.

Me encuentro con los ojos de Liz en el espejo y sonrío con agradecimiento. —Gracias.

Ella le devuelve la sonrisa. —No hay problema. Ahora ve a esa fiesta y diviértete. —Ella guiña un ojo—. En caso de que cambies de opinión y decidas sacudir el mundo de Chad. Dejé un regalo en tu bolso.

Mirándola con recelo, me acerco a mi cama y cojo el bolso negro, lo abro y pongo los ojos en blanco ante el 'presente'.

—Definitivamente no los necesitaré —digo con una sonrisa.

Liz se encoge de hombros. —La noche aún no ha terminado. Permíteme un poco de esperanza.

* * * *

Menos de una hora después, estoy frente a la sala Oyster, un exclusivo restaurante y bar en el segundo piso del Swanson Court Hotel. Desde el exterior, es imposible adivinar que hay una fiesta en el interior.

Deteniéndome en el pasillo fuera de las puertas, veo mi reflejo en el cristal y agradezco a mis estrellas por Liz. También me ayudó a escoger mi ropa, un vestido verde oscuro del mismo color que mis ojos, con un escote sugerente y un dobladillo que termina justo por encima de mis rodillas, combinado con tacones negros que suman diez centímetros a mi modesto metro sesenta y cinco.

Satisfecho de que nada está fuera de lugar, abro las puertas y entro en una tranquila antesala ocupada por una sonriente anfitriona, que me dirige hacia otro par de puertas que se abren directamente al restaurante. En el interior, la fiesta está en pleno apogeo, y aparentemente incluye a todos los jóvenes elegantes, artísticos o creativos de la ciudad de Nueva York. Eso no es sorprendente. Chad Black, el celebrante, es un fotógrafo galardonado que a veces trabaja para Gilt Traveler.

Desde la entrada, vislumbro a algunas personas de la oficina, y luego a Chad al otro lado de la habitación, susurrándole algo a una rubia increíblemente delgada, que se ríe de lo que sea que esté diciendo. Chad típico. Le encanta coquetear, y ha estado intentando, de muy buen humor, meterse en mis pantalones durante años. Tomo una copa de champán de un camarero que pasa, con los ojos todavía en Chad. Es guapo, muy guapo, con cabello largo y castaño, ojos color caramelo y una sonrisa encantadora que le da la apariencia de ser el vecino inofensivo, amistoso, pero increíblemente atractivo. Lo sé mejor, su amor por las mujeres es generoso, no discriminatorio y definitivamente no monógamo.

Levanta la vista de la oreja del rubio y me nota. Sonriendo, se disculpa y se acerca. —Sarah, cariño —exclama por encima de la música pop fuerte, luego me besa en ambas mejillas antes de inclinarse hacia atrás para mirarme—. Te ves impresionante.

—Tú también —respondo, esquivando una segunda ronda de besos—. Gran fiesta.

—¿Yo sé, verdad? —Toma mi mano y hay un destello cuando alguien toma una foto. No tengo tanta influencia social como algunas de las otras chicas de Gilt, así que no me preocupa que mi foto aparezca en alguna de las columnas de moda o chismes.

Chad todavía está hablando. —Tengo grandes amigos que se dan cuenta de que no hay nada más importante que celebrar el hecho de que hace veintiocho años vine a este mundo en beneficio de las mujeres de todas partes —proclama.

Me río. Estás tan lleno de eso.

—Sí —responde con una sonrisa encantadora—. Pero me amas.

—Sí

—Entonces, ¿por qué no me dejas mostrarte lo loco que estoy por ti?

Le doy un manotazo en el brazo. —Porque me amo demasiado.

Suspira exageradamente. —Ven entonces. Te presentamos a algunos de mis amigos. —Tirando de mí a través de la habitación, me lleva a un grupo de personas hablando y riendo con bebidas y bocadillos.

—Chicos, esta es Sarah —anuncia Chad—, en cuyas bragas estoy tratando de meterme. —Me guiña un ojo, impenitente, mientras sus amigos ululan.

Alguien tira de su manga y le susurra algo al oído. —Vuelvo enseguida —me dice antes de irse para ocuparse de lo que necesite.

Uno de los amigos, un tipo de cabello castaño desordenado y rostro sin afeitado, me dice su nombre con un acento británico fresco. También presenta al resto del grupo. Hay un pintor, una morena con curvas que trabaja en un tabloide, un crítico gastronómico y la mezcla típica de escritores, artistas y otros tipos creativos. —La mayoría de las veces fuimos a la universidad con Chad —dice un británico—. ¿Cómo lo sabes?

—Él hace un trabajo para nosotros..., la revista donde trabajo.

—¿Qué revista? —La pregunta viene de la pintora, una mujer menuda con un corte pixie.

—Viajero dorado —respondo.

—Esa es buena. —La escritora sensacionalista, creo que su nombre era Annabel, parece impresionada—. ¿Qué haces?

—Soy un asociado de funciones —les digo. Es el título oficial de mi trabajo real, que consiste en escribir los pequeños artículos en los que los escritores no pueden molestarse.

—Suenan como un buen concierto —dice alguien.

—Sí, lo es —estoy de acuerdo con un encogimiento de hombros.

—No puedo esperar el momento en que una modelo en bikini salga de un pastel —declara un británico, terminando su bebida e inmediatamente cogiendo otra de una bandeja que pasa.

—¿Pasará? —Pregunto interesada. Nunca había visto algo así fuera de las películas.

—No es probable. No es una fiesta de fraternidad. —Suenan melancólico.

Chad regresa. —Entonces, chicos, ¿habéis convencido a Sarah de que valgo al menos una noche de su tiempo?

—¿Eres tú? —Dice una de las mujeres, sacudiendo su cabello—. No por lo que recuerdo.

El resto del grupo se echa a reír y me uno a ellos. Chad intenta parecer molesto, pero falla.

—¡Chad, cariño! —La voz suave viene del otro lado de la habitación y todos miramos en esa dirección. La oradora es una mujer vagamente familiar, alta y esbelta, con una masa salvaje de cabello rubio oscuro y piernas de un kilómetro de largo luciendo un mono ajustado.

—Aquí viene Claudia —oigo decir a alguien.

Pero no estoy escuchando. Mi corazón está martilleando, mis ojos se fijaron en el hombre de pie junto al recién llegado.

Jim Weyland.

¿Qué está haciendo él aquí? Pienso, presa del pánico y eufórico al mismo tiempo. Se supone que debe estar en Inglaterra, haciendo paracaidismo con Reese Fletcher, el temerario multimillonario de la electrónica de sesenta años. Habíamos hablado por teléfono hace solo unos días, y no mencionó nada sobre regresar a Nueva York.

Sin embargo, aquí estaba, con la mujer más hermosa de la fiesta, nada menos.

Todavía no me ha visto, así que tengo tiempo de mirarlo. Él está de pie, mirando a su cita mientras se arroja a los brazos de Chad, su expresión, esa irresistible combinación de aburrimiento y misterio que solo algunos chicos pueden lograr. Su cabello oscuro es corto a los lados y hacia atrás, más largo al frente, con un atractivo mechón cayendo sobre su frente. Su cuerpo, perfecto con una elegante camisa y pantalones oscuros, está en forma y atlético. Mi corazón se atormenta en mi garganta, llenándose con el familiar dolor agri dulce que siento cada vez que lo veo.

—¿Quién es su compañero? —Pregunta Annabel.

—Ese es Jim Weyland —dice un británico—. Ahora hay un tipo que sufre de pasión por los viajes. Ha estado por todo el mundo. Hubo un especial de tres episodios de su experiencia en las corridas de toros españolas a principios de este año. Nunca antes me importó un carajo, pero ahora quiero ir a España. —Detiene su narración para mirarme—. Él también escribe para Gilt,

así que deberías conocerlo.

—Sí —digo en voz baja, todavía mirando a Jim. A veces, como ahora, todavía me pregunto por qué acepté seguir siendo amigos. En ese momento, pensé que eso era lo que significaba ser sofisticada, poder actuar como si no me importara, incluso cuando mi corazón estaba destrozado. Había pagado un alto precio por esa sofisticación en los últimos dos años. Sonriendo por fuera, pero muriendo por dentro mientras iba de tarea en tarea, escribiendo artículos magníficos, apareciendo en televisión y teniendo aventuras con mujeres de todo el mundo.

Todavía no me ha visto. Sus ojos están puestos en su cita y no lo culpo. A estas alturas, he colocado su rostro. Es una famosa modelo británica y es hermosa. Exactamente de su tipo.

—Chad fotografió a Claudia para una campaña de rodeo cuando ambos eran principiantes —dice un británico. —La hizo famosa como la modelo de 'asunción de riesgos' a tener en cuenta en ese entonces. Creo que es la única mujer con la que nunca intenta acostarse. No te ofendas, por supuesto.

—Ninguno tomado —respondo distraídamente. Ya me olvidé de Chad. Miro de Jim a Claudia. Ella es solo la última de una larga lista de mujeres con las que ha salido a lo largo de los años. Aunque con cada uno, se vuelve cada vez más improbable que algún día se dé cuenta de que tal vez, solo tal vez, sus sentimientos por mí son más que los de una simple amistad.

—Si Chad estaba tratando de acostarse con ella, se sentirá muy decepcionado —dice Annabel. —Escuché que se comprometió con un escritor. Tal vez este galán con el que entró.

Respiro profundamente, mis oídos arden con la palabra 'comprometido'. En ese momento, Jim me ve. Hay un breve destello de sorpresa en sus ojos. Luego sonrío y todo mi cuerpo se llena de nostalgia.

—Sí, él es el indicado. —Una de las mujeres sostiene su teléfono, que tiene un popular sitio de chismes abierto en el navegador. Me obligo a no mirar el titular ni las fotografías.

Claudia está ocupada presentando a Jim y Chad, y mientras miro, Chad comienza a guiarlos a ambos hacia nosotros.

—Voy a ir al baño —no le digo a nadie en particular. Al encontrar una mesa cercana para colocar mi copa de champán, les doy la espalda a todos y encuentro una salida. Fuera del restaurante, me apoyo en la barandilla y respiro aire fresco y filtrado mientras trato de recuperar la compostura. Dejé que mis ojos viajaran desde el candelabro de cristal que colgaba aproximadamente un piso más arriba, hasta el magnífico vestíbulo de entrada en la planta baja. Es un hotel hermoso, con una arquitectura clásica antigua y evidencia de un mantenimiento cuidadoso e incansable. Lástima que mi primera visita se haya estropeado al tener que vigilar al hombre que amo con otra mujer.

Respiro hondo y me dirijo al ascensor, sabiendo que no quiero volver adentro y ver a Jim con su hermosa cita nuevamente. Tendré que disculparme con Chad más tarde, pero dudo que le importe demasiado. Probablemente ya haya una o dos mujeres esperando para irse a casa con él.

—Sarah.

La voz de Jim me detiene en seco. Me doy la vuelta, tratando de controlar el intenso anhelo que me llena mientras mis ojos se posan en él. —Hola Jim. —Obligo una sonrisa—. No sabía que habías vuelto.

Él se encoge de hombros. —Fue un poco repentino. —Sus ojos grises, viajan sobre mi vestido, luego regresan para posarse en mi rostro—. Te ves increíble.

—Gracias.

Hay un silencio incómodo. Por lo general, tenemos mucho de qué hablar. A estas alturas le habría estado interrogando sobre su viaje, sobre el paracaidismo con Reese Fletcher, y él me

habría estado dando sus típicas respuestas divertidas. Pero no hoy. ¿Tiene idea de cómo me siento? ¿Es consciente de lo que me ha costado ser su amigo estos dos años? ¿Qué tan doloroso es para mí cada vez que lo veo con otras mujeres?

Lo dudo. Después de que me rechazó, me volví mucho mejor ocultando mis sentimientos.

—Es bueno verte —dice, acercándose. Sus labios se curvan en una pequeña sonrisa familiar. —No esperaba que estuvieras aquí, pero me alegro de que lo estés. ¿No me digas que te vas?

—Yo... Sí, en realidad.

—Es una pena. —Parece decepcionado, y por un momento, imagino que tal vez estaba deseando pasar tiempo conmigo. Esa esperanza se va por la ventana con sus próximas palabras—. No conociste a Claudia.

Claudia Sever. La modelo con la que vine. El vacío en mi estómago se ensancha. —¿Es verdad? —Pregunto—. ¿Estás comprometido?

Él sonríe. —Es una locura, ¿no? ¿Quién hubiera pensado que alguna vez me asentaría?

—Sí —estoy de acuerdo, mi corazón se rompe—. ¿Quién lo hubiera pensado?

El silencio se alarga de nuevo. Se supone que debo desearle felicidad, como lo haría una buena amiga, pero no me atrevo a decir las palabras. No cuando todavía me aferraba a la esperanza de que cuando finalmente diera ese paso, estaría conmigo.

Obligo una pequeña risa, e incluso para mí suena falsa y triste. —¿Entonces qué pasó? Me dijiste que nunca podrías establecerte con una sola mujer.

Él frunce el ceño. —Eso fue hace mucho tiempo.

Mis ojos se nublan. Es difícil entender cómo tus sentimientos por alguien pueden ser todo para ti y, sin embargo, nada para ellos. —A veces todavía duele como ayer —digo suavemente.

—Sarah... —cierra la distancia entre nosotros y coloca unas manos reconfortantes en mis hombros—, sabes que te amo.

Las palabras salen de su boca con tanta facilidad. Palabras que en otras circunstancias significarían mucho para mí.

—Entonces por qué... —Me detengo antes de hacer el ridículo por completo. ¿Por qué no podemos estar juntos? ¿Por qué sigues rompiendo mi corazón?

—Sarah —dice con firmeza—, somos amigos. Deberías estar feliz por mí.

Me aparto de él, dejando que sus manos caigan de mis hombros. —Éramos más que amigos, y estuvo bien. Fue maravilloso. Fue lo mejor que me ha pasado. —Dejo de hablar, veo la situación como es realmente. Yo, lanzándome una vez más contra un hombre que ha dejado claro que no me quiere.

Su silencio se suma a mi vergüenza. Cierro mis ojos. —Te deseo todo lo mejor —murmuro, antes de darme la vuelta y apresurarme hacia los ascensores. Puedo sentir las lágrimas picando en mis ojos y parpadeo furiosamente para evitar que se caigan.

¡Dios! Debería haberle arrojado su amistad a la cara cuando tuve la oportunidad.

Liz trató de decírmelo muchas veces. —Él sabe que estás enamorada de él y quiere que sigas así, así que siempre estarás ahí. Es una cuestión de ego. Mientras lo dejes, te quedarás atrapada en el mismo lugar mientras él persigue a las mujeres que presentan un verdadero desafío.

No había escuchado. Había estado demasiado ansiosa, demasiado dispuesta a aceptar el pequeño ofrecimiento de Jim. Pensé que, si pasábamos tiempo juntos como amigos, seguramente vería que estábamos destinados a ser más que eso.

¡Qué patético!

Las puertas del ascensor se abren y, afortunadamente está vacío. Entro y presiono el botón de la planta baja, incapaz de controlar las lágrimas que se acumulan cuando las puertas se cierran de

nuevo.

El viaje es corto. Después de solo unos segundos, el ascensor se detiene en la planta baja. Para entonces mi cara está mojada por las lágrimas, y una mirada a mi reflejo en las paredes espejadas me dice que no estoy en condiciones de entrar al vestíbulo. Me froto las manchas de rímel en el párpado inferior y, sin mirar, presiono un botón para que el ascensor vuelva a subir. Con suerte, subir y bajar de nuevo me dará algo de tiempo a solas para reparar el daño que Jim ha hecho, tanto en mi cara como en mi corazón.

Para cuando el ascensor se detiene en el piso superior y emite un pitido. Mi rostro está bajo control de nuevo. Ahora solo quiero irme a casa y olvidarme de todo lo de esta noche. No es que sea fácil. Todavía tendré que enfrentarme a Jim en el trabajo, y no tengo idea de cómo voy a hacerlo. Yo suspiro. Pase lo que pase, estoy harta de ser su compañera de referencia.

Escucho otro pitido y me doy cuenta de que una pequeña caja en el panel del elevador me solicita un código. Arrugo la frente. En la parte superior del panel, el botón marcado 'PH' está brillando. Estoy en el ático y el ascensor probablemente necesite un código para abrir las puertas. No tengo un código, obviamente, así que hago una pausa, preguntándome qué hacer.

Ni siquiera me di cuenta de que había presionado el botón del ático. Solo quería tiempo para arreglar mi cara. Presiono el botón de la planta baja, esperando que funcione. La solicitud del código vuelve a sonar.

Bien, entonces, ¿qué se supone que debo hacer ahora? Debe haber un botón de emergencia en alguna parte. Estoy buscando a lo largo del panel cuando, de repente, las puertas del ascensor se abren.

Y mi respiración se detiene.

Algo pasa. O la tierra cae o de repente deja de girar. Me siento desequilibrada, como si fuera a perder el equilibrio. Mi mano encuentra la barandilla de aluminio dentro del ascensor, y me apoyo en ella para apoyarme mientras miro al dios griego que está al otro lado de las puertas abiertas.

No hay otra forma de describirlo. Es alto, al menos una cabeza más alto que yo, con piernas largas, caderas delgadas y hombros anchos que lucen con un traje gris oscuro perfectamente entallado, combinado con una camisa blanca como la nieve. No lleva corbata, y el botón superior de su camisa está abierto, exponiendo su garganta y un pequeño indicio de pecho duro y musculoso.

El cabello dorado oscuro enmarca su rostro. Es ondulado y lo suficientemente largo como para burlarse de su cuello, con algunos mechones brillantes que resaltan las ondas oscuras. ¡Y su cara! Me hace incapaz de recordar qué estoy haciendo exactamente en el ascensor. Cejas aladas, ojos de un azul cerúleo profundo y nariz griega, delgada y puntiaguda como una punta de flecha. Sus labios son carnosos y sensuales, y por alguna razón, me hacen empezar a pensar en susurros, besos y esos mismos labios trazando un camino en mi piel acalorada.

Miro, perdida en las brillantes profundidades de sus ojos, e incapaz de apartar los míos. Curiosamente, parece como si todo lo que sucedió antes de este momento de alguna manera hubiera perdido toda importancia. Como si él también pudiera sentirlo, su ceño se frunce, una expresión de desconcierto entra en los ojos que parecen estar desnudándose y mirando en lo más profundo de mi alma. En ese momento, siento como si lo conociera. Como si lo conociera de toda la vida.

Doy un paso atrás, mis dedos rodeando la barandilla y sosteniéndome. Finalmente, recuperando el uso de mis pulmones, respiro profundamente, tratando sin éxito de disipar el efecto que su innegable sensualidad masculina está teniendo en mí. No ayuda que todavía me esté mirando, sus ojos viajando arriba y abajo de mi cuerpo como si supiera exactamente lo que va a hacer con él.

Cierro los ojos, trato de ordenar mis pensamientos e ignoro todas las imágenes carnales que se han apoderado de mi cerebro. Bien, probablemente sea el dueño del apartamento. El hombre de la contraseña. Parece como si estuviera saliendo. Debe haber abierto el ascensor desde adentro y probablemente se sorprenda de encontrarme justo afuera de su apartamento, mirándolo como si nunca antes hubiera visto a un hombre.

—Buenas noches —empiezo vacilante, tratando de encontrar las palabras para explicar por qué estoy allí.

Solo hay un pequeño parpadeo de sus ojos para mostrar que me escuchó. Me considera por unos momentos más, mientras yo me pregunto si va a reconocer mis palabras, y luego una de sus perfectas cejas se arquea.

—Bueno —dice finalmente, con una voz que es casi un susurro suave, pero profunda, áspera y tan increíblemente sensual, que envía escalofríos por mi espalda—. No eres lo que yo hubiera elegido, pero lo harás.

CAPÍTULO 2

No entiendo una palabra de lo que acaba de decir, pero eso podría deberse al hecho de que mi cerebro todavía está desconcertado por su descarada sensualidad. Observo como da un paso atrás e inclina la cabeza en un gesto que me dice que quiere que entre al apartamento.

—Adelante.

Ya estoy entrando en el vestíbulo de entrada antes de despertarme por los efectos de su voz. Me detengo y le frunzo el ceño. ¿Qué quiere decir con "lo haré"?

—Um.. —comienzo, buscando palabras. Que voy a decir: *No sé quién crees que soy, pero estaba escondida en el ascensor mientras trataba de reparar el daño a mi maquillaje de llorar por un tipo al que no le importaba un comino, y terminé en frente de tu apartamento. Ahora, si no le importa, me gustaría... dudo. ¿Qué quiero hacer exactamente?*

No quiero irme. Eso es seguro. Hay algo de ensueño en ser conducido a un apartamento de lujo de un millón de dólares por un hombre que parece haber salido de una sesión de fotos del 'hombre vivo más sexy'. ¿Cree que lo haré? ¿Por qué exactamente? Quiero saber, y en algún lugar de una parte desvergonzada de mí, espero desesperadamente no decepcionarlo.

Ve mi vacilación. —Adelante —repite con esa voz fascinante—, no voy a morder. —Hay una breve pausa—. A menos que tú quieras.

De repente, tengo una extraña y dolorosa sensación en el estómago. Tomo una bocanada de aire, mis piernas me impulsan hacia el vestíbulo con poca luz. Claramente piensa que soy otra persona, pero sea quien sea, estoy más que listo para interpretar el papel, al menos por ahora.

Abre el camino a través del vestíbulo hacia una gran sala de estar con ventanas del piso al techo que dan a la ciudad. Mientras camina, se quita la chaqueta y la deja caer descuidadamente en un sofá para unirse a una corbata desechada—. Toma asiento —dice, volviéndose para mirarme. Sin la chaqueta, sus hombros anchos, cintura estrecha, caderas delgadas y los músculos duros debajo de su camisa son obvios, demasiado obvios.

—¿Quieres una bebida? —él pregunta.

Me toma un momento apartar mi mente de los pensamientos de su cuerpo—. Um.. ¿Brandy, agua, vino...?

—Brandy —le digo.

Me da un pequeño asentimiento, luego camina a través de la sala de estar hasta un bar al lado, donde se sirve dos vasos y luego agrega cubitos de hielo. Me las arreglo para apartar los ojos de su cuerpo para poder mirar a mi alrededor. La habitación está amueblada con buen gusto, la arquitectura clásica complementada con una decoración lujosa sin ostentación. Se siente como en casa. Un lugar donde espera que viva una familia.

Me pregunto si está casado.

Bueno, no es como si planeara acostarme con él, me digo, continuando con mi admiración por la habitación. Algunos de los muebles son piezas antiguas clásicas, y las paredes están cubiertas con algún tipo de acabado texturizado, con cuadros colgando aquí y allá. Hay un retrato familiar que muestra a una pareja que obviamente son sus padres, basado en su parecido con el hombre de

la imagen, y dos niños, varones.

Claramente es el mayor de los chicos. Es el mismo rostro perfecto, solo que más joven. Junto al retrato, hay un gran original en blanco y negro de una hermosa bailarina, su postura elegante mientras salta por el aire. Es la misma mujer del retrato familiar, aparentemente su madre. En la parte inferior del marco, reconozco la cita de Andrew Marvell: Mil años deberían ir para alabar tus ojos y tu mirada en la frente.

—Aquí. —Me aparto de la imagen mientras esa voz suave y ronca se derrama sobre mí de nuevo, haciéndome temblar. Suena a tentación, y no puedo imaginar a ninguna mujer que no esté de acuerdo con cualquier sugerencia hecha con esa voz.

Me entrega la bebida, sus ojos en mi rostro, y hago todo lo posible por mantener firme mi mano cuando le quito el vaso. Casi fallo cuando sus cálidos dedos rozan los míos. Es solo un pequeño toque, pero lo siento en todas partes, desde mis dedos hasta mis muslos.

Aún mirándome, se deja caer con gracia a mi lado en el sofá. No puedo apartar mis ojos de él. Siento casi como si pudiera mirarlo para siempre.

—¿Te gusta el ballet?

—Hmm. —Estoy tan perdida mirándolo que me toma un tiempo registrar sus palabras.

Señala la huella de la bailarina. —Parecías interesado en la foto.

—Bueno, me gusta el ballet, tanto como a cualquier niña pequeña que alguna vez haya querido usar un tutú. —Me río nerviosamente. Tanto Liz como yo habíamos asistido a clases, pero lo dejé solo después de unos meses. Preferí leer, incluso entonces—. Pero estaba mirando la cita en la imagen —continúo—, Es de uno de mis poemas favoritos.

Una ceja se levanta, solo un poco, pero vuelve a llamar mi atención hacia sus ojos. Parecen zafiros, decido, oscuros y ricos, con un brillo irresistible en el fondo. —Si tuviéramos suficiente tiempo y mundo —cita—, esta timidez, señora, no sería un crimen. —Las comisuras de sus labios esculpidos se levantan en una pequeña sonrisa. Pero no eres tímida, ¿verdad? Eso sería incompatible con su profesión.

Frunzo el ceño, no estoy seguro de lo que quiere decir. Está examinando lentamente mi cuerpo de nuevo, casi como si me desnudara con los ojos. Debería estar molesta de que este extraño me esté comiendo con los ojos tan abiertamente, pero no lo estoy. En cambio, puedo sentir que mi cuerpo responde. El calor se despliega en mi vientre, extendiéndose hasta que puedo sentir la insistente necesidad por todo mi cuerpo.

¿Qué estoy haciendo? Hace unos minutos estaba devastada porque descubrí que había estado esperando en vano a que Jim decidiera que yo era la chica para él. Ahora aquí estoy, dejando que otro hombre me excite, lo que, para su mérito, estaba haciendo con solo mirarme.

Debo explicarle que no soy quien él cree que soy y marcharme. Pero no todavía. Yo quiero...

Quiero que siga mirándome con esa mirada sensual y ardiente. Quiero seguir escuchando esa voz pecaminosa. Quiero sentir sus manos sobre mí.

Tomo un sorbo rápido de la bebida que me dio, rompiendo el contacto con sus ojos. No puedo estar considerando el sexo casual con un completo extraño.

Un extraño increíblemente caliente y sexy, que me tiene sufriendo por él sin siquiera tocarme en absoluto.

Arrastro mis ojos de nuevo a la impresión en la pared y la línea de poesía, aunque preferiría estar mirándolo. —La mujer del poema —digo—, ¿estaba siendo tímida o cuidadosa? Mucha gente ha abandonado la precaución y se ha rendido a la pasión, y sin embargo, se arrepiente más tarde. —Estoy divagando, pero no puedo parar. Es la única forma de escapar del efecto fascinante de estar tan cerca de él.

Él no responde, así que me doy la vuelta para mirarlo. Sus ojos están en mi cara, un brillo curioso y especulativo en sus profundidades azules. ¿Cómo pueden sus pestañas ser tan largas? Me pregunto, mitad de admiración y mitad de celos.

—Tienes toda la razón —dice finalmente, con una pequeña risa—. Aunque solo mi hermano encontraría una prostituta que hablara de poesía en el trabajo.

¡Una qué! Trago un trago de brandy y el líquido ardiente baja por los lugares equivocados. Farfallo, casi tirando el vaso mientras trato de controlar mi garganta.

Está en el bar y regresa en lo que parecen milisegundos. —Aquí —toma mi brandy y me entrega un vaso de agua. Bebe esto.

Le tomo el agua y tomo un gran trago. ¡Cree que soy una puta!

¡No es de extrañar! Esperaba una prostituta. Le devuelvo el agua, incapaz de mirarlo a los ojos. Debería decirle ahora que está equivocado, pero sus dedos se cierran sobre los míos. Son firmes, cálidos y duros, e incluso con ese ligero toque puedo sentir el pulso caliente que se intensifica entre mis muslos.

¡Cree que soy una puta!

—¿Estás bien? —pregunta suavemente.

Sus dedos todavía están sobre los míos, distrayéndome, haciéndome pensar en todos los otros lugares donde quiero que me toque. Es solo sexo, me digo, y Dios sabe que después de dos años de estar atrapada en la zona de amigos con Jim, podría hacer algo de eso. Aunque solo sea para que mi mente pase a otras cosas.

Me lamo los labios, nerviosa al pensar en lo que estoy a punto de hacer. ¡Cree que eres una prostituta! Una voz interior de la razón me grita, pero no escucho. Solo puedo sentir la creciente excitación en la boca del estómago y la dolorosa necesidad en mi cuerpo.

—Estoy bien —le digo, aventurándome con una pequeña sonrisa—. Lo bebí demasiado rápido, pero estoy bien.

—Bueno —Sus dedos todavía están alrededor de los míos, y me pregunto si puede darse cuenta de que mi corazón late como un maldito tambor. Me voy a acostar con este extraño, pienso casi con incredulidad. Voy a dejar que me folle de la forma que quiera porque cree que ha pagado por eso y voy a disfrutar cada minuto.

Me quita el agua y la pone sobre la mesa de café, sin apartar los ojos de los míos. De repente, me cuesta respirar. ¿Por qué estoy haciendo esto? Podría decirle que cometió un error y salir de aquí. Podría decirle que la prostituta que envió su hermano probablemente todavía está en camino. Podría ir a casa a mi cama vacía y pasar el resto de la noche llorando por Jim..

... O simplemente puedo dejar que cumpla la promesa de un sexo de dedos de los pies que puedo ver claramente en sus ojos.

—¿Cuál es tu nombre? —él pregunta.

—Sarah. —Mi voz es apenas más que un susurro.

—Soy Aaron.

Estoy haciendo esto, decido resueltamente, sonriéndole. ¿Qué pasa ahora? Me pregunto. ¿Cómo pasamos de intercambiar nombres a cuerpos entrelazados y sábanas de araña?

—¿Allan te dijo que era mi cumpleaños?

¿Quién...? —Sí —miento, adivinando que Allan es probablemente el hermano.

El asiente. —¿Cuáles son sus tarifas?

Por un momento, no tengo ni idea de qué decir. —Ya se ha hecho cargo... —murmuro.

—Por supuesto, pero dímelo de todos modos.

Tomo un número de la parte superior de mi cabeza que creo que es lo suficientemente

exorbitante para una prostituta de clase alta.

Parece impresionado. —Mi hermano está siendo muy generoso —dice con una pequeña risa. Me estudia por un momento—. Entonces... ¿qué obtengo por eso?

Hago una pausa. —La noche entera.

—¿Cualquier cosa que quiero?

Tomo una bocanada de aire, empujando la pequeña astilla de pánico fuera de mi mente. —Lo que quieras —le susurro.

Sus labios se arquean. —Sígueme —dice, levantándose del sofá.

Me lleva fuera de la sala de estar a un amplio pasillo, luego sube un tramo de escaleras hasta el piso superior. Camina con gracia, su fuerza obvia se mantiene firmemente bajo control. Él también se mueve rápido, así que no tengo tiempo para admirar el apartamento, o hacer más que asombrarme por el tamaño.

Arriba, abre la puerta de un gran dormitorio con paredes suaves de color grisáceo, grandes ventanales medio ocultos por cortinas largas y pesadas, y una cama perfectamente hecha. Una luz de la lámpara de noche en una de las mesitas de noche proyecta un suave resplandor alrededor de la habitación, dándole un ambiente íntimo. Hay un sillón cerca de las ventanas, un escritorio y una silla, y más cerca de la cama, hay un sillón de aspecto suave. Entro en la habitación y Aaron cierra la puerta detrás de nosotros.

—¿Tienes condones? —él pregunta.

Realmente no es una pregunta. ¿Qué prostituta que se precie no tendría condones? Empiezo a entrar en pánico, luego recuerdo el regalo de Liz. Gracias a las estrellas por Liz, pienso en silencio, abriendo mi bolso para recuperar el rollo de condones, antes de entregárselos.

Los toma, arrojándolos al borde de la cama antes de sentarse en el sillón. Todavía estoy junto a la puerta, y me hace señas para que entre más en la habitación.

Camino hacia él, de repente muy nervioso. Hay algo increíblemente sexy en la forma en que se recuesta en la silla con su cuerpo relajado y sus largas piernas abiertas.

Levanta una mano para detenerme antes de que llegue a él. —Quítate la ropa —dice.

Me tiemblan los dedos. ¿Por qué me tiemblan los dedos? Ha pasado un tiempo, pero no es que no tenga experiencia. Busco a tientas mi cremallera, tratando torpemente de bajarla. Finalmente, el vestido cae a mis pies, y estoy parado frente a este hombre sexy vestido solo con tacones altos, y mis bragas de encaje negro y sujetador.

Su rostro es ilegible. ¿Qué debería hacer ahora? ¿Ir con él? ¿Quedarse de pie y esperar a que venga y se lleve lo que, hasta donde él sabe, se ha pagado? Mientras todos los pensamientos pasan por mi mente, arquea una ceja hacia mí.

—Toda tu ropa.

¡Dios, esa voz! Respiro hondo y alcanzo detrás de mí para desabrochar mi sostén, liberando mis pechos mientras me lo quito de los hombros, antes de dejarlo caer al suelo. Sus ojos caen de mi cara a mis pechos expuestos, y como si realmente los estuviera tocando, mis pezones responden a su mirada, las puntas rosadas se tensan y se extienden. Engancho mis dedos en la banda elástica de mis bragas y las bajo lo suficiente para que puedan caerse solas, y luego me las saco.

Su expresión no cambia, pero sus ojos no me abandonan. Observo cómo se mueven desde mis pechos a lo largo de mi cuerpo.

—Sube a la cama —ordena, su voz un poco más áspera que antes.

La cama es una belleza de tamaño King. Nos imagino, cuerpos, entrelazados, rodando sobre él. Tragando saliva nerviosamente, camino hacia el borde, dándome la vuelta para enfrentar a Aaron

antes de bajarme sobre las suaves sábanas.

De repente, se levanta del sillón, elevándose sobre mí mientras comienza a desabrocharse los puños y luego a desabotonarse la camisa. —Quítate los zapatos, Sarah —dice—. Levanta las piernas y sepáralas, quiero verte tocarte.

Mis labios se abren casi involuntariamente, y nerviosamente, los mojo con mi lengua. Esto debería sentirse raro. Pero mientras lo veo desabrocharse los botones para revelar los músculos perfectamente definidos de su pecho, solo puedo sentir el aumento de pulsaciones insistentes entre mis piernas, haciéndome ansiosa por hacer lo que dice. Me quito los zapatos y levanto los pies hasta el borde de la cama, recostándome y separando las piernas lentamente, disfrutando del hecho de que sus ojos estén enfocados en mí. Mis dedos alcanzan entre mis pliegues húmedos, deslizándose fácilmente sobre las partes más sensibles de mí, y cierro los ojos, dejando escapar un pequeño gemido.

—Abre tus ojos. —Las palabras son un comando—. No los cierres. No hagas nada a menos que yo te lo diga.

Yo obedezco. Se quitó la camisa ahora, y la vista de los músculos duros y la tabla plana que es su estómago me dejó sin aliento. Su cuerpo está perfectamente esculpido, no voluminoso, solo delgado, fuerte e impecable.

Sus pantalones pronto siguen el camino de la camisa. Al ver la dura y tensa cresta de sus calzoncillos, me lamo los labios de nuevo, paralizada. Quiero verlo. Quiero tocarlo. Quiero pasar mi lengua por sus pezones y lamer la piel tensa sobre sus músculos. Me siento diferente a mí misma, como si la chica que soy hubiera desaparecido, dejando que un alter-ego hedonista se hiciera cargo. Lo quiero en mi boca, dentro de mí. Quiero que me agarre de las piernas y me mantenga quieta mientras se sumerge profundamente en mí. El pensamiento es casi suficiente para hacerme correr... Lanzo un gemido suave e impotente y me froto más fuerte. Mis entrañas palpitan de deseo. Quiero rogarle que se apresure. Muevo un dedo hacia la entrada húmeda y pulsante de mi cuerpo, luego lo deslizo dentro. Mi cuerpo se aprieta dulcemente. Quiero más.

Mis ojos siguen sus movimientos mientras se baja los calzoncillos para revelar la longitud total de su erección palpitante, y gimo de nuevo, suplicándole con los ojos que se apresure. Alcanza los condones y lo veo enrollar uno sobre su dura y turgente longitud.

Mi respiración está entrecortada ahora y no puedo apartar los ojos de él. Avanza hacia mí, su erección en puño en su mano. Nunca he deseado nada más de lo que lo quiero dentro de mí en este momento.

Arrodillado en la cama entre mis piernas, toma mi mano, deteniendo el movimiento de mis dedos. Luego se hace cargo, palmeándome mientras desliza dos dedos dentro de mí.

Mi cuerpo se aprieta ansiosamente y gimo, abriendo más las piernas mientras sus dedos se deslizan hacia adentro y hacia afuera, acariciando los lugares sensibles dentro de mí. Su pulgar encuentra mi clítoris y juega tranquilamente con la masa hinchada de nervios, volviéndome loca. Agarro las sábanas, mis caderas se mueven descaradamente para encontrar sus dedos.

—No pares. —Gimo, sintiendo el comienzo de un orgasmo. Necesito tanto esto—. Oh, por favor no pares.

En respuesta, inserta otro dedo y mi cerebro se apaga. Grito mientras mi cuerpo se tensa, luego se rompe en una enorme explosión de puro placer.

Ni siquiera tengo tiempo de recuperar el aliento antes de que me agarre de las piernas y me atraiga hacia él, hundiéndose en mí con un movimiento rápido. Grito impotente, rindiéndome al placer mientras él me llena, empujando profundo con cada golpe duro como una roca.

Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, urgiéndolo más profundo. Todo mi cuerpo se

siente cálido y dulce. Ya puedo sentir que viene otro clímax cuando el calor se extiende desde mi núcleo. Acelera el paso, su pecho se aprieta mientras bombea más fuerte y más rápido. Gruñe suavemente con cada embestida segura, sus ojos cerrados, sus labios ligeramente abiertos mientras aprieta sus caderas contra mí. Vengo con un fuerte gemido, mi cuerpo sufre espasmos mientras las olas de placer me invaden. Se hunde más profundamente, un fuerte gemido escapa de sus labios mientras su clímax lo atrapa y lo deja jadeando, su pecho agitado mientras libera mis piernas.

CAPÍTULO 3

Mis piernas caen hacia atrás sobre la cama, temblando incontrolablemente. Aunque el aire en la habitación es fresco, hay una capa de sudor en mi piel, y también en la de Aaron, haciendo que su pecho y brazos brillen con la suave luz de la habitación.

Se aparta de mí, todavía un poco duro, haciendo que mi cuerpo palpite con placer post orgásmico. Suspiro y me dejo caer sobre las almohadas, mirándolo con ojos pesados mientras se levanta y se ocupa del condón.

Vuelve a la cama para unirse a mí y me entrega un pañuelo de papel. Después de que he limpiado, me lo quita y lo arroja. Ambos guardamos silencio y empiezo a preguntarme qué estará pensando. No debería importarme. Después de todo, es solo una aventura de una noche. Aunque, si soy sincera, ha resultado ser el mejor sexo que he tenido en mi vida.

—No puedo sentir mis piernas. —Casi no me doy cuenta de que he dicho las palabras en voz alta, y cuando lo hago, me río suavemente, un poco avergonzada.

—Si te hace sentir mejor —responde Aaron—, yo tampoco puedo sentir el mío.

Ambos reímos. Incluso su risa es sexy, profunda y suave. Es tan guapo, tan perfecto. Ni siquiera puedo entender por qué alguna vez necesitaría una prostituta.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Continúa —dice.

—¿Por qué alguien que se parece a ti necesitaría una prostituta?

Su ceja se levanta. —¿Se parece a mí? —el repite.

Pongo los ojos en blanco—. Sabes a lo que me refiero. Alguien tan sexy como tú.

—Por no hablar de devastador en la cama —agrega con una sonrisa.

Levanto mi mano—. Yo no dije eso.

—No —sigue sonriendo—, pero dijiste que no podías sentir tus piernas.

—Está bien, devastador en la cama —concedo con una pequeña risa—. ¿Por qué necesitarías una prostituta?

El piensa por un momento—. ¿Todos tus clientes son poco atractivos?

Mis clientes. Hago una pausa, preguntándome qué decir—. Sí —respondo finalmente, imaginando una serie de hombres mayores solitarios—. Algunos están demasiado ocupados para tener relaciones, otros son simplemente aventureros.

—Quizás estoy ocupado y soy aventurero.

Mi mirada viaja sobre la cruda belleza de su rostro. Un hombre que se parece a él ni siquiera necesitaría chasquear los dedos para que las mujeres vengan corriendo. Obviamente, él también era rico, y sí, devastador en la cama. Tan devastador de hecho, que ahora mismo, todo lo que quiero es pasar mis manos por ese duro pecho y por su estómago...

El silencio se prolonga y me pregunto si debería irme o esperar a que me diga que ha terminado conmigo por esta noche.

—¿Quieres otra bebida? —él pregunta—. ¿Un poco de agua?

Niego con la cabeza—. Estoy bien, gracias.

Se sienta para mirarme, dándome una mejor vista de su cuerpo todavía desnudo. Todavía está duro, me doy cuenta, la emoción me moja los labios antes de darme cuenta de que me está mirando mirar su polla.

Me sonrojo, avergonzada.

—No estás cansada —pregunta—, ¿verdad?

Lentamente niego con la cabeza.

—Bueno. —Pasa su mano por el costado de mi cuerpo, abriendo un camino desde mi hombro hasta mi cadera. De repente estoy temblando, mi piel hormiguea cuando me toca. Su mano se mueve a mi espalda, deslizándose sobre mi piel hasta que está ahuecando mi trasero.

Mi respiración se acelera y me sonrío. Suavemente, me da la vuelta para que quede boca abajo, de espaldas a él. Pasa sus manos por mis nalgas, acariciando suavemente la piel sensible antes de masajear firmemente cada mejilla.

Dejo escapar un suave suspiro y, en respuesta, coloca sus manos debajo de mi vientre a ambos lados, tirando de mí sobre mis manos y rodillas. Luego, con una mano todavía en mi estómago, desliza la otra entre mis piernas desde atrás, sintiendo lo húmeda que estoy antes de deslizar dos dedos dentro de mí.

Cierro los ojos, mi cuerpo se retuerce mientras mueve los dedos, extendiéndolos incluso mientras los mueve hacia adentro y hacia afuera de nuevo—. Estás tan mojada —murmura con voz ronca—, tan húmedo y tan caliente.

Mi cuerpo se tensa y muevo mis caderas con impaciencia, desesperada por que él esté dentro de mí. Espero mientras vuelve a alcanzar los condones, luego sus manos están en mi cintura, colocándose para que pueda deslizarse lentamente dentro de mí.

Se toma su tiempo, empujando lentamente hasta la empuñadura. Sus dedos se aprietan contra mi cintura—. Estás tan jodidamente apretada —susurra, flexionando las caderas lentamente mientras se desliza hacia afuera y luego hacia adentro—. Te sientes muy bien.

Su voz, combinada con el empuje lento y seguro de su polla dentro de mí, me empuja al límite. Mi cuerpo comienza a temblar incontrolablemente mientras el placer caliente se acumula en mi núcleo. Se inclina sobre mí, hundiéndose más rápido mientras alcanza mis pechos, provocando mis pezones insoportablemente hinchados. Grito, todo mi cuerpo se tensa con la intensidad de mi clímax.

No se detiene. En cambio, se inclina hacia atrás, agarra mis muslos y levanta mis piernas de la cama. Me aferro a las sábanas, gimiendo débilmente con cada dulce y caliente golpe. Sus gruñidos se mezclan con mis débiles gritos, mientras empuja dentro de mí con un intenso abandono sexual. El calor se acumula en mi núcleo, pulsando, extendiéndose, y mi cuerpo se tensa de nuevo cuando otro orgasmo me invade. En el siguiente momento, escucho su fuerte gemido cuando se estrella contra mí y se corre.

Libera mis piernas y se derrumba encima de mí. Nuestros cuerpos están resbalosos por el sudor mientras ambos intentamos recuperar el aliento. Me saca y se deshace del condón.

—Ahora, definitivamente no puedo sentir mis piernas —susurro, medio jadeando.

—Yo tampoco —dice, sorprendiéndome presionando un beso en mi hombro. Le sonrío y él me devuelve la sonrisa, la expresión de su rostro es casi infantil. Luego se deja caer sobre las almohadas de su lado de la cama.

En el silencio que sigue, nuestra respiración vuelve lentamente a la normalidad. ¿Ahora qué? Me pregunto. Probablemente sea hora de que me vaya. Miro su cuerpo desnudo con pesar. Esta ha sido sin duda la mejor noche de mi vida.

—El ascensor no requiere un código para salir —dice, como si supiera lo que estoy pensando

—. Simplemente presione el botón de llamada.

No digo nada. Me siento inexplicablemente triste. Se vuelve a su lado para mirarme, con un pequeño ceño fruncido en su rostro. Luego se levanta y recoge sus pantalones del suelo. Recupera una billetera de cuero negro y saca un par de billetes, volviendo a colocarlos en la mesita de noche de mi lado de la cama.

—Sé que le han pagado —dice—, pero considérelo una bonificación.

Le doy una pequeña sonrisa, pero no puedo pensar en nada que decir. ¿Gracias? ¿Es entonces cuando le digo que no soy la prostituta que esperaba? Vuelve para acostarse en la cama a mi lado —. Puedes irte cuando estés menos cansada —dice, ya despidiéndome—, y no olvides dejar tu número.

Cierra los ojos. No sé si está durmiendo. Brevemente, juego con la idea de dejar mi número, pero pronto descarto el pensamiento tonto. Cree que soy una prostituta, lo que significa que probablemente ya se ha olvidado de mí. He tenido una hermosa noche, llena de sexo fantástico, y puedo volver a mi vida y tratar de trabajar en las cosas que importan, como superar a Jim.

Espero un rato, luego me levanto y me pongo la ropa. Dejo el dinero en la mesita de noche y regreso al vestíbulo. Como dijo, el ascensor no necesita un código para salir, y en unos minutos, salgo a la acera y llamo un taxi para que me lleve de regreso a casa.

CAPÍTULO 4

Algo me está haciendo cosquillas en la oreja, persistentemente tratando de alejarme del sueño donde un hermoso hombre con cabello dorado oscuro y hermosos ojos azules está besando un dulce camino desde mi ombligo hacia abajo entre mis muslos.

El cosquilleo se intensifica y el sueño desaparece—. Vete —murmuro somnolienta, tapándome la oreja con una mano. El cosquilleo se mueve a la piel detrás de mi oreja. Suspirando, abro un ojo y luego el otro. Mi habitación está iluminada por el sol de la mañana, aunque parece que me acabo de meter en la cama a la 1 a.m. Hace pocos minutos. Todavía me siento un poco cansada, pero mi cuerpo también se siente ligero y dulce, con un delicioso dolor entre mis piernas. Mientras el recuerdo de anoche invade mi cabeza, no puedo evitar la pequeña sonrisa que asoma a mis labios.

—¿Entonces? —Me doy la vuelta. Liz está sentada al otro lado de mi cama, todavía con su atuendo favorito para dormir, una camiseta hasta los muslos. Su instrumento de tortura, una bufanda con volantes, cuelga de su mano. Por el momento, una ceja perfecta se levanta interrogativamente, esperando una respuesta a... lo que sea que me esté preguntando.

—¿Qué? —Le frunzo el ceño, pero ella solo sonrío, ignorándome. En momentos como estos, empiezo a repensar nuestra decisión de conseguir un apartamento juntas después de la universidad. En ese momento, estábamos muy emocionadas, rechazando las ofertas de ayuda de nuestros padres mientras esperábamos con ansias finalmente ponernos en marcha por nuestra cuenta. Después de pasar dos semanas buscando apartamentos infestados de ratas que ni siquiera podíamos pagar, mi padre me recomendó un nuevo agente, quien nos mostró un hermoso apartamento en Murray Hill. Fue perfecto, y ambas nos enamoramos de él, solo descubriendo más tarde que el arrendamiento ya había sido pagado, por nuestros padres.

Nos enfurruñamos y nos quejamos, pero nos mudamos, porque estaba cerca de nuestras oficinas y ya nos habíamos enamorado.

—Siempre puedes devolvernos el dinero —había dicho la mamá de Liz, había dicho diplomáticamente tía Becky, lo que nos permitió pedir una tregua.

Ahora Liz pone los ojos en blanco y me devuelve al presente—. Cariño, ¿no crees que hay cosas que tienes que decirme?

Niego con la cabeza—. No... es sábado, quiero dormir.

—Vamos... —me engatusa, acostándose de modo que su cabeza esté a unos centímetros de la mía en la almohada—, Quiero saber qué pasó anoche. —Ella golpea la almohada frente a mi cara—. No puedes simplemente ir a una fiesta, volver por la mañana y no tener nada para mí.

—Te diré todo lo que quieras después de dormir un poco —le suplico, aunque sé que es inútil. Liz es una experta en molestar a una persona sin descanso hasta que la víctima no tiene más remedio que ceder ante ella.

—Has dormido lo suficiente —argumenta con firmeza—. Vamos... ¿Tuviste sexo con él?

Frunzo el ceño, luego me doy cuenta de que no hay forma de que ella pueda saber sobre Aaron—. ¿Con quién?

Chad, por supuesto. ¿Quién más? —Ella me mira—. Supuse que finalmente cediste, lanzando la precaución al viento y todo eso.

Niego con la cabeza. —No, no lo hice. Sabes que no lo encuentro atractivo.

Ella me da una mirada exasperada—. Un hombre con la apariencia de Chad Black es atractivo para todas.

—Me pregunto qué pensará tu novio sobre esa declaración —le regaño. —¿Dónde está Brandon, por cierto? Pensé que iba a pasar la noche.

—Está dormido en mi cama. Tuvo una noche muy agotadora. —Liz guiña un ojo—. ¿Entonces qué pasó? ¿Por qué llegaste tan tarde?

A pesar de que es mi prima y mi mejor amiga, dudo en decírselo. Hay algo en lo que pasó anoche que me hace querer guardármelo para mí. Atesorar cada momento de mis recuerdos y sacarlos para reflexionar cuando estoy sola, egoístamente, como un avaro por su tesoro de oro.

Pero conozco a Liz. Y ella me conoce. No hay forma de que me salga con la mía mintiéndole.

Me siento en la cama y apoyo la espalda en la cabecera. Sintiendo que se avecina una buena historia, Liz sonríe y se sienta, deslizándose fácilmente a la posición del loto, una hazaña común que nunca he podido lograr. A diferencia de mí, Liz continuó con el ballet hasta los quince años. Entonces, además de ser increíblemente hermosa, se mueve con tanta gracia que es un placer mirarla. Coge su tazón de cereal de la mesa de noche, mirándome expectante mientras continúa con su desayuno.

Yo suspiro—. Así que fui a la fiesta.

—Sí, ok. Y...?

—Y... —hago una pausa—. Jim estaba allí.

—¡No! —Liz parece haberse tragado algo asqueroso. —Por favor dime que no te acostaste con él. Por favor, dime que no lo hiciste. —Ella frunce el ceño. ¿Es por eso que el idiota estuvo aquí anoche? ¿Paso algo?

—¿Jim estuvo aquí?

Aprieta los labios y pone los ojos en blanco. Sí, alrededor de las once. Llamó, no lo dejé entrar. Le dije que habías salido con Chad. Puede que haya insinuado un poco que te estabas llevando bien con el fotógrafo sexy.

—Dudo que le hubiera importado —le digo con el ceño fruncido, preguntándome qué podría haber querido Jim—. Está comprometido.

—¿Jim?

—Sí —le digo—, a Claudia Sever.

—Ese imbécil —murmura Liz—. Lo siento —agrega gentilmente.

Me encojo de hombros.

—Pensé que él no tenía ganas de comprometerse con una mujer —dice secamente.

—No sólo yo. —Trazo un patrón en las sábanas de mi cama, la tristeza de anoche regresa.

—Deja de sentir lástima por ti misma —dice Liz—. Te mereces mucho mejor que un tipo que sigue jugando contigo. O te quiere o no. En serio, Sarah, te presta suficiente atención para mantenerte enamorado de él mientras se folla a todos menos a ti.

—Tienes razón —le digo—. Ahora, ¿quieres escuchar el resto de la historia o no?

—Ohhhh Hay más... —Ella pierde su expresión seria—. Espero que no involucre a Jim Weyland.

Sacudiendo mi cabeza, comienzo a contarle el resto, viendo sus ojos crecer cada vez más cuando llego a la parte sobre Aaron.

—¡Santo infierno! —Ella silba—. ¡Tuviste una aventura de una noche! —Ella comienza a reír.

Y pensó que eras una prostituta. ¡Guauu! No eres la chica que dejó este apartamento anoche. ¿Dónde está Sarah? Ella pregunta dramáticamente: "¿Dónde está mi prima, qué has hecho con ella?"

Yo sonrío—. Creo que le di algo que realmente necesitaba.

—¡Decir ah! —Ella exclama, luego frunce el ceño—. Aaron... El ático de Swanson Court... ¿Fue Aaron Court?

—¿Quién? No lo sé, no le pregunté su apellido, ya sabes, una noche y todo eso.

—No, estabas demasiado ocupada tratando de conseguir un paseo en su palo de discoteca. — Ella se ríe.

—En realidad, dos paseos —corrijo.

—¡Putas! —exclama, riendo junto a mí. —Pero en serio, Swanson Court, ático... Me pasa su plato de cereal y se levanta de la cama. Mi computadora está en mi escritorio junto a la ventana, ella levanta la tapa y la enciende.

—¿Qué estás haciendo? —Pregunto, robando una cucharada de cereal.

—Espera —responde ella—, y no comas mi cereal. Ni siquiera te has cepillado los dientes.

Me encojo de hombros y tomo otra cuchara, mirando cómo se enciende el portátil. Liz abre una ventana del navegador y escribe algunas palabras antes de presionar el botón "Enter. —Los resultados de la búsqueda aparecen casi de inmediato, con algunas imágenes en la página. Espero mientras hace clic en algo y luego la pantalla se llena de imágenes.

Algunos de ellos son de un edificio, que reconozco como el hotel Swanson Court. Los demás son en su mayoría de hombres. Me acerco al borde de la cama para poder ver mejor la pantalla. Hay fotos de él en traje, con esmoquin, una foto con su cabello dorado oscuro alborotado, ojos azules vibrantes. Hay una foto en un barco grande, una en el aeropuerto mientras camina por la pista con una hermosa mujer rubia que parece una modelo, y mucho más.

Me levanto de la cama y avanzo para comprobar el término de búsqueda que utilizó Liz. Es 'Propietario de Swanson Court'.

—¿Es él? —Pregunta Liz.

Asiento lentamente.

—¡Él es el puto dueño! —Ella susurra, extrañamente asombrada. —He visto su nombre en los blogs de chismes. Siempre está en esas listas, las listas de los "solteros más elegibles del país. — ¡Es un multimillonario y es jodidamente atractivo!

Él es. Estoy paralizada al verlo en mi pantalla. Lauren vuelve a los resultados de la búsqueda y leo parte de la información en el cuadro junto a los resultados. Aaron Court, hotelero y magnate inmobiliario, propietario multimillonario de los hoteles y apartamentos residenciales de Swanson Court con sucursales en todo el país.

Es hermoso, rico y sexy.

Y me acosté con él.

—¡Guau! —Dejo escapar un suspiro—. No tenía ni idea.

Liz hace clic en el enlace de Wikipedia y comienza a leer su biografía en voz alta. Pero estoy mirando la imagen en la parte superior derecha de la página. Este lo muestra con un esmoquin afuera de un edificio que se parece al Met. Parece una estrella de cine, solo que más guapo que cualquiera de los que puedo nombrar. En todas las imágenes, parece distante, incluso remoto. Como un hombre solitario en una habitación llena de extraños. Recuerdo su sonrisa de anoche, y de repente me siento privilegiada de haber sido el receptor de una familiaridad que obviamente niega al público.

Incluso si pensaba que era una prostituta.

—No puedo imaginar por qué querría acostarse con una prostituta —reflexiona Liz a mi lado. No te ofendas, obviamente. No eres una prostituta. —Me saca la lengua. —Pero lo han relacionado con muchas mujeres atractivas. Estoy seguro de que puede tener a quien quiera sin tener que pagar por ello.

Recuerdo haberle hecho la misma pregunta. —Quizás estaba siendo aventurero —le digo a Liz—. Después de todo, se suponía que debía ser un regalo de cumpleaños.

Liz suspira con tristeza. —Ahora me siento mal por tu bien porque no le dejaste tu número. ¡Quiero decir, mira ese cuerpo! Me haría pasar por una prostituta para golpear eso.

Por Dios, Liz. ¿Recuerdas a Brandon? Tu novio, que te quiere. Está en la habitación de al lado.

Ella se ríe—. Si me escucha, probablemente desafíe al dueño del hotel Mr. Rich and Handsome a un duelo o algo así. —Volviendo al artículo de Wikipedia, comienza a leer de nuevo—. Sólo tiene veintinueve —dice ella—. Me encantaría ser tan rico y tan joven. —Ella hace una pausa—. Su madre era Alicia Creighton, ¡Dios mío! —Se vuelve hacia mí, con los ojos muy abiertos, luego se da cuenta de que no tengo ni idea de quién está hablando, niega con la cabeza—, La primera bailarina. Murió en un accidente automovilístico antes de que yo comenzara a bailar, pero mi profesora de ballet prácticamente la adoraba.

—Debe haber sido muy joven en ese momento —digo con un pequeño ceño fruncido. No puedo imaginar la vida sin mi mamá, o incluso sin tía Becky, incluso si ambas me vuelven loca a veces.

Liz sigue leyendo—. Apoya a varias organizaciones benéficas y le gusta la ópera, el ballet y el teatro. —Ella me mira—. Sarah, creo que este hombre es exactamente tu tipo.

—No seas ridícula —le digo—, fue sólo una aventura de una noche. No lo volveré a ver nunca.

—Dijo Cenicienta, pero luego se emborrachó y 'olvidó' su zapatilla de cristal —Liz hace lo suyo, guiñando un ojo continuamente durante unos segundos—. En serio, si tuvieras la oportunidad de salir con él de verdad, ¿dirías que no?

Miro la imagen de Wikipedia—. Yo no... después de Jim, no necesito otro chico en quien fijarme.

—Jim otra vez —dice Liz con ironía—. Olvídate de él Rach. —Ella vuelve a mirar la pantalla—. Un hombre como este te reiniciaría con su disco duro.

—¡Jesús! —Exclamo, negando con la cabeza. No tengo ni idea de dónde saca Liz sus referencias. El bufete de abogados en el que trabaja mientras asiste a su último año de la facultad de derecho es tan anticuado y sobrio como es posible estarlo en la Nueva York del siglo XXI, por lo que definitivamente no funciona.

Vuelvo a la pantalla. Aunque ella tiene razón. Aaron probablemente podría ayudar a borrar a Jim de mi mente, pero entonces probablemente me enamoraría de él. ¿Quién no lo haría? Y estaría de vuelta donde empecé, colgando de un hombre.

—No importa —le digo a Liz, apartando los ojos del rostro de Aaron en la pantalla. —No tengo su número y él no tiene el mío. Nos enganchamos por una noche y, por muy caluroso que fuera, nunca nos volveremos a ver.

CAPÍTULO 5

No importa cuánto trate de no pensar en él. No puedo evitarlo. Los recuerdos, su nombre, todo simplemente ronda en los límites de mi mente, esperando la más mínima oportunidad para entrar y atormentarme con imágenes de la noche que pasamos juntos.

Ha pasado casi una semana, pero todavía no estoy más cerca de olvidarlo de lo que estaba cuando estaba justo frente a mí.

Aaron Court. Incluso el nombre es sexy. Y su voz... Me estremece recordar.

—Las diez mejores aplicaciones de viajes —dice Mark Willis, editor senior de funciones, meditabundo, mirando una hoja de papel sobre la mesa. Es jueves y estamos en una de las pequeñas salas de reuniones, repasando artículos de última hora para la publicación de la próxima semana en la versión del sitio web de Gilt Traveler—. Ese es tuyo Chelsea.

Chelsea, mi compañera de funciones, sonrío y hace una nota en su bloc de notas. Es sorprendentemente hermosa, con ojos azul aciano y ondas sobre ondas de cabello rubio platino. Ella siempre recibe los artículos más simples e indiscutibles, debido a la combinación de su dulzura de ojos abiertos, el hecho de que su padre es un ganadero y petrolero multimillonario de Kentucky, y el acento sureño del que no muestra ningún deseo de deshacerse. A ella no le importa. Ella usa todo el tiempo libre resultante para trabajar en su novela épica histórica sobre los nobles hambrientos de poder de la Italia renacentista y las mujeres que los amaban.

Los artículos que escribo no son mucho mejores. Mi última tarea fue escribir sobre un crucero por el río Colombia. Entrevisté a Evelyn Hart, una ex estrella de Broadway que había tomado el crucero. Era un artículo promocional, patrocinado por la compañía de cruceros. Evelyn Hart incluso me admitió que había pasado la mayor parte del viaje escondida en su cabaña, recuperándose de su cirugía plástica más reciente. Afortunadamente, su asistente, que había experimentado el crucero mientras su jefe se escondía en su cabina, pudo brindar algunos detalles.

Realmente no me importa lo que hago. Estaba sobre la luna cuando conseguí un trabajo en publicaciones Gilt, aunque no obtuve el puesto de mis sueños en Gilt Review, la revista literaria donde esperaba trabajar como editora. Había algo en la organización y el ambiente en Gilt que lo convertía en algo más que revistas. Gilt era un estilo de vida, encarnado por muchos de los creadores de tendencias que trabajaron aquí. Desde el enigmático editor en jefe de Gilt Style, que podía hacer o deshacer la carrera de un diseñador de moda con solo una palabra, hasta Grace Conlin, la sensata jefa de American Homes.

Mark me mira. Es un hombre de complexión ligera con un rostro serio y serio que a veces me hace imaginar que preferiría enseñar periodismo en alguna universidad que trabajar en Gilt. —Tienes otro artículo promocional, es un salón llamado *Insomnia*, el salón más nuevo de Manhattan, aparentemente. Escribirás uno de esos artículos del tipo 'Diez razones principales para visitar *Insomnia* mientras estás en Nueva York'. Pidieron por ti, en particular.

Arrugo la frente. —¿De Verdad?

Él se encoge de hombros. —Parece que su destreza para publicar artículos promocionales no pasa desapercibida.

Las palabras podrían interpretarse como cualquier cosa entre un cumplido y un insulto. Frunzo los labios y tomo nota de la asignación, resignado a mi destino. Al menos podré visitar el 'salón más nuevo de Manhattan'.

Tan pronto como salgo de la reunión, llamo al gerente del Insomnia Lounge y programo una cita para más tarde en la noche. Me informa que se entregará un acceso VIP a mi oficina para que no tenga que esperar en la fila.

Cuando termine nuestra conversación, estoy de vuelta en mi oficina. Mi bandeja de entrada está llena de correo, y uno de ellos es de Liz.

Mira lo que he encontrado. Su hermano es aún más delicioso.

Hay un enlace y hago clic en él para ver un artículo en uno de los sitios de chismes en línea. Hay una foto de Aaron con un hombre más joven mientras salen de un popular restaurante de Manhattan.

Magnate Aaron Court celebra su cumpleaños con su hermano pequeño Allan.

Lleva el traje que tenía cuando lo conocí, completo con la corbata desechada que había visto en su sala de estar. Se ve delicioso. Mis ojos ni siquiera se dirigen hacia el hermano, en cambio mi mente viaja de regreso a esa noche en su departamento, y los recuerdos que mi cuerpo aún no está listo para abandonar.

Yo suspiro. No me voy a obsesionar con mi aventura de una noche. Debería estar más preocupado por planear cómo actuar con Jim cuando inevitablemente me vuelva a encontrar con él. La oficina ya está llena de noticias sobre su compromiso. Chelsea, tan agradable como hermosa, y una de las pocas personas que había visto más allá de mi amistad con Jim el hecho de que estaba enamorada de él, ya me había preguntado si estaba bien y me había asegurado que siempre estaba disponible. si quisiera quejarme de Jim.

Es tentador, pero cuanto menos diga o piense en él, mejor para mí. No me ha llamado y no lo he visto desde la fiesta de Chad, así que cualquiera que sea la razón por la que vino a mi apartamento esa noche, probablemente no era importante.

El correo de Liz todavía está abierto en mi pantalla. Escribo mi respuesta.

'Sí lo que sea. Veo lo productivo que eres en el trabajo. De todos modos, prepárate, tenemos un pase VIP para Insomnia esta noche.

Ella responde por mensaje de texto con un largo '¡Yay!'

Paso los siguientes minutos respondiendo el resto de los correos electrónicos de mi trabajo. Ya casi termino cuando suena mi teléfono.

Es mi mamá

—Querido. —Su voz es baja y suave—. ¿Cómo estás?

Me la imagino quitándose la pintura de los brazos mientras habla, el teléfono metido entre el hombro y la oreja, con el pelo rojo recogido. Esa es la imagen que siempre tengo de mi mamá. Es una pintora de éxito, artística y, a veces, tonta, todo lo contrario de mi padre, que es serio y un poco nerd. Él era el lado comercial de Trent & Taylor, la línea de ropa prêt-à-porter que fundó con su hermano gemelo, mi tío Taylor, hasta que vendieron un gran porcentaje de la empresa a una cadena multinacional. Adora totalmente a mi mamá. Juntos, son un cliché del amor verdadero andante.

Crecí soñando con tener un amor como el de ellos. Lo esperé, y cuando encontré a Jim y caí tan fuerte, pensé que finalmente lo había encontrado. Qué equivocado estaba.

—Estoy bien mamá. ¿Usted?

Ella ríe. —¡Oh! Estoy bien. ¿Cómo va el trabajo?

Me encojo de hombros. —Perfecto.

—No suena tan perfecto, por el tono de esa voz. No es que te culpe. Debe ser el único escritor de viajes en Nueva York que nunca ha estado fuera de la ciudad por trabajo.

—No soy una escritora de viajes, mamá. Yo solo...

—... Escribe para una revista de viajes. Lo sé. —Ella suspira—. Espero que puedas hacerlo este domingo. Estoy preparando el almuerzo. Liz ya confirmó que vendrá con Brandon. También dijo que estás libre este fin de semana, así que no te molestes en darme una excusa. Tu hermano no estará allí, pero tu tío y tu tía sí.

Pongo los ojos en blanco. A mamá le gusta planear estas reuniones familiares al menos una vez al mes, y se confabula con la tía Becky para evitar que vayamos. Probablemente le dijo a Liz que ya había aceptado venir.

—Multa. Estaré allí.

Escucho una pausa en su voz. —Liz me contó sobre el compromiso de Jim.

Cierro los ojos, sin saber si canalizar mi enojo hacia Liz por decirle a mi mamá, Jim por romper mi corazón en primer lugar o hacia mí misma por dejarlo.

—¿No te alegra que finalmente recibí la llamada de atención que necesitaba durante casi dos años? —Pregunto. La opinión de mi madre sobre mi obsesión por Jim siempre ha sido la misma que la de Liz.

—Oh cariño —suspira—. Simplemente odio que estés sufriendo. Recuerdo lo emocionada que estaba cuando comenzó a verlo. Por supuesto, lo romantizaste y estabas más enamorada de tu idea de él que de quién era en realidad.

—No lo sabes.

—Sé más de lo que crees que sé. Soy tu madre. De todos modos, ahora lo superarás.

—¿Cómo está Dylan? —Pregunto, ansioso por cambiar de tema. Mi hermano menor es la niña de los ojos de mi madre.

Su voz se anima. —Está bien. A veces me preocupa que esté estudiando demasiado... —Ella se lanza a un largo monólogo sobre mi hermano, y afortunadamente no menciona a Jim de nuevo antes de tener que irse.

Después, me pregunto qué habría dicho si le hubiera hablado de Aaron. Probablemente se habría sentido emocionada y, como Liz, decepcionada de que no le hubiera dejado mi número. Una vez más, no puedo evitar que mi mente regrese a esa noche, y una ola de calor recorre mi cuerpo. Solo había sido sexo, buen sexo, pero pensándolo bien, se sentía como mucho más.

Tal vez si le hubiera sincerado y le hubiera dicho que en realidad no era una prostituta, podríamos haber llegado a algún tipo de arreglo mutuamente beneficioso y sexualmente gratificante. Tal vez incluso podría haber seguido fingiendo ser una prostituta, conectándome con él cada vez que llamaba. Sería Sarah Foster, empleada de Gilt durante el día y la puta de Aaron Court de noche.

La perspectiva es inquietantemente atractiva.

Sacando el pensamiento de mi cabeza, me vuelvo a mirar la pantalla. Aaron Court probablemente se ha olvidado de que existo. Lo que significa que lo único razonable que se puede hacer es olvidarse de él también.

CAPÍTULO 6

EL pase VIP nos permite evitar la larga cola fuera del salón. Una vez dentro, una anfitriona vestida con un minivestido revelador pero elegante nos lleva a través del club a un área elevada con vista a la pista de baile, donde nos muestra nuestra mesa.

—El gerente estará con usted pronto —me dice, antes de que sus ojos se muevan hacia Brandon mientras lo mira subrepticamente—. Las bebidas corren por cuenta de la casa.

—Gracias —Brandon arrastra las palabras en respuesta.

La anfitriona sonrío, sus ojos todavía alternan entre sus músculos nervudos y su rostro. —Enviaré un camarero —dice finalmente, antes de irse.

Tan pronto como ella se va, Brandon deja escapar un silbido. —Este es un club elegante —dice, sonriéndome y asintiendo con la cabeza al ritmo de la música. Es alto y en forma, con cabello negro rizado y ojos oscuros intensos. Como Liz, es un gran bailarín. Solía ser asociado en la misma firma donde trabaja Liz, pero se fue para seguir una carrera en fitness. Él es copropietario de un gimnasio de moda cerca de nuestro apartamento, pero no ha podido lograr que ni a Liz ni a mí nos interesen las sentadillas, las estocadas o cualquier otro ejercicio que la gente esté haciendo en estos días.

—Sin embargo, el personal no debería mirar a los clientes —dice Liz secamente—. Esa anfitriona te estaba mirando por completo.

Brandon se inclina y le besa la nariz, haciéndola reír. —No me di cuenta. Solo tengo ojos para mi bebé.

—En serio, deberías recibir este tipo de asignaciones con más frecuencia, Rach —declara Liz, olvidada ya de la anfitriona coqueta, mientras una mesera se acerca a nuestra mesa.

Pedimos bebidas. —Entonces, ¿dónde está el gerente? —Pregunta Brandon. Tiene una mano en el regazo de Liz y ella se inclina hacia él. Incluso en público, no pueden quitarse las manos de encima. Son la tercera pareja nauseabundamente feliz en mi familia, mis padres y los de Liz son los otros dos. Pronto Dylan se enamorará y se unirá a ellos, y entonces probablemente tendré que comprar una caja llena de gatos y resignarme a mi destino.

—Probablemente está en camino —respondo a la pregunta de Brandon, mirando a los trajes en el área VIP mientras busco a una mujer que podría ser con la que hablé por teléfono. La canción que suena da paso a otra, una nueva pista con lo que Liz llamaría un ritmo 'enfermo'. Prácticamente está bailando en su asiento. Si no estuviera aquí, ella estaría en la pista de baile con Brandon.

Llegan nuestras bebidas. —¿Por qué no van a la pista de baile? —Yo sugiero.

—¿Y dejarte aquí solo? —Liz niega con la cabeza. Primero terminaremos nuestras bebidas.

Beben sus bebidas en un tiempo récord, mientras yo cuido la mía, sabiendo que tengo que mantener la cabeza recta para mi entrevista. Afortunadamente, no tengo que instarlos a que me dejen de nuevo cuando llega el gerente justo cuando Brandon deja su vaso.

La mujer de complexión delgada que se une a nosotros está vestida con pantalones oscuros y una blusa blanca formal, un fuerte contraste con las azafatas. —¿Sarah Foster? —Ella me lanza una mirada interrogante antes de extender su mano. —Estoy tratando de relacionarte con la imagen

del sitio web de tu revista. Soy Marjorie Lake.

Le estrecho la mano. —Encantada de conocerte. Este es mi prima Liz, y Brandon, su novio.

—¡Excelente! —Ella les sonrío—. ¿Se están divirtiendo?

—Mmm hmm —asiente Liz—, y tu DJ es otra cosa.

—Vamos a bailar —dice Brandon, levantándose y tendiéndole la mano a Liz—. Nos vemos más tarde.

Marjorie se sienta a mi lado en los asientos de cuero suave, que están dispuestos en un acogedor semicírculo alrededor de una mesa pequeña. —Ya preparamos algo de material —dice—, fotos, notas, aspectos destacados... Tengo una copia impresa, pero también se los envié por correo electrónico.

Reviso el material que me da, le hago preguntas y escribo mis notas en la aplicación de documentos de mi teléfono—. Parece que ya te está yendo muy bien —comento cuando terminamos. A juzgar por la fila de personas afuera y la cantidad de caras famosas que he visto en el VIP desde que llegamos, supongo que Insomnia ya era uno de los diez mejores salones de la ciudad.

—Sí —coincide Marjorie—. Ya tenemos muchos rumores... supongo que la alta dirección quiere exponer el club a una base de clientes más grande.

—Bueno, nunca puedes tener demasiada exposición.

Reviso mi teléfono para asegurarme de haber recibido su correo electrónico con los archivos adjuntos, luego le entrego la pila de material. —Gracias por tomarse el tiempo de hablar conmigo.

—No hay problema. —Ella se levanta—. Diviértete —agrega con una sonrisa, antes de irse.

Tomando un sorbo de mi bebida, miro hacia la pista de baile, tratando de encontrar a Liz y Brandon entre la gente bailando. Después de unos momentos, veo a Liz dándole a Brandon una pequeña acción de twerking mientras él sonrío de oreja a oreja.

—¿Te importa si me uno a ti?

Miro al chico guapo frente a mí. Es alto y en forma, de cabello oscuro y confiado como un chico que sabe lo guapo que es. Algo en él me recuerda a Jim, y eso solo es suficiente para hacerme negar con la cabeza y sonreír como disculpa.

Se encoge de hombros y se aleja, dejando la zona VIP elevada para el bar, donde un par de mujeres están sentadas solas. Dejo el resto de mi bebida y sigo mirando a Liz y Brandon. Sé que no puedo pasarme toda la noche mirándolos, y tampoco puedo irme temprano y arruinarles la noche. Quizás no debería haber despedido al tipo que se me acercó.

—¿Quieres otro igual?

Miro al camarero de pie junto a la mesa, inclinado hacia mí. Debería tomarme otro trago, emborracharme un poco y dejarlo suelto en la pista de baile. Si salgo de fiesta hasta que esté exhausta, entonces tal vez me quede dormida tan pronto como llegue a casa y no me quede despierta pensando en Aaron Court.

El solo pensar en su nombre y mi cuerpo se despierta, exigiendo más placer de esa noche.

Niego con la cabeza. Menos mal que nunca volveré a verlo. Dejar que se me meta en la cabeza no es más que una receta para el desastre. ¿Cuál es el punto de pensar en alguien tan atractivo, obviamente rico y probablemente no disponible?

—¿Por qué sigues sentada aquí? —Oigo exclamar a Liz. Estaba demasiado absorto en mis pensamientos para verla acercarse a la mesa—. Vamos Rach, tienes que bailar.

Se derrumba en el asiento a mi lado, respirando profundamente, regocijada por su baile, con un ligero brillo de sudor brillando en su piel, lo suficiente para hacerla lucir suave y húmeda. —¿Dónde está Brandon? —Pregunto.

—Está tomando un poco de agua en el bar —responde—. Venga. Sabes que te encanta bailar.

—Vuelvo enseguida —le digo al camarero, levantándome para seguir a Liz hasta el suelo. Allí abajo, la música es fuerte y vibrante, y el ritmo es casi imposible de resistir. Liz empieza a bailar y me uno a ella, sonriendo mientras el DJ toca un hit tras otro. Después de un tiempo, me pierdo por completo en la música, olvidándome del trabajo, el hecho de que mañana solo voy a dormir unas pocas horas antes del trabajo... Lo olvido todo, excepto Aaron Court.

Finjo que estoy bailando para él. Que con cada movimiento de mi cuerpo lo estoy arrastrando más y más profundamente en mi hechizo, como una sirena danzante, o Salomé con sus siete velos. Finjo que lo estoy seduciendo con mi baile, burlándome de él, tentándolo a que me lleve a algún lado y vuelva a llevar mi cuerpo a la locura.

Cuando un par de manos masculinas se posan en mis caderas, quiero cerrar los ojos y fingir que es él, sus manos, y casi lo hago, pero no estoy lo suficientemente desinhibido para eso, así que aparto las manos. Escucho a Liz gritar 've chica', cuando lo sumerjo muy bajo, luego vuelvo a subir. El tipo detrás de mí deja escapar un silbido y miro hacia arriba con una sonrisa. Entonces, por alguna razón, mis ojos se dirigen hacia el área VIP, y veo a un hombre sentado solo en una mesa, bebiendo en su mano mientras me mira.

El hombre es Aaron Court.

Todo el aire se escapa de mis pulmones, dejándome congelada. ¿Qué está haciendo él aquí?

Incluso desde la distancia, puedo sentir sus ojos en mi cuerpo, como el calor quemando mi piel. La expresión en ellos es sensual, incluso carnal, como si estuviera pensando exactamente lo que quiere hacerme o recordando las cosas que me ha hecho.

Él mira hacia otro lado, sus ojos se posan en el vaso que sostiene. Me las arreglé para inhalar profundamente antes de que arroje el contenido de su vaso y me lanza con su mirada de nuevo.

Está demasiado lejos para decirme algo. Pero como alguien obligado, me acerco a él, dejando la pista de baile mientras me atrae un profundo deseo que no puedo controlar. Ya estoy parada frente a él antes de darme cuenta de lo incómodo que es. Somos extraños, extraños que hemos tenido sexo, pero aún así, en lo que a él respecta, soy una prostituta.

Lleva pantalones oscuros y un suéter azul profundo, luciendo guapo, sexy y sofisticado sin esfuerzo. Su cabello está despeinado, reluciente de oro a la luz, y todavía me mira con esa mirada sensual que me hace desear que en lugar de este lugar público, estemos de vuelta en su apartamento, enredados en su cama.

Sonríe, casi como si pudiera ver lo que estoy pensando en mis ojos.

—Eres una gran bailarina —dice a la ligera, mirándome a través de unas pestañas que son demasiado largas para un chico. ¿Por qué todo en él es tan sexy? Es injusto para todos los demás.

—Gracias —me muevo sobre mis pies, preguntándome qué diablos estoy haciendo parado frente a él como si me estuvieran inspeccionando. Debería decir algo y volver a mi mesa. Pero incluso mientras lucho por encontrar algo, cualquier cosa que decir, siento como si mi cuerpo se estuviera acercando a él, deseando revivir el contacto de esa primera noche.

Me tiende una mano. —Vamos. Únete a mi.

Tomo su mano, sintiendo el pulso de mi cuerpo tan pronto como mi piel entra en contacto con la suya. Me empuja hacia abajo para sentarme a su lado en el suave asiento de cuero, y mi nariz se llena con su aroma: gel de baño y un leve olor a colonia picante.

No suelta mi mano, manteniéndola en su muslo mientras le hace señas a un camarero para que nos traiga bebidas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Pregunto.

Inclina su cabeza hacia mí. Estamos tan cerca que puedo sentir el calor de su piel. Cuando

habla. Su cálido aliento aviva mi cuello. —Estaba en la zona.

Temblando, respiro superficialmente y retrocedo un poco, volviéndome hacia él. Parece demasiada coincidencia que esté aquí, en el mismo salón, la misma noche. —¿De Verdad?

—De Verdad. —el responde. Hay un brillo en sus ojos que no entiendo del todo. Quiero halagarme de que de alguna manera él está aquí para encontrarme, pero ¿cómo es eso posible? Se inclina más hacia mí y pierdo la capacidad de pensar en cualquier otra cosa que no sea cuánto me gustaría que me besara ahora. Mis labios se abren, casi involuntariamente, y él baja los ojos, sus dedos apretando los míos.

Él me quiere. El pensamiento es exultante. Sea lo que sea esta cosa que estoy sintiendo, este deseo irracional que ni siquiera puedo justificar, él también lo siente.

El camarero llega con las bebidas y miro con pesar mientras Aaron se retira y me suelta la mano.

De repente, mi garganta se siente seca. Tomo un largo sorbo de mi cóctel. —Entonces, ¿estás al acecho o qué? —Lo digo alegremente, a pesar de que la idea de que él recoja a otra mujer esta noche me provoca una intensa punzada de celos dentro de mí.

Me considera por un momento. —¿Trabajas esta noche?

Casi respondo que sí, luego recuerdo que él no sabe lo que realmente hago. —¿Trabajando?

—¿Estás trabajando en el club? —repite, su mirada penetrante fija en mi rostro mientras espera que responda.

Trago saliva y aparto la mirada. Por supuesto, en lo que a él respecta, soy una prostituta. ¿Por qué otra razón estaría una prostituta en un club elegante si no fuera para ligar?

—Esta noche no —respondo—. Estoy aquí con mi prima y su novio.

No parece que le esté diciendo algo que no sabe, alimentando mi sospecha de que su presencia aquí tiene algo que ver conmigo.

—¿Ella sabe a qué te dedicas?

Retiro mi mano de la suya, resentida por las mentiras que no puedo dejar de decir. —No.

El tempo de la música cambia y Justin Timberlake comienza a cantar sobre espejos. Me alejo más de él en el asiento mientras el silencio se extiende entre nosotros. El peso del conocimiento de que mi engaño ha ido más allá de lo que pretendía me hizo alejarme de él. Se siente casi como si lo supiera. Como si con sus ojos me estuviera desafiando a ser sincero, pero eso es ridículo.

Decido volver a mi mesa. Liz volvería pronto de todos modos y, de alguna manera, creo que es mejor si no me encuentra en la misma mesa que Aaron Court. No tengo palabras para explicar eso.

Empiezo a levantarme, pero su mano serpentea para alcanzar la mía.

—No te vayas —dice.

Caigo hacia atrás en el asiento, el impulso me acerca más a él de lo que estaba originalmente. Se ha vuelto hacia mí y mi cuerpo está inclinado hacia el suyo, tan cerca que todo lo que puedo ver, sentir y respirar es él.

Sus ojos están en mis labios y puedo sentir la tensión en su cuerpo, como un animal a punto de saltar. Hay una opresión dolorosa que se extiende desde mi vientre, dejándome sin aliento.

Me lamo los labios de nuevo y se le escapa un suspiro.

—No hagas eso —lo dice como una advertencia.

—¿Por qué no? —Mi voz suena espesa y ronca.

Sus ojos vagan por mi cara. Puta o lo que él crea que soy, me quiere y su deseo está llamando al mío. Puedo sentir una de sus manos a un lado de mi muslo, cálida y firme, y sé que quiero más. No importa lo que proponga, no me resistiré.

Como si pudiera sentir mi capitulación, su cuerpo se relaja. Pasa un dedo por mi mejilla, sus

labios se elevan en una pequeña sonrisa. —Creo que tu prima te está buscando.

Por un momento, no puedo concentrarme en lo que está diciendo, estoy demasiado concentrado en querer que siga tocándome. Entonces escucho la voz de Liz.

—¡Rach! —Suena confundida—. Te estaba buscando. —Toma la mano de Brandon y frunce el ceño en dirección a Aaron—. ¿Por qué moviste las mesas?

—Yo... este es Aaron —le digo, viendo como sus ojos se abren, sólo por un segundo, y luego su rostro se compuso de nuevo.

Aaron se pone de pie, logrando hacerlo con gracia, a pesar de lo enredados que están nuestros miembros. —Por favor, únete a nosotros —dice, extendiendo una mano a Liz—. Soy Aaron Court.

—Liz —me da otra mirada interrogante mientras Aaron y Brandon se dan la mano e intercambian nombres. Levanto los hombros en un gesto para mostrarle que estoy tan confundido como ella, y aparto la mirada.

—Simplemente íbamos —dice Liz, mirándome—. ¿Quieres que esperemos o...

—No... —Echo un vistazo a Aaron, luego miro hacia ella—. Solo espérame, saldré enseguida.

—Encantado de conocerte Aaron —dice Brandon cortésmente—. Estamos justo afuera de Rach.

Los veo irse, luego me vuelvo hacia Aaron—. Me voy —digo.

—Supuse —responde, con una pequeña sonrisa en los labios. Está sosteniendo mi mano de nuevo, sin hacer ningún movimiento para soltarla.

—Fue agradable encontrarme contigo. —Digo suavemente.

Él se ríe. —Fue agradable encontrarme contigo, Sarah.

Él sostiene mi mirada, haciéndome difícil respirar. Después de unos segundos, me suelta la mano y espero a que me pida mi número esta vez, para preguntarme si puede volver a verme, pero no hay nada.

Me levanto, herida por lo claro que es que él no tiene la intención de perseguir la atracción obvia entre nosotros—. Buenas noches.

Puedo sentir sus ojos en mí mientras me alejo. Afuera, todavía hay gente tratando de entrar al club, y en la acera cerca de la entrada, Brandon y Liz se besan. Camino hacia ellos, enojado con Aaron y conmigo mismo por preocuparme tanto. ¿Y si no quiere volver a verme? No debería importarme. Es solo una aventura de una noche que ya debería haber olvidado.

Mientras camino hacia Liz y Brandon, un elegante auto negro se detiene en la acera a mi lado. El conductor, un tipo corpulento con un corte de pelo y ojos afilados, sale del auto.

—¿Señorita Foster?

—¿Si?

—Estoy aquí para llevarte a casa —dice—. Cortesía de Insomnia Lounge.

—Hey —les llamo a Liz y Brandon, momentáneamente animada por el hecho de que no caminaré a casa con mis tacones de diez centímetros—. Nuestro viaje está aquí.

CAPÍTULO 7

Pocos días después, mi artículo sobre el salón *Insomnia* está en el sitio. Actualizo la página por quinta vez, leyendo los nuevos comentarios. La mayoría de las personas que comentan han estado allí y no tienen más que elogios. Las personas que no han estado, dejan comentarios sobre asegurarse de visitar la próxima vez que estén en la ciudad.

No está mal.

Hay algunas fotos del salón publicadas con el artículo. Disparos de la zona VIP entre ellos. Con solo mirar las fotos, no puedo evitar pensar en Aaron, en la forma en que me tomó de la mano y en lo intoxicada que estaba por su presencia.

¡Dios! Tengo que dejar de pensar en él. Es solo una muleta. Es algo que estoy usando subconscientemente para ocupar mi mente mientras trato de superar a Jim, la persona que lo ha ocupado durante los últimos dos años.

La persona en la que no he pensado durante días.

En este momento, es Aaron quien ocupa el lugar principal en mis pensamientos. Aaron, que ni siquiera se molestó en pedirme volver a verme, porque en lo que a él respectaba, yo solo era una prostituta en su día libre.

Las palabras en mi pantalla comienzan a verse borrosas y me vuelvo hacia la ventana, un pequeño trozo de vidrio que me brinda una vista limitada de otros edificios de oficinas y un pequeño cielo. Me había querido. Lo había sentido, en su toque, en su voz, en el calor de su cuerpo que se abría paso hacia el mío, haciendo que todo mi cuerpo vibrara de necesidad por él.

Me había deseado y, sin embargo, no había hecho nada al respecto. Incluso me había permitido jugar con la idea de que, de alguna manera, él había descubierto quién era yo y estaba allí para verme.

Incluso Liz había estado pensando en la misma línea.

—Pensé que habías dicho que no le habías dejado tu número —me preguntó de camino a casa en el coche que nos había proporcionado el club.

—Yo no lo hice.

—Entonces... acaba de aparecer en el mismo Lounge al que tenías que ir para una asignación de trabajo... ¿fue una coincidencia?

—¿Qué más podría ser? Ni siquiera sabe mi apellido.

—Eso parece muy improbable —había pronunciado, antes de devolver su atención a Brandon.

Pero fue una coincidencia. Y ni siquiera había estado lo suficientemente interesado como para aprovechar la oportunidad que le brindaba esa coincidencia. Estaba tan desesperada por él, lo habría seguido de regreso a su apartamento, su auto o cualquier rincón oscuro sin pensarlo.

Mi puerta se abre, sacándome de mis pensamientos. Miro hacia arriba para ver a Jim parado en la entrada de mi oficina.

No he pensado en él en un tiempo, pero ahora que está de pie frente a mí, me doy cuenta de que todas las esperanzas y sueños románticos que he centrado en él durante los últimos dos años no han resultado en nada, y hay un pequeño dolor que viene con esa comprensión.

—Hola —hay un ceño fruncido de incertidumbre en su rostro mientras me mira. Su camisa está metida en jeans, con una chaqueta azul oscuro colgada sobre un hombro. Por mucho que prefiera no admitirlo, se ve bien.

—Hola Jim.

—¿Estas ocupada?

Ésa siempre había sido su pregunta habitual. Por lo general, yo decía que no, y luego él entraba y se sentaba en mi escritorio. Hablábamos y él me hacía reír con tanta fuerza que me dolía el estómago. Ahora ni siquiera puedo imaginarme reírme de nada de lo que dice.

Le doy una sonrisa sin humor—. Lo estoy, en realidad.

—Sarah. —Saca mi nombre mientras entra a mi oficina—. No te enojés.

No te enfades. Eso es todo lo que tenía que decir. Resoplo. —En realidad no estoy enojada, Jim, pero estoy un poco ocupada en este momento.

Me mira fijamente, luego rodea el escritorio y se apoya en él mientras me sonrío. —Te he echado de menos, ¿sabes?

—Sí, como siempre lo haces. Me extrañaste cuando salías con esa bailadora de flamenco en España, esa nadadora italiana con la que pasaste un mes navegando, la modelo brasileña... Siempre me extrañas, pero nunca lo suficiente para... —Me detengo, molesta conmigo misma por permitir siquiera la explosión—. ¿Cómo está tu prometida?

—Ella es genial.

—Bueno.

De repente, toma mi mano y la toma entre las suyas. El toque es íntimo, pero no extraño. Me doy cuenta de la frecuencia con la que me ha tocado así durante los últimos dos años, gestos de intimidad que me mantienen esperanzado, pero sin hacer promesas.

Miro mi mano en la suya y me encuentro pensando en Aaron. Por lo diferente que se siente ser tocado por él. Hay algo potente en el toque de Aaron, algo que me prende fuego y me hace querer deshacerme de todas mis inhibiciones.

—Sarah —dice Jim—, sé que tenemos una historia, pero fue hace mucho tiempo. Lo que necesito ahora es que seas feliz por mí. Necesito saber que todavía podemos ser amigos. —Sus ojos están implorantes mientras sostienen los míos. Conozco bien la apariencia, es una que ha usado con éxito para romper mi resistencia a lo largo de los años. Por lo general, me haría sucumbir a cualquier cosa que sugiriera. Ahora mismo me hace pensar en las palabras de Liz—. Él sabe que estás enamorado de él y quiere que sigas así, así que siempre estarás ahí.

Mi teléfono de escritorio suena, liberándome de tener que responder a Jim. Retiro mi mano de la suya y levanto el teléfono, sosteniendo el auricular en mi oído—. Hola.

Jessica te necesita. Es la voz brusca y eficiente de Carol Méndez, secretaria de Jessica Layner, editora en jefe de Gilt Traveler.

En todo mi tiempo en Gilt, Jessica nunca me ha pedido específicamente. De hecho, no creo que nunca me haya dicho más de dos palabras—. ¿Para qué?

—Puedes preguntarle cuando llegues —dice Carol, y escucho un clic para indicar que la conversación ha terminado.

Me levanto de mi silla. —Tengo que irme —le digo a Jim.

Parece decepcionado. —Está bien, pero deberíamos hablar más tarde, Sarah. No puedo soportar esta... distancia.

Lo veo irse, frunciendo el ceño mientras tomo un pequeño bloc de notas y un bolígrafo. Va a tener que acostumbrarse a la distancia, decido resueltamente. No hay forma de que deje que nuestra relación vuelva a la vieja dinámica, donde espero al margen esperando las pequeñas

migajas de su atención.

* * * *

Como Editora en Jefe, Jessica tiene la oficina de esquina más grande del piso. En realidad, es una suite, con un gran armario/vestidor, una sala de estar privada cuando no quiere que la molesten y la oficina principal, desde donde nos manda a los soldados de infantería. Llego primero a la oficina de Carol Mendez. —Jessica está dentro —me dice, apenas levantando la vista de su computadora.

—Gracias —respondo, preguntándome qué querría Jessica Layner de mí. Para ser honesta, es bastante intimidante. Pasé mi primer año en Gilt aterrizado por ella. Está muy a la moda, es alta y esbelta, con ojos penetrantes que no se pierden nada, un rostro atractivo y un cuerpo del que cualquier mujer estaría orgullosa a cualquier edad. Tiene casi cincuenta años, según Wikipedia, pero Mark Willis una vez le confesó que es unos años mayor que su edad oficial.

Desde la oficina de Carol, entro en el corto pasillo que conduce a la de Jessica. Las paredes están llenas de fotografías de Jessica con varios políticos, estrellas de Hollywood y líderes mundiales. Más intimidada, aliso mi blusa de seda color crema sin mangas y mi falda lápiz negra hasta la rodilla, luego paso una mano por mi cabello antes de abrir la puerta de la espaciosa oficina de Jessica. La veo tan pronto como entro en la habitación. Está sentada en su escritorio, de cara a la puerta, de espaldas a las ventanas, con su melena característica hasta la espalda, cabello rubio coloreado por expertos que enmarca su rostro como un halo.

Hay un hombre sentado frente a ella al otro lado de su escritorio, vestido con lo que parece un traje muy caro. Algo en su perfil, incluso desde atrás, hace que mi estómago se apriete. Pero estoy tan preocupada por lo que Jessica tiene que decirme, que no pierdo más que un vistazo rápido a las espesas ondas de cabello dorado oscuro y el obviamente atractivo cuerpo en el traje.

Doy dos pasos más dentro de la habitación, mis ojos están en Jessica, pero algo me hace volverme hacia el hombre. Al mismo tiempo, se vuelve hacia mí y, por un momento, más de un momento, mi corazón deja de latir.

Me olvido de Jessica mientras mis ojos lo absorben. Me olvido de todo menos de él. Me siento eufórica y confundido al mismo tiempo. La sangre surge debajo de mi piel, debilitándome, y aún así él sigue mirándome, sus profundos ojos azules sosteniéndome como un prisionero.

¿Qué está haciendo él aquí?

Hay una pequeña sonrisa en su rostro. Parece inofensivo, incluso amigable, pero bajo la superficie, puedo sentir el peligro.

Lo sabe, me doy cuenta. No hay sorpresa en su rostro al verme, solo esa sonrisa que me dice que sabe exactamente quién soy y que trabajo aquí.

—Sarah. —La voz de Jessica suena muy lejana, y se necesita un esfuerzo concertado para obligar a mis ojos a apartarse de la mirada de Aaron e ir hacia ella—. Me alegro de que estés aquí —dice, como si se hubiera olvidado de que envió a buscarme—. Este es Aaron Court.

Se levanta y me mira. Respiro profundamente, sintiendo como si me hubieran dado una patada en el estómago. Hay algo tan crudo y salvaje en su belleza. A la luz de la oficina de Jessica, todo el oro bruñido de su cabello brilla intensamente, contrastando con las partes más oscuras. Cautivada por la sonrisa sexy que encrespa sus labios, me quedo congelada mientras extiende una mano hacia mí. —Es un placer conocerte Sarah —dice con esa voz profunda y ronca.

Dejo que me tome de la mano, como si no estuviera ya lo suficientemente confundida sin tener que lidiar con la sacudida que siento cuando su piel toca la mía. —Es... Es un placer conocerte también. —Tartamudeo, volviendo una mirada confusa hacia Jessica.

—Aaron estaba en el edificio para una reunión y se detuvo para saludar a un viejo amigo...

—Definitivamente no es vieja, Jessica —le dice, sin soltar mi mano.

Ella sonrío con indulgencia de una manera que nunca había visto antes, y miro de uno a otro, preguntándome qué diablos está pasando. —Gracias, Aaron —se vuelve hacia mí—. Quería agradecerles por ese hermoso artículo sobre el Insomnia Lounge.

Le doy la espalda a Jessica, que nunca ha notado nada de lo que he escrito, y mucho menos lo he descrito como encantador, a Aaron. Me resulta difícil comprender lo que está pasando.

—No entiendo... —digo, sintiéndome estúpida—. Por qué...?

Jessica sonrío. Aaron es el dueño del lugar. Tuvimos una pequeña discusión a principios de semana y decidimos que un artículo al respecto sería el más adecuado para nuestro sitio web... Apenas puedo escuchar lo que está diciendo, estoy mirando a Aaron.

Él es dueño del lugar.

—... Aaron te pidió que lo escribieras. Afortunadamente, había leído un par de artículos similares que has escrito...

Me pidió que lo escribiera. Había dispuesto que yo estuviera allí, y luego apareció. Eso significaba que él sabía quién era yo. Lo sabía desde principios de semana. ¡Y había tenido el descaro de preguntarme si estaba trabajando!

Jessica sigue hablando, pero es casi como si no estuviera en la habitación. Solo puedo ver a Aaron y el contraste entre la sonrisa educada que encrespa sus labios y la dureza de sus ojos azules. Me mentiste, parece estar diciendo, y qué vas a hacer ahora que te he encontrado.

Aparto mi mano de la suya, molesta. Puede que le haya mentido. No... Puede que haya omitido decirle que me estaba confundiendo con otra persona, pero eso de ninguna manera significaba que tenía derecho a usar mi trabajo para llevarme a su club con falsos pretextos. Prácticamente para seducirme de nuevo, todo el tiempo pretendiendo que no sabía quién era yo.

No necesito esto. Después de Jim, ni siquiera necesito estar en la misma habitación con un hombre que quiere jugar conmigo. Respiro hondo, haciendo todo lo posible por calmar las emociones que arden dentro de mí. Luego, convierto mi rostro en una sonrisa educada—. Me alegro que le haya gustado el artículo, Sr. Court...

—Aaron... —interrumpe suavemente, ladeando un poco la cabeza mientras me da otra pequeña sonrisa—. Por supuesto que me gustó, obviamente eres muy buena en lo que haces.

Hago una pausa, momentáneamente distraída por la pura sugerencia de su declaración. — Señor. Court —digo deliberadamente—, me lo pasé muy bien en su club y el artículo refleja eso. Si eso es todo, tengo que volver al trabajo. —Le sonrío educadamente a Jessica antes de darme la vuelta y dirigirme hacia la puerta.

Fuera de la oficina de Jessica, hago una pausa por un momento, respirando profundamente y tratando de componerme antes de cruzar el corto pasillo hacia la puerta que conduce a la oficina de Carol.

Estoy a punto de abrir la puerta cuando escucho la voz de Aaron detrás de mí.

—Espere.

Es una orden concisa, y si tuviera algo de respeto por mí mismo, lo ignoraría, pero me detengo, con la mano en el pomo de la puerta. No quiero darme la vuelta, pero casi como si no tuviera control sobre mis propias acciones, me doy la vuelta para mirarlo.

Da un paso hacia mí y mi respiración se acelera. —¿Por qué tanta prisa, Sarah?

Me lamo los labios. —Tengo trabajo que hacer.

—Tu dijiste. —Me lanza una mirada—. Aunque este es un lugar de trabajo extraño para una prostituta.

Respiro hondo—. ¿Por qué no me dijiste que lo sabías?

—¿Por qué me mentiste?

—No te mentí —le digo uniformemente—. Hiciste una suposición.

—¿Y no pensaste que tal vez deberías haber corregido mi error? —pregunta, su voz afilada con molestia. —Pasé el fin de semana preguntándome por qué no dejaste tu número, pero pensé que no importaba, ya que siempre podía obtenerlo de mi hermano. Trate de imaginar lo sorprendido que estaba cuando lo llamé, y él no tenía idea de lo que estaba hablando.

Cuando asumí que yo era una prostituta, también asumí que era un regalo de cumpleaños de su hermano. Ni siquiera quería empezar a pensar en lo extraño que era eso. —Mira —comienzo —, lamento las molestias, pero no tenías derecho a llevarme a tu salón con falsos pretextos sólo para poder... ¿Cómo supiste quién era yo?

Se encoge de hombros, sin molestarse en responder. Por supuesto, con la profundidad de sus bolsillos, probablemente tenga acceso a formas que ni siquiera puedo imaginar. —Tuviste todas las oportunidades de decirme que no eras quien pensaba que eras —continúa—. ¿Por qué no lo hiciste?

Me quedo callada. No hay forma de que vaya a admitir que lo deseaba tanto que estaba dispuesto a fingir ser una prostituta. —¿Por qué estás aquí, Aaron?

Se mueve hacia mí y, en unos pocos pasos, está justo frente a mí. Intento dar un paso atrás, sacudido por la oleada de deseo que siento, pero mi espalda está contra la puerta. Se acerca a mí, me envuelve con su cuerpo y su presencia, haciéndome sentir como si estuviera perdiendo el control de mí misma.

Su voz es dura. Estoy aquí porque me debes una explicación. Esa noche en el hotel. ¿Por qué te quedaste? ¿Sabías quién era yo?

Niego con la cabeza, tratando de disipar el efecto de que su cuerpo esté tan cerca del mío. —No lo hice, y no te debo nada. Quería una aventura de una noche y tú querías una prostituta. Ambos obtuvimos lo que queríamos. ¿Por qué no puedes dejarlo así?

Se inclina hacia abajo, con una mano apoyada en la puerta junto a mi cabeza, mientras acerca su rostro al mío. Pierdo el hilo de mis pensamientos, mis ojos se cierran sobre sus labios sensuales. Están tan cerca. Me mojo los labios, nerviosa y excitada, y como si él supiera, sonrío. —No obtuve lo que pensaba que estaba obteniendo —murmura—, y en cualquier caso, mi prostituta no cobró, ¿verdad? Eso es inaceptable para mí, Sarah. Yo siempre pago mis deudas.

—Tal vez tu 'prostituta' decidió convertirlo en un caso de caridad —espeto.

Él ríe. El sonido es rico, sexy y me calienta hasta los dedos de los pies. —Estoy seguro de que no te parezco alguien que necesita caridad.

No, no lo hace. Respiro temblorosamente. —Bueno, entonces —digo con una calma que no siento. —Volviendo a mi pregunta original. ¿Por qué estás aquí?

—Tal vez —dice lentamente, acercando aún más su cuerpo, de modo que entre la puerta a mi espalda y él tan cerca de mí en el frente, apenas puedo respirar—, Tal vez quiero follarte de nuevo.

Un calor crudo fluye entre mis muslos, debilitando mis rodillas. Mis labios se abren mientras inhalo entrecortadamente. Ni siquiera me está tocando y, sin embargo, me siento tan excitada como si lo estuviera. Desesperada, giro la cara hacia un lado, de modo que no puedo ver su rostro perfecto, sus ojos fascinantes o la curva perfecta de su labio inferior. Su aliento se desplaza contra mi oído y cierro los ojos, tratando de encontrar las palabras para decirle que me deje en paz, cuando todo lo que quiero es que cumpla el salvaje deseo que me recorre.

—Si es por eso que estás aquí —digo lentamente, mi tono uniforme contrasta el hecho de que

mi cuerpo ya es el suyo, desde mis pezones tensos hasta mi sexo dolorido—, estás perdiendo el tiempo. —Yo trago. —Jessica podría entrar en este pasillo en cualquier momento. Así que si no quieres que ella entre y nos encuentre así, creo que será mejor que me dejes ir.

Él sonríe, sus ojos comunican exactamente lo que piensa de mi despido. Él sabe que lo quiero. ¿Cómo podría no hacerlo, cuando todo mi cuerpo se tensa hacia él como atraído por un imán? Sus ojos sostienen los míos durante un largo momento, hasta que estoy seguro de que voy a perder la capacidad de respirar.

—No podría importarme menos que Jessica nos encuentre —dice—, y nunca pierdo el tiempo. —Coloca una mano en mi cintura y, ante el contacto, dejo escapar un grito ahogado. Pero solo me levanta de la puerta, moldeándose a su cuerpo duro solo por un segundo antes de ponerme de nuevo sobre mis piernas temblorosas—. Siempre obtengo lo que quiero, Sarah —dice en voz baja. Luego extiende la mano detrás de mí y abre la puerta, pasando junto a mí y dejándome allí de pie con el corazón acelerado y la sangre palpitando en mis oídos mientras trato de controlar mi cuerpo traidor de nuevo.

CAPÍTULO 8

—Todavía no puedo creer que haya dicho eso —dice Liz sin apartar los ojos de Adam Levine, que es súper sexy en The Voice.

—Yo tampoco. —Frunzo el ceño en mi caja de comida china para llevar—. Quiero decir, ¿quién dice cosas así?

—¿Con qué exactamente tienes un problema? —Pregunta Brandon. Está sentado junto a Liz en el sofá alimentándola con su propia comida para llevar—. ¿Es la redacción o la intención transmitida?

Le frunzo el ceño. —Tengo un problema con todo. Conseguir que fuera a su salón con falsos pretextos y luego fingir que no sabía quién era yo. ¿Quién se cree que es de todos modos?

—Silencio —se queja Liz, mientras una adolescente con botas de ante hasta la rodilla comienza a cantar un número country.

—Creo que deberías follarte con él —susurra Brandon—, obviamente quieres, y ya lo hiciste antes, así que... —se encoge de hombros.

—Estoy de acuerdo —agrega Liz, apartando la mirada de la pantalla el tiempo suficiente para darme una sonrisa alentadora.

—Definitivamente no —respondo, levantándome—. Me voy a la cama. Aparentemente, ustedes dos no tienen idea de lo que significa una aventura de una noche.

—No hay ninguna ley que diga que no se puede repetir —me llama Liz. La ignoro y tiro mi caja de comida para llevar a la basura, luego voy a mi habitación a prepararme para la cama. Cuando finalmente me acuesto y cierro los ojos, todo lo que puedo pensar es en Aaron, y esas palabras repitiéndose en mi oído como un estribillo erótico.

Quiero follarte de nuevo.

En una parte desvergonzada de mí, admito que quiero lo mismo. Lo quería desde que lo vi en el Insomnia Lounge. Afortunadamente, hay otra parte de mí que es lo suficientemente sensible como para enfurecerse con él. ¿Quién se cree que es de todos modos?

Siempre obtengo lo que quiero.

Bueno, buena suerte con eso, murmuro, lanzándome sobre la cama. Definitivamente no volveré a acostarme con él. No me interesa un tipo que piensa que puede ser dueño del mundo solo por quererlo. Ni siquiera importa lo sexy que sea. No me agregaré a la lista de mujeres a las que puede meterse en la cama con solo decir algo tan crudo como 'Quiero follarte de nuevo'.

Por curiosidad, abro el navegador de mi teléfono y le hago una búsqueda, con "novias" como una de las palabras clave. Los artículos que aparecen en los resultados son en su mayoría de los sitios de chismes de Nueva York, con fotos de él con varias mujeres, incluidas algunas famosas. Los artículos aluden a conexiones románticas entre él y algunas de sus citas, pero la mayoría de las alusiones parecen haberse basado solo en rumores. Me pregunto si se acercó a todas las otras mujeres tan directamente como se acercó a mí.

Quiero follarte de nuevo.

¡Jesús!

Guardo el teléfono y cierro los ojos. No tiene sentido leer sobre sus relaciones pasadas cuando debería desterrarlo de mi mente, recuerdos de buen sexo y todo.

El primer paso es dejar de pensar en él, y lo haré, a partir de esta noche.

Hago lo mejor que puedo, pero para cuando finalmente me quedo dormida algún tiempo después, ya he fallado miserablemente.

* * * *

Lo hago mejor al día siguiente, enterrándome en el trabajo y escribiendo una tormenta. A la hora del almuerzo, camino hasta una tienda de delicatessen cercana con Chelsea y Sonali Nagra, una linda nueva pasante india que habla con acento británico, creció en Park Avenue, pero insiste en que su casa está en Mumbai, aunque solo ha estado allí una vez en su vida. Su sueño es trabajar en Gilt Style, la más popular de las revistas Gilt, y luego lanzar su propia línea de alta costura. Durante el almuerzo, cotilleamos sobre gente de oficina y nos reímos de los artículos más ridículos que Chelsea ha tenido que escribir últimamente.

—Por fin vi a Jim Weyland ayer —exclama Sonali en algún momento, pasando unos dedos perfectamente cuidados por su cabello negro como el carbón. —Se ve aún mejor en persona. Juro que cuando me despreciaron en Gilt Style, acepté el puesto en Traveler solo para poder trabajar con él.

Chelsea mira de Sonali a mí y yo me encojo de hombros, dejando en claro que no me importa si hablamos de Jim.

—No deberías haber tomado el puesto entonces —dice Chelsea con simpatía—. Él nunca sumerge su pene en la tinta de la oficina.

—Además, ahora está comprometido —agrego, riéndome en silencio ante la obvia decepción de Sonali.

—Estoy más preocupada por su actitud hacia las relaciones en la oficina que por su compromiso —responde ella con ojos serios. —Claudia Sever ha roto tres compromisos en los últimos dos años, todos saben que la persona que realmente quiere es Reese Fletcher, el multimillonario. Han estado encendidos y apagados durante años.

Me pregunto si podría tener razón. Cuando se trata de chismes o de moda, Sonali siempre sabe de qué está hablando. Sin embargo, en lugar del alivio enfermizo que habría sentido en el pasado al saber que Jim podría estar pronto disponible nuevamente, simplemente no me interesa.

—Hablando de hombres calientes, ayer vi a Aaron Court en el edificio —sonríe Chelsea. — Ese es el Jim Weyland de una niña grande. Me pregunto qué estaba haciendo allí.

Finjo ignorancia al guardar silencio mientras ambos especulan sobre la persona cuyo nombre ya he decidido desterrar de mis pensamientos.

—No me importaría el hermano —dice Sonali con un suspiro—. Está haciendo una obra de teatro en Broadway en este momento, aunque todavía está en la etapa de vista previa. Algunos de mis amigos fueron con la esperanza de verlo. —Ella baja la voz—. Hay algo en los chicos con historias trágicas. Mi mamá dice que ambos hermanos estaban en el auto con su mamá cuando ella tuvo el accidente. Aaron sacó a Allan y luego tuvo que ver cómo el auto ardía con su madre adentro.

—Eso es tan horrible. —Exclamo, incapaz de imaginar lo doloroso que debe haber sido, lo doloroso que debe ser todavía para él.

Sonali niega con la cabeza. —Sí, pero ambos estaban ilesos. Cosas pobres.

—Sí, pobres —dice Chelsea. Pero basta de historias tristes. Todavía quiero saber qué estaba haciendo Aaron Court en nuestro edificio.

—Tal vez esté planeando hacerse cargo de Gilt —bromeo—. Las adquisiciones son las nuevas conquistas.

—Bueno, no me importaría trabajar para él —sonríe—. O debajo de él, dependiendo de lo que prefiera.

Es una declaración inocente, pero mi reacción a ella, una mezcla de posesividad y celos feroces, me asusta. No debería importarme si mi hermosa colega encuentra atractivo a Aaron. No es nada para mí.

—Dudo que esté disponible —señalo, incapaz de dejarlo pasar.

—Sí —suspira Chelsea—, pero una chica puede soñar.

* * * *

Caminamos de regreso, con Sonali haciendo un comentario continuo sobre cada chico sexy con el que nos cruzamos en la calle. Para cuando llego a mi oficina, todavía me río un poco, pero pronto mis pensamientos vuelven a Aaron y las cosas que Sonali dijo sobre la muerte de su madre.

Hago una búsqueda rápida en mi computadora, buscando informes de noticias archivados de hace veinte años. No es difícil encontrar un informe sobre el accidente.

Incluso antes de comenzar a leer el artículo, mi corazón se rompe al ver la foto de dos niños. Ambos envueltos en mantas, el pequeño luciendo confundido, mientras que el mayor, Aaron, tiene la expresión más desgarradora y triste. Junto a eso hay una foto de una hermosa pareja, sus padres.

Empiezo a leer el artículo. El coche se salió de la carretera y dio un par de vueltas mortales. Según un testigo ocular, un adolescente que detuvo su automóvil unos minutos después de ocurrido el accidente y llamó a una ambulancia, Aaron había salido del automóvil con su hermano pequeño, pero el automóvil había comenzado a arder inmediatamente después, y para cuando la ambulancia los alcanzó, ya era demasiado tarde para Alicia Creighton Court.

Oh Aaron. ¡Ser testigo de todo eso! Debe haber estado devastado.

Mi teléfono de escritorio comienza a sonar. De mala gana, abandono mi lectura del artículo y respondo a la llamada.

—Hola,

—Solo estoy confirmando que has vuelto del almuerzo. —La voz de Carol Méndez es, como siempre, brusca y eficiente.

—¿Por qué?

Jessica quiere verte.

Frunzo el ceño, una sensación de déjà vu arrastrándose por mi columna. —¿Ahora?

—Bueno, mañana no. —La escucho decir algo, no a mí. Entonces su voz vuelve a la línea—. Estarse quieto. Ella está en camino.

Escucho un clic cuando la línea se corta. ¿Jessica Layner vendría a verme? Si eso no fuera extraño, no sabía qué era. Cierro el navegador y coloco una pila de hojas en mi escritorio, preguntándome qué quiere. Solo sé, de alguna manera, que esto tiene algo que ver con Aaron.

Jessica se detiene en la puerta de mi oficina, sus ojos contemplando el espacio como si no pudiera creer lo pequeño que es. Se ve elegante con un vestido tubo color crema y tacones escarlata. Existe el rumor de que las mujeres poderosas de la organización Gilt están perpetuamente en competencia, por lo que siempre buscan la perfección y exigen la perfección en cada aspecto de sus revistas.

Da un paso dentro de la habitación y cierra la puerta detrás de ella. Me levanto de mi asiento y ella agita una mano. —Oh, siéntate —dice a la ligera—, no soy el presidente.

Siento mi trasero en la silla, confundida. Camina hacia la ventana y mira hacia afuera. —No

tienes mucha vista, ¿verdad?

—Es adecuado.

Ella se encoge de hombros, luego se da la vuelta para mirarme. —Hay un hotel en San Francisco. El hotel Gold Dust. Es uno de esos lugares antiguos y elegantes. —Me mira para ver si la sigo—. Aaron Court lo compró hace algún tiempo a los propietarios originales y desde entonces ha estado en proceso de renovación.

Espero a que continúe, sin estar segura de dónde entro, pero ya sabiendo en el fondo que Aaron ha iniciado algo que no me gustará.

—Ya escuché que será un destino de primera en San Francisco, y él tiene a los diseñadores de interiores más reconocidos como parte del equipo del proyecto —dice ella—. Hace aproximadamente un mes me acerqué a él para hacer un artículo en Gilt, un vistazo al nuevo hotel para nuestros lectores. No estaba interesado. —Ella hace una pausa—. Luego, la semana pasada, su asistente llama para arreglar un artículo promocional para un salón que él posee. Y ayer estuvo aquí, pidiendo verte y ofreciéndome el artículo sobre el Gold Dust.

Arrugo la frente. —No lo soy... no creo que tenga nada que ver conmigo.

Ella levanta sus cejas perfectas. —¿No es así?

Niego con la cabeza. —Tal vez decidió que, después de todo, necesitaba la publicidad de su hotel.

Sus ojos me evalúan por un momento. —Cuando se postuló para Gilt, quería un puesto en Gilt Review, ¿por qué?

Estudí Literatura Inglesa y siempre quise tener una carrera que tuviera algo que ver con los libros y la literatura. —Pensé que sería lo más adecuado para mí.

Ella agita una mano en un gesto de desdén. —No existe el ajuste perfecto. Tienes que hacerte cargo del lugar donde te encuentres, hacer que se adapte a ti. —Ella se detiene y me mira—. Te has aplicado muy bien aquí. No tendrás ningún problema en ir a San Francisco a escribir sobre la transformación del Gold Dust, ¿verdad?

Me ahogo con el aire. —¿Quieres que vaya a San Francisco a escribir sobre el hotel de Aaron Court?

—¿No quieres?

Yo trago. —No estoy segura... nunca he manejado algo así.

Ella me lanza una mirada interrogante. —Pensé que ya estarías harta de todos esos artículos promocionales. No eres un pirata. Esta es una tarea real. Va a ser una característica principal. —Camina hacia mi escritorio—. No tengo la costumbre de visitar a los asociados en sus oficinas, quiero saber si hay un conflicto, alguna razón por la que no puede hacerlo.

No me atrevo. ¿Realmente quiero decirle a mi jefe que no quiero aceptar una asignación porque creo que el dueño de la propiedad sobre la que voy a escribir, un multimillonario con propiedades en todo el mundo, quiere meterse en mis pantalones? ¡Y Aaron, Dios! Me pregunto si escribir el artículo significaría volver a verlo. No puedo mentirme a mí misma. Quiero verlo, especialmente después del artículo que acabo de leer sobre él. —Me encantaría hacer la función —me escucho decir—. Me alegro de que me consideres.

Jessica asiente. —Los arreglos de viaje se están haciendo al final. Se reunirá con Tony Gillies en Swanson Court Tower para discutir la logística. ¿Está bien?

—Está bien.

Eso es todo entonces. Da golpecitos con una uña perfectamente cuidada en mi escritorio—. Todo lo mejor.

* * * *

Una hora más tarde, salgo de un taxi frente al impresionante rascacielos residencial y de uso mixto que es el edificio SCT. Mientras camino hacia las puertas giratorias, me veo en las paredes de vidrio reflectante. Llevo una falda lápiz gris, una blusa de seda verde claro y zapatos de tacón negros, con el pelo recogido en un lado con un pasador de diamantes de imitación. Hago una pausa por un momento para comprobar que el poco maquillaje que apliqué antes de salir de la oficina se ve bien, luego murmuro una maldición poco femenina y sigo caminando, sin querer aceptar que Aaron es la verdadera razón por la que estoy tan preocupada por mi apariencia.

Que se joda, pienso con resentimiento, dando mi nombre a la seguridad de la recepción. Aparentemente me están esperando y me entregan un pase de visitante que me permite cruzar los torniquetes entre las puertas y el ascensor.

—Piso sesenta y dos —me informa uno de los guardias.

—Gracias —respondo, todavía pensando en Aaron. No tengo ninguna duda de que ha diseñado todo esto porque cree que puede usarlo para meterme en su cama, pero estoy decidido a decepcionarlo.

En el piso sesenta y dos, las puertas del ascensor se abren, revelando una amplia sala de recepción con un gran escritorio de mármol y una pantalla de televisión con vistas a una lujosa zona de asientos. Salgo del ascensor un segundo antes de que una partición de vidrio casi invisible entre el ascensor y el área de recepción se abra, permitiéndome caminar hacia el mostrador de recepción. Allí, una chica inmaculadamente vestida con el pelo negro rapado y gafas me espera con una sonrisa amistosa.

—Buenas tardes, señorita Foster —dice alegremente.

—Buenas tardes —respondo, esperando mientras ella escanea mi tarjeta de visita. Mientras espero, otro par de puertas de vidrio se abren y un tipo de aspecto afilado entra en el área de recepción. Tiene más o menos mi estatura y, al igual que la recepcionista, está perfectamente vestido con un traje moderno, su cabello corto y rizado enmarca su rostro con esmero.

—Hola —comienza, extendiendo su mano. Debe ser la señorita Foster de Gilt. Soy Tony Gillies, asistente del Sr. Court. Discutiremos la logística de su viaje en su oficina. Por favor sígame.

¿En su oficina? —Aaron... ¿el señor Court va a estar allí? —Pregunto, de repente tensa.

—Sí —asiente Tony y luego comienza a caminar, dándome otra opción que seguirlo a través de las puertas corredizas de vidrio hacia un pasillo largo y ancho con oficinas con mamparas de vidrio en un lado y salas de conferencias en el otro. Al final del pasillo, hay otro conjunto de puertas de vidrio que conducen a una gran oficina con dos escritorios y una sala de estar. Uno de los escritorios está ocupado por una mujer que habla por unos auriculares en un idioma que suena a italiano. No puedo decirlo con certeza, porque no tengo esperanzas en ningún idioma que no sea el inglés. Ella no mira hacia arriba cuando entramos.

—Por favor, tome asiento —dice Tony, la imagen de la eficiencia formal. Mira su reloj—. Señora. La corte está en una reunión en este momento, pero terminará en unos minutos. ¿Quieres algo de beber?

Niego con la cabeza. —No.

Él asiente, luego se retira detrás del segundo escritorio de la habitación. Mientras espero, aprovecho el tiempo para mirar a mi alrededor. A un lado de la habitación, hay una pared de una especie de vidrio esmerilado con una puerta en el medio. Supongo que es la puerta de la oficina de Aaron cuando se abre y tres hombres salen de la habitación más allá, hablando en voz baja

entre ellos. A través de la puerta abierta, vislumbro a Aaron sentado a la cabecera de una mesa de conferencias. Está mirando unos papeles sobre la mesa, con el ceño fruncido de concentración en su rostro perfecto. No puedo apartar mis ojos de él. Seguiría mirando, pero las puertas se cierran, bloqueándolo de mi vista.

—Podemos entrar ahora. —Tony ya está a mi lado. También me pongo de pie, alisando nerviosamente mi falda. ¿Por qué estoy tan ansioso? No tengo nada de qué preocuparme.

Aparte de estar otra vez en la misma habitación con Aaron.

Sigo a Tony hasta la puerta, esperando mientras la mantiene abierta para que entre. Inmediatamente, mis ojos se posan en Aaron. Ahora está de pie junto a la mesa de conferencias, golpeando con un dedo impaciente la superficie de cristal. Se quitó la chaqueta, que ahora cuelga del respaldo de la silla que acaba de dejar libre. Con solo su camisa azul claro y pantalones negros delgados, la fuerza y la aptitud de su cuerpo perfecto son obvias, demasiado obvias.

Entro a la oficina y él mira hacia arriba. Su cabello está peinado hacia atrás, lo que lo hace lucir aún más intenso. Cuando sus ojos azules se posan en mí, sonrío. Mi corazón pierde un latido ante la transformación de su rostro, y mis pasos vacilan.

—Entra Sarah.

Me estabilizo y sigo caminando. La oficina es mucho más grande que cualquier otra en la que haya estado. Aparte del área de conferencias, hay una sala de estar con cómodas sillas de cuero y una mesa de café de vidrio. Un gran escritorio se encuentra en un área ligeramente elevada, casi como un estrado, con el horizonte de Manhattan como telón de fondo. Hay una pared cubierta de pantallas que, por el momento, están todas sintonizadas con diferentes canales de noticias e informes financieros de todo el mundo.

Él ya ha retirado una silla, de pie detrás de ella mientras espera que me siente. Camino hacia él con las piernas temblorosas, maldiciéndome por el efecto incontrolable que tiene en mí. Una mirada y olvido todos mis propósitos.

Tony se ocupa de configurar el proyector, ajeno a la tensión entre Aaron y yo. Tomo el asiento ofrecido, temblando ligeramente cuando los dedos de Aaron deliberadamente rozan mis hombros antes de que regrese a su propio asiento. Luego de unos segundos, Tony se une a nosotros en la mesa y comienza la diapositiva de fotos del nuevo hotel, mostrando la etapa de remodelación ya realizada. La decoración es un poco más ligera y moderna que la del hotel de Nueva York, con más vidrio y colores más brillantes, pero quienquiera que sea el diseñador de interiores, seguro que sabía lo que estaba haciendo.

Aaron no dice una palabra mientras Tony repasa la descripción del hotel, las instalaciones que se ofrecen, las empresas de diseño involucradas y lo que Swanson Court International espera lograr con el nuevo hotel. Nos adentramos en la historia de la propiedad. Anteriormente conocido como el hotel San Francisco Gold Dust, fue construido en los años veinte y ha pertenecido a la familia Sinclair durante generaciones. Aaron había adquirido recientemente la propiedad de Evans Sinclair y la reabrirá con el nombre de The Gold Dust, A Swanson Court Hotel.

Tomo notas, hago preguntas, tomo notas de las aclaraciones y destaco áreas para futuras investigaciones. Tony ha hecho un gran trabajo en el tobogán, destacando la extensa colección de arte autóctono que forma parte de la propiedad, el spa de clase alta, chefs famosos y el entrenador de fitness famoso que se unirá al hotel. No tengo ninguna duda de que para las personas que pueden pagarlo, valdrá la pena cada centavo.

Finalmente, llegamos al final de la diapositiva, y aparto la mirada de la pantalla para encontrar los ojos de Aaron en mi cara.

—¿Eso es todo? —él pregunta. Está hablando con Tony.

—Si.

—Gracias. Puede dejarnos ahora —dice—, la señorita Foster comunicará cualquier solicitud de información adicional o aclaración.

Tony asiente y sale de la oficina, dejándome a solas con Aaron. Evito mirarlo, sintiendo la tensión en el aire espesarse con cada segundo que pasa.

Empiezo a levantarme. —Debería irme.

Su mano en mi brazo me detiene—. No, no lo hagas. —Mueve su silla de la cabecera de la mesa a directamente al lado de la mía, colocándola de modo que esté frente a mí—. Deberíamos hablar.

—Sé lo que estás haciendo —le digo acaloradamente—. Diseñaste esta tarea para que puedas hacer que pase tiempo contigo. —Lo miro—. Bueno, adivina qué, esta vez no vas a conseguir lo que quieres. Estás perdiendo tu tiempo. No voy a dejar que te salgas con la tuya manipulando mi trabajo solo para que puedas follarme.

Sus ojos brillan ante mis palabras acaloradas, pero en lugar de responder, presiona un botón en el escritorio, volviendo el vidrio esmerilado de las paredes de la oficina aún más opaco. —Veamos —comienza—, acepté generosamente una solicitud que hizo su jefe hace mucho tiempo. ¿Cómo estoy manipulando tu trabajo?

—¿Y el artículo sobre el Insomnia Lounge? —Yo desafío.

—Te traje allí para darte la oportunidad de decirme la verdad, que no tomaste, por alguna razón.

—Tal vez porque no quería. Quizás porque estaba perfectamente bien contigo pensando que era una prostituta. Tal vez porque no tenía ninguna intención de volver a verte.

Se inclina hacia adelante, su mano todavía en mi brazo. De repente me siento impotente contra la atracción magnética de su cuerpo. ¿A quién engaño? Lo quiero. Lo deseo tanto que puedo saborear mi deseo.

—Deja de mentirme a ti misma —dice en voz baja.

Dejo escapar un suave suspiro a través de los labios entreabiertos. —No sé a qué te refieres.

—Dime la verdad, Sarah —desafía—. ¿Qué deseas?

No respondo, así que continúa. Verás, sé lo que quiero. Te deseo. No le pedí a Jessica Layner que te diera la función, pero esperaba que lo hiciera, especialmente después de que le dije que era fan de tu trabajo. Estaré en San Francisco durante una semana y te quiero allí conmigo. Quiero follarte todos los días que estemos allí. No he dejado de pensar en ello desde aquella noche en mi hotel. Quiero hacerte venir hasta que me ruegues que pare, y sé que quieres lo mismo.

Trago saliva. Sus palabras me están haciendo algo. Ya, mis pezones están duros y doloridos, presionando insistentemente contra mi sostén. Me pregunto si podrá verlos a través de mi blusa, aunque espero desesperadamente que no pueda. Ni siquiera me ha tocado y, sin embargo, ya me siento sin aliento de deseo. Mis mejillas se sonrojan y cierro los ojos, frustrada por mi incapacidad para controlar mi cuerpo a su alrededor.

—Pero si prefieres no hacerlo —continúa—, entonces no nos veremos en San Francisco. Harás tu trabajo, volverás a Nueva York y probablemente nunca me volverás a ver. ¿Es eso lo que quieres?

Quiero que me bese. Eso es lo que yo quiero. Quiero inclinarme hacia adelante y cerrar la brecha entre nuestros labios. Quiero saborear el calor de su boca. Me siento hechizada, confundida, a un segundo de olvidar mi propio nombre. Puedo escuchar mi respiración entre suaves y pequeños jadeos, como si ya no hubiera suficiente aire en la habitación.

—¿Qué quieres? —Repite.

Abro la boca, sin estar segura de lo que voy a decir, e inmediatamente sus labios se cierran sobre los míos, cálidos, exigentes y hábiles. Su lengua traza mi labio inferior, luego se sumerge en mi boca, provocando, acariciando y acariciando el deseo que ya está ardiendo dentro de mí en un frenesí de ardiente e incontrolable necesidad.

Él se aleja y yo gimo en queja, inclinándome hacia adelante, anhelando más. —Esto es lo que quieres. —Su voz es cálida y seductora. Lo miro con ojos vidriosos, preguntándome por qué dejó de besarme—. Tus pezones están duros, Sarah. —Levanta una mano para acariciar una de las protuberancias endurecidas a través de mi parte superior, como para probar su punto. Se me escapa un gemido de placer—. Entre tus piernas estás mojada y pidiendo por mí, ¿no? —Sus ojos son fuego azul ardiendo en los míos—. Sé que quieres que te folle, aquí mismo, en esta oficina, en el piso, en mi escritorio, contra la pared, en cualquier lugar. No te importaría. Solo me quieres dentro de ti, ahora mismo.

Ante sus palabras, un deseo agudo me atraviesa como un rayo. Mi cuerpo se aprieta con necesidad, impotente ante el asalto mental de sus palabras. Casi como si estuviera bajo un hechizo, alcanzo su rostro y lo acerco al mío.

Reclama mis labios con avidez, levantándose y poniéndome de pie en el mismo movimiento. Me levanta, subiendo mi falda para que pueda envolver mis piernas alrededor de su cintura mientras me lleva a su escritorio.

Tan pronto como mi trasero toca la superficie del escritorio, su lengua se sumerge en mi boca, saboreando y saqueando, mientras sus manos ahuecan mis pechos a través de mi blusa. Lo alcanzo, mi mano se mueve desde la dura losa de su estómago hasta la perfección de su pecho. Aflojando su corbata de seda, la tiro y comienzo a desabrochar su camisa, pero él me detiene, sosteniendo mis dos manos a mis costados, mientras inclina su cabeza hacia mi pecho, rozando mi dolorido pezón con sus dientes.

Mi piel es tan sensible que se siente como si estuviera en llamas. El latido entre mis piernas me hace imposible pensar. Gimo, liberando mis manos de las suyas para poder enredar mis dedos en su sedoso cabello. Quiero algo más que estas bromas. Lo quiero dentro de mí, lo antes posible.

Arqueo mi espalda, presionando mi pecho más cerca de su cara. Él gime, volviendo a cubrir mi boca con la suya, su lengua se acopla con la mía incluso mientras sus manos se mueven hacia mis caderas para empujar mi falda alrededor de mi cintura, exponiéndome de cintura para abajo.

Acaricia los cálidos dedos sobre el encaje húmedo de mis bragas, encuentra mi clítoris palpitante y lo frota a través del encaje. Arranco mi boca de la suya, incapaz de contener un pequeño grito de placer.

—¿Te gusta cuando te toco así? —Su voz es ronca, sus ojos ardiendo de deseo.

—Sí —le susurro impotente, frotando mis caderas contra sus dedos.

Él sonríe y empuja mis bragas a un lado, dándole acceso a sus dedos para acariciarme. Ya estoy tan mojada que se deslizan fácilmente a través de mis pliegues, deslizándose dentro para burlarse de mí con la promesa de lo que vendrá después.

Apoyo mis manos en el escritorio y abro las piernas para él, invitándolo a que se hunda más, pero él aparta los dedos y luego cae de rodillas frente a mí.

Todavía está sosteniendo mis bragas a un lado, dándole acceso para lamer cada centímetro de mí. Grito ante el cálido toque de su lengua, agarrando el borde del escritorio con fuerza. Se echa hacia atrás, luego engancha los dedos en el encaje de mis bragas. En el momento siguiente escucho un sonido desgarrado, luego sus labios me tocan de nuevo, seguidos por su lengua, el dulce calor aterciopelado me envía directamente al cielo.

—Aaron —su nombre sale de mis labios en un largo gemido. Su lengua recorre mi clítoris,

luego viaja hacia la entrada temblorosa de mi cuerpo, provocándome y haciéndome querer más—. Oh Dios, Aaron.

Él responde deslizando dos dedos dentro de mí, provocando mis pulsantes paredes y haciendo que mi cuerpo se apriete y se estremezca. Su lengua continúa provocando mi clítoris, llevándome al borde del orgasmo una y otra vez hasta que me vuelvo loca con el deseo de tenerlo dentro de mí.

Muevo mis caderas contra su boca, suplicándole con mis movimientos que me dé más. Hace una pausa lo suficiente para mirar hacia arriba y sonreír ante la desesperación en mi rostro, antes de comenzar a torturarme de nuevo.

—Aaron —le ruego—. No puedo...

Me ignora, chupando mi clítoris mientras dobla sus dedos, encontrando la pequeña masa de nervios a lo largo de mis paredes y acariciándola magistralmente. Mi cuerpo se tensa, con espasmos incontrolables mientras grito, perdiéndome en un orgasmo palpitante y caliente.

Casi de inmediato, se pone de pie, mi rostro entre sus manos. —Me encanta tu sabor, Sarah —susurra, antes de chupar mi labio inferior—. Quiero lamer cada centímetro de ti. Dime que vendrás conmigo.

Mis ojos todavía están dilatados, casi sin poder enfocar. En algún lugar profundo, recuerdo que no debería estar haciendo esto.

Cuando hago una pausa, me besa de nuevo, su lengua hurgando en mi boca. Sus dedos encuentran mis pezones, hinchados y doloridos en los confines de mi ropa. Con un sonido impaciente, rasga la parte delantera de mi blusa y me baja el sujetador, exponiendo mis doloridos pechos. Su boca cubre un pezón y casi lloro de placer. Lo escucho desabrocharse el cinturón, luego el sonido de su cremallera, y cuando suelta mis labios de nuevo, miro hacia abajo a la longitud perfecta de él, deseando tenerlo dentro de mí.

Coge algo dentro de su escritorio, y al momento siguiente escucho el sonido del papel de aluminio al romperse. Él sabía que esto sucedería, pienso a través de mi cerebro excitado. Lo había sabido y se había preparado para ello. Incluso cuando me había estado mintiendo. Decirme a mí misma que no me acostaría con él.

Lo veo ponerse el condón, la necesidad y la emoción son más fuertes que mis pensamientos.

—Quiero follarte sin uno de estos —dice en voz baja—. ¿Me dejarás, una vez que demuestre que estoy limpio?

Asiento, desesperada por la necesidad. Ahora mismo, solo lo quiero dentro de mí.

Se coloca en la entrada temblorosa de mi cuerpo. —Dime que vendrás conmigo a San Francisco —susurra de nuevo, con voz ronca.

Ruedo mis caderas, hambriento de él. —Sí —susurro—. Si.

Sus manos encuentran mi cintura y me mueve hacia él en el mismo momento en que empuja hacia adelante, deslizándose lentamente dentro de mí y llenándome por completo.

—¡Si! —Grito cuando el primer pulso inmediato de mi orgasmo me atraviesa. Mis piernas se debilitan y gimo sin poder hacer nada, rompiéndome por las costuras. Agarra mis muslos, tirando de mí hacia el borde del escritorio mientras se retira, casi hasta la punta, luego se sumerge de nuevo en mí. Baja su cabeza hacia mis pechos de nuevo y gimo, mi cuerpo se aprieta casi insoportablemente alrededor de las dulces y duras caricias de su polla.

Apoyo mis manos en su hombro, sintiendo los músculos tensos y agrupados incluso a través de su camisa. Levanta la cabeza para mirarme y sus ojos están enfocados en mí, la intensidad casi cegadora. Su expresión de clara y absoluta excitación alimenta el insoportable calor entre mis piernas. Empieza a moverse más rápido, sus pupilas se dilatan mientras conduce sin pensar hacia

el orgasmo. El calor llena mi cuerpo mientras se construye otro clímax, el mundo entero se convierte en nada más que los seguros golpes de placer entre mis piernas. Mi cabeza rueda hacia atrás y grito mientras mi cuerpo se pone rígido, mi orgasmo se apodera de mí incluso cuando Aaron se sumerge salvajemente en mí, todo el control desaparece mientras cabalga las olas de mi clímax hacia el suyo. Viene con un fuerte gemido, todo su cuerpo se estremece con su liberación.

Mi corazón se acelera. Tomo grandes bocanadas de aire. El aire en la oficina es fresco, pero ambos sudamos. Aaron exhala un profundo suspiro y lentamente sale de mí, haciendo que mi cuerpo se estremezca mientras los temblores residuales me atraviesan. Mi rostro está enterrado en su cuello, y mientras recupero el aliento, inhalo el aroma de su colonia picante, sexo caliente y un aroma que es solo él. Tengo que contenerme para no poner besos en su rostro. Cierro los ojos, tratando de sopesar la lánguida satisfacción que siento con la mortificación de saber que acabo de acostarme con él, aunque le dije que no iba a hacerlo. Aunque sé que no debería haberlo hecho.

Empieza a ajustar mi falda, bajándola y alisándola. Mis bragas están rotas e insalvables y él simplemente me las quita y las guarda en su bolsillo. Me ajusta el sujetador e intenta hacer lo mismo con mi blusa, pero como faltan dos botones, ni siquiera él puede hacer nada. No hay forma de que pueda salir con este aspecto.

Me deja en el escritorio y envuelve el condón en un pañuelo antes de tirarlo a la basura. Para cuando se vuelve hacia mí, ya está arreglando su ropa, sin señales de que me haya jodido hasta dejarme sin sentido en su escritorio. Se ve tan imaculado como siempre, y yo parezco un desastre.

Vuelve al escritorio y toma mis brazos, tirándome suavemente para ponerme de pie. —Vamos —dice—, vamos a ponerte decente.

—A menos que tengas una blusa exactamente como la mía en algún lugar de esta oficina, no veo cómo puedes manejar eso.

Sus dedos tocan la seda de la blusa. Luego sonrío y toma mi mano. —Dudo que una blusa como esa se vea tan bien en mí como en ti —dice antes de presionar un botón en su escritorio.

—Señor —La voz de Tony fluye hacia la habitación a través de un par de altavoces que no puedo ver.

—Voy a salir —dice Aaron secamente—. Reprograme la reunión de Clifton.

Presiona el botón para terminar la conversación sin esperar una respuesta y comienza a guiarme hacia una puerta que no había notado antes. Se abre a una habitación pequeña pero aireada con un juego de asientos y grandes ventanales que comparten la misma vista que su oficina. Una escalera conduce desde la habitación a un piso superior.

—No me digas que tienes un apartamento aquí también —le digo, siguiéndolo por las escaleras.

Él frunce el ceño. —Sí

—¿Cuántos apartamentos tienes? —Pregunto, curiosa.

—Unos pocos. —Él está sonriendo—. El apartamento del hotel pertenece a mi familia, allí pasé parte de mi infancia. Aquí es donde vivo principalmente estos días, especialmente cuando estoy ocupado con el trabajo.

El apartamento es más pequeño que el de Swanson Court, pero sigue siendo un apartamento grande. Evidentemente es un piso de soltero. Amueblado de forma sencilla pero con buen gusto, y con algunos toques personales, aunque menos de los que vi en el apartamento de Swanson Court.

—Esto es conveniente —comento—, el sueño de todo adicto al trabajo. ¿Por qué dejar el trabajo cuando puede vivir en el trabajo?

—Una vez más para mí, y tendré que follarte de nuevo, solo para mantener tu boca ocupada. —

Su expresión es suave, como si solo estuviera comentando el clima, pero estúpidamente, mi cuerpo responde recordando el placer de hace unos momentos y deseando más—. Ponte cómoda —ofrece, haciendo un gesto hacia la sala de estar—. Hay bebidas en la nevera, allá —señala en dirección a la cocina—. Vuelvo enseguida.

Me deja y desaparece dentro del apartamento. Camino hacia la cocina. Parece moderno, aunque infrautilizado. Saco una botella de agua con gas de la nevera, la destapo y bebo un trago largo.

—Puedes ponerte esto —ofrece, entregándome el suéter.

Se lo quito. El material es suave y liso al tacto. Me quito la blusa y me la pongo. Es un poco grande, pero huele a él y se siente celestial contra mi piel.

Aaron dobla mi blusa y me la entrega. —Te queda mejor que a mí.

Me burlo. —De alguna manera lo dudo.

—Me encanta cuando me haces cumplidos —dice con una sonrisa desgarradora y hermosa.

—Solo estaba haciendo una observación.

Él se encoge de hombros. —Me encantan tus observaciones complementarias.

Me río a mi pesar. —¿Y ahora qué?

Toma un mechón de mi cabello y lo riza alrededor de su dedo. —Ahora que no hay duda de lo bien que estamos juntos, espero que finalmente aceptes pasar más tiempo conmigo.

Miro su rostro. —Te refieres al sexo.

—Montones.

Niego con la cabeza. —En realidad, quise decir, lo que sucede ahora mismo.

Se ríe y suelta el mechón de pelo, dejándolo caer de nuevo a mi cara. —Ahora, te llevo a casa.

Hay un ascensor privado desde el apartamento hasta el garaje en la planta baja. Dejó su chaqueta y su corbata, en su oficina. Con solo su camisa y pantalones a medida, se ve más informal, pero aún así sexy como el infierno.

El coche al que me lleva es un elegante convertible jaguar plateado, muy cerca del suelo, con asientos de cubo de cuero y un motor que ronronea suavemente.

Mantiene la capota levantada, deslizándose en un par de anteojos oscuros mientras conduce el auto fuera del garaje. Incluso conduciendo, es poderoso, controlado, sus dedos ligeros en el volante mientras se mueve a través del tráfico de la tarde.

Se vuelve hacia mí. —Sobre San Francisco —dice—. Quiero que vayamos juntos. Quiero que te quedes conmigo, que pases todo el tiempo conmigo cuando no estés trabajando. Si eso no es lo que quieres, no tienes que hacerlo por lo que pasó hoy.

Asiento, sabiendo que quiero ese viaje con él. Lo quiero tanto que duele. —¿Qué pasa después de que termina? ¿Cuándo volvamos?

Da golpecitos con un dedo en el volante, haciéndome preguntarme qué está pensando. —¿Qué es lo que deseas que suceda?

Mi mente va a Jim, y todos los sentimientos, difíciles de recordar, pero aún ahí, sin resolver. —No quiero una relación —le digo a Aaron—. Esto es solo sexo y no quiero fingir que es nada más.

Él no responde, así que continúo.

—También quiero exclusividad, mientras dure.

—No hay problema —dice encogiéndose de hombros.

Me pregunto cuánto tiempo durará exactamente. Cuánto tiempo hasta que saque de su sistema todo el deseo que tenga por mí y siga adelante. No quiero que me vuelvan a rechazar. No podré aceptarlo. Yo trago.

—Y dura sólo mientras estemos en San Francisco —agrego rápidamente, antes de cambiar de opinión.

—¿Una semana? —Las palabras van acompañadas de un ceño fruncido—. ¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?

—Sí —respondo

Él asiente lentamente. —Todo bien. —Mira su suéter que cuelga de mi hombro y luego mira su reloj—. ¿Por qué no subes y te cambias? Te llevaré de regreso a la oficina.

Miro la hora en el tablero. Son casi las cinco. —Terminé por hoy.

Me lanza una mirada sugerente. —Entonces, ¿me vas a invitar?

Yo sonrío. —No empujes tu suerte. Ni siquiera me gustas todavía.

—Pero lo harás —su voz es segura. Salgo del coche, ya arrepintiéndome de no haberlo invitado a subir, pero solo quiero contenerme un poco, al menos por ahora—. Tony le hará saber los detalles del viaje —dice, arrancando el motor—. Te veré.

Con eso, se ha ido, el motor del coche ronronea suavemente mientras se aleja, dejándome preguntándome en qué diablos me he metido.

CAPÍTULO 9

—No tengo idea de lo que estoy haciendo —le digo a Liz por teléfono al día siguiente. Ella trabaja hasta tarde, yo, por otro lado, estoy empacando para mi viaje. Después de intercambiar notas de nuestra reunión y discutir un poco más sobre el artículo, Tony Gillies me informó que me iría a San Francisco con Aaron por la noche.

—No lo pienses demasiado —responde Liz—. Personalmente, creo que es emocionante. Tendrás tu aventura y podrás escribir tu artículo al mismo tiempo.

—Todos mis sueños se están haciendo realidad —digo con sarcasmo.

—No seas tan negativa. Sabes que te estás ensuciando las bragas con la idea de estar con él durante toda una semana. —Ella ignora mi protesta—. Solo asegúrate de empacar buena lencería y condones. No querrás que te pillen desprevenida.

Miro la caja en mi cama. Llegó al mismo tiempo que llegué a casa de la oficina. Contiene una blusa, muy parecida a la que Aaron destruyó ayer, solo que con una etiqueta que la hace mucho más cara que mi guardarropa habitual, así como dos juegos de lencería a juego para reemplazar las bragas que rasgó. —Liz —digo pacientemente—, sigue siendo, ante todo, un viaje de trabajo.

—Sí, repítete eso. —Liz se burla—: Como si fuera una cuestión de trabajo cuando terminaste teniendo sexo en su oficina.

—¡Por Dios, Liz! Sabía que nunca debería habértelo contado.

—Como si pudieras guardártelo para ti. —Casi puedo escuchar la sonrisa en su voz.

Más tarde, en el lujoso interior del auto que la oficina de Aaron me envía, mi mente va a las prendas de lencería en mi maleta y me sonrojo en la oscuridad. Afortunadamente, aparte del conductor, el mismo tipo que me llevó a casa después de mi noche en el Insomnia Lounge, y que no ha dicho nada después de presentarse como Joe, estoy solo en el auto.

En el aeropuerto, Joe conduce directamente al hangar donde un mayordomo uniformado saca mi maleta del maletero y me lleva a un elegante avión que espera en la pista. Siguiendo al camarero, subo al avión. Una azafata rubia con una coleta elástica me recibe con una sonrisa y me señala en dirección a la cabina principal.

Entro y me detengo en la entrada. Es grandioso, no hay discusión sobre eso. La decoración es discreta, pero lujosa y cómoda, con asientos de cuero y mesas bajas. En uno de los asientos, un sofá de cuero con espacio para dos, Aaron está sentado con un tobillo colocado alegremente en la rodilla de la otra pierna mientras pasa un dedo por la pantalla de una tableta. Su camisa a rayas está abierta en el cuello, con las mangas arremangadas hasta los codos, revelando la ligera capa de vello dorado en sus brazos.

Trago, una vez más incapaz de procesar lo guapo que es. No lo he visto ni hablado con él desde que me dejó afuera de mi apartamento ayer, pero solo mirándolo, mi cuerpo se agita de lujuria. Quiero a este hombre, una y otra vez, y de repente me doy cuenta de que una semana no será suficiente.

Como si pudiera escuchar mis pensamientos, me mira y sonrío.

—Hey —dice.

—Hey —respondo, entrando en la cabina.

—Ven a sentarte. —Acaricia el asiento a su lado—. Deberíamos irnos en unos minutos, así que abróchate el cinturón.

Hago lo que dice. Momentos después, la azafata viene a advertirnos que nos preparemos para el despegue, luego desaparece tan silenciosamente como apareció. El avión comienza a moverse, los motores giran suavemente. El despegue es suave y en poco tiempo estamos navegando.

Aaron se recuesta en su silla y cierra los ojos. Noté que parecía un poco cansado antes y me pregunto si se habrá quedado dormido. Su cabello está revuelto, y su rostro perfecto extrañamente relajado, haciéndome querer extender la mano y acariciarlo. La idea es tan ridícula que aparto la mirada y me río en silencio.

—¿Qué es gracioso?

Su voz me asusta. Me vuelvo hacia él. A diferencia de hace unos segundos, parece despierto y alerta.

—Nada.

Me lanza una mirada escéptica y luego vuelve a coger su tableta. Sus movimientos son fuertes y elegantes, y me pregunto si es posible estar cerca de él sin encontrar razones para codiciarlo cada vez que se mueve o dice algo.

—Pensé que Tony estaría aquí —menciono, preguntándome dónde está su eficiente asistente mientras saco mi MacBook de mi bolso. Sé que los fotógrafos, un equipo de marido y mujer con una empresa de fotografía llamada Litte y Parker, han estado en San Francisco documentando las etapas de la remodelación durante semanas.

—Tony llegará mañana —responde Aaron, sin levantar la vista de lo que está leyendo en la tableta.

Empiezo a repasar mis notas sobre el artículo. Tuve una reunión con Mark Willis más temprano en el día para discutir el esquema, y ahora escribo nuevas ideas además de las que ya he escrito. He estado investigando y aprendiendo más sobre la historia del hotel, desde las personas de alto perfil que se han alojado allí a lo largo de los años, incluidos presidentes y estrellas de cine, hasta la mala gestión del propietario anterior, un playboy de carrera llamado Evans. Sinclair. He leído sobre el golpe en el que los miembros de la junta, todos miembros de la familia Sinclair extendida, lo obligaron a aceptar vender el hotel a Aaron.

Después de un par de minutos de trabajo, miro hacia arriba y veo a Aaron mirándome. Nuestras miradas se encuentran y mi estómago se retuerce. Aparto la mirada rápidamente, concentrándome en la pantalla de mi computadora.

—Si necesitas algo, una bebida, comida... —Interrumpe el nervioso silencio—, hay un botón ahí mismo. —Señala un botón amarillo en el brazo de mi asiento—. Si desea acostarse, hay un dormitorio a través de las puertas en la parte de atrás. —Miro desde la dirección de las puertas hacia él, mi mente ya está llena de imágenes de la cama que está ahí y las cosas que podríamos hacer en ella.

—Tú eres el que parece necesitar una cama —digo a la ligera, haciendo todo lo posible por disfrazar mis pensamientos carnales.

—Sí, pero no tengo ninguna intención de entrar allí sin ti. —Sus ojos cortaron un camino sensual desde mi rostro hasta mi cuerpo—, y si te hago entrar allí, ninguno de nosotros dormirá.

¡Oh chico! Mis muslos se aprietan y aparto los ojos de él, fijándolos en la pantalla y forzando a mi mente a pensar en el artículo. Puedo sentir sus ojos sobre mí, pero no hace ningún movimiento hacia mí.

—Tengo algunas preguntas —digo, rompiendo el silencio.

—Dispara.

Le pregunto por sus razones para adquirir el Gold Dust y su inspiración para la remodelación. Responde a mis preguntas, mostrando su amor por la industria hotelera en la que nació y la marca hotelera que expandió con éxito en tan poco tiempo.

—He aprendido a ver las apariencias pasadas, a mirar algo y ver su potencial. Pude ver las posibilidades en el Gold Dust incluso en el apogeo de su mala gestión, cuando los estándares seguían cayendo, y sé exactamente cómo asegurarme de que alcance su máximo potencial.

—¿Por qué conservas el nombre antiguo? —Pregunto. —¿Por qué no Swanson Court San Francisco? ¿No sería más decisivo para anunciar que el hotel está entrando en una nueva era en su gestión?

—Fue un acuerdo que hice con la familia Sinclair.

Le hago algunas preguntas más, y cuando termino, llama a la azafata y pide dos vasos de jugo de naranja, luego vuelve a leer lo que tenga en su tableta.

Debo haberme quedado dormida después de beber mi jugo. Cuando me despierto, mi cabeza descansa sobre el hombro de Aaron y estoy acurrucada contra su costado. Me enderezo, parpadeando el sueño lejos de mis ojos.

—Me quedé dormida —digo innecesariamente, avergonzada y seguro de que me veo desaliñada.

—Así que lo hiciste. —La voz de Aaron es extrañamente suave—. Espero que hayas disfrutado usándome como almohada.

—Lo siento —le susurro.

Él se encoge de hombros. —No me importó. Creo que hemos establecido que mi cuerpo está aquí para ti siempre que lo desees.

Ignoro su sonrisa burlona mientras el color inunda mi rostro. —¿Estamos casi allí? —Pregunto, ansiosa por cambiar de tema antes de hacer el ridículo y saltar sobre la parte de su cuerpo que realmente quiero.

—Estamos a punto de aterrizar. —Se inclina sobre mí para abrocharme el cinturón de seguridad antes de hacerlo.

Todavía está oscuro cuando aterrizamos en San Francisco. Viene un coche que nos lleva del aeropuerto al hotel donde nos hospedamos. Nunca he estado en la ciudad, así que aunque estoy cansada, mantengo los ojos fuera de las ventanas para contemplar las vistas.

Es temprano en la mañana, pero en el hotel, un establecimiento de ocho pisos con arquitectura de principios de siglo, un poco apartado de la calle, con un toldo negro sobre la entrada con el nombre del hotel, Rosemont Royal, escrito en Escritura fluida, hay un hombre de aspecto impecable con un traje esperando para recibirnos. —Buenos días, señor Court —dice alegremente—. Bienvenido de nuevo a San Francisco. ¿Cómo estuvo su vuelo?

La voz de Aaron es enérgica. —Bien Ralph, gracias.

El hombre se vuelve hacia mí. —Bienvenida al Rosemont Royal, señorita Foster. Soy Ralph Groff, el gerente. Si necesita algo durante su estancia, estoy a su entera disposición.

Asiento con la cabeza para agradecerle, admirando el vestíbulo con su gruesa alfombra, paredes y columnas ricamente ornamentadas y lujosas áreas de espera. —Su suite ha sido preparada —dice Ralph, llevándonos a un ascensor privado, mientras unos pasos detrás de nosotros, un botones saca del vestíbulo el carrito que contiene nuestro equipaje.

Ralph nos sigue hasta el último piso, hasta una espaciosa suite que me recuerda al apartamento de Aaron en Swanson Court en Nueva York. El vestíbulo de entrada tiene un brillante acabado de baldosas de mármol con diamantes en blanco y negro, paredes de colores oscuros y un espejo con

un elaborado marco sobre una mesa auxiliar tallada. La sala de estar es grande y está ricamente amueblada con gruesas alfombras, pesadas cortinas y muebles elegantes. Hay un piano de cola en una esquina, y a través de un arco, un comedor formal con unos diez asientos y un candelabro de cristal brillante que cuelga del techo.

—Me imagino que está cansada de su viaje —continúa Ralph con su voz cortés—, pero si hay algo que le gustaría, enviaremos a un chef.

—No, nada, gracias —le digo, disfrutando del solícito servicio.

Ralph asiente. —Si me disculpa, creo que su equipaje ha llegado. —Desaparece por una puerta que sale de la sala de estar.

—El ascensor de servicio y la escalera de incendios pasan por esa puerta —explica Aaron. Me está mirando con el ceño fruncido—. ¿Te gusta? —él pregunta.

Por un segundo, me pregunto si habla en serio—. Creo que es hermoso —le digo.

Él sonríe. —También hay una biblioteca. Estoy seguro de que encontrará uno o dos libros de poesía.

—Gracias. —Le devuelvo la sonrisa—. Entonces, supongo que te has quedado aquí antes.

—Siempre que estoy en la ciudad, sí. —Se aparta de mí y camina hasta el borde de la sala, abre las puertas dobles que dan a la terraza y deja entrar una brisa fresca que le revuelve el pelo. Se ve perfecto, parado allí, como un actor magnífico en una vieja película de Hollywood.

Me uno a él en la terraza, disfrutando de la vista de la bahía y de las fascinantes luces del Puente de la Bahía, sobre el que he leído, pero que nunca he visto fuera de las fotos. —Es una vista preciosa —comento.

Se da la vuelta y me mira. —Sí, lo es —dice lentamente, haciéndome pensar que está hablando de mí. Se mueve hacia mí, solo se detiene cuando casi me toca, y pasa un dedo suavemente por mi mejilla. Sus ojos arden con una intensidad familiar, y sé que si acorto la distancia entre nosotros, sentiré su erección, dura contra mi muslo. Una dulce tensión se apodera de mi vientre, mientras espero que él haga algo, tal vez me bese y complete la magia de nuestro entorno con su toque experto.

—Estoy seguro de que han terminado de desempacar —le oigo decir—. Déjame mostrarte tu habitación.

¿Mi habitación? Intento ocultar mi confusión. Lo último que quiero es que me lleven a mi habitación, excepto si él va a acompañarme allí. Lo miro por debajo de mis pestañas, preguntándome qué está planeando.

Ralph no se ve por ninguna parte mientras Aaron me lleva a través de la sala de estar, a lo largo de un pasillo corto, hasta una puerta que se abre a un hermoso dormitorio. Hay una cama con dosel perfectamente hecha que domina la habitación, con cortinas que combinan con las que cuelgan de las ventanas. Un sillón descansa a los pies de la cama con un largo cojín cilíndrico. Junto a la ventana, hay un escritorio con un paisaje impresionista colgando sobre él. También hay un tocador con un espejo grande, una estantería colgante llena de libros y una puerta que probablemente conduce al baño y al vestidor.

—Wow —digo en voz baja, pasando junto a Aaron en la habitación. Camino hacia la cama, pasando mis dedos por las suaves sábanas, antes de darme la vuelta para mirarlo. Todavía está en la puerta, apoyado en el marco de la puerta y mirándome.

—¿No vas a entrar? —Pregunto, inclinando la cabeza hacia un lado y dándole una mirada tentadora.

Se endereza y entra a la habitación, justo donde estoy parada, y con su mano alrededor de mi cintura, me da un suave beso en los labios. Puedo sentir el férreo control debajo de su beso, casi

como si estuviera decidido a no dejar que llegue más lejos.

No tengo ni idea de porqué.

—Debes estar cansado —dice en voz baja, dejándome perpleja—. Y tienes mucho trabajo que hacer mañana. Te veré en la mañana Sarah, buenas noches.

Con eso, sale de la habitación, desabotonando su brazalete mientras se va. Me quedo ahí mirándolo, excitada y confundida, preguntándome si hay algo que no estoy entendiendo.

CAPÍTULO 10

Me despierto un poco desorientada, preguntándome dónde estoy. Los recuerdos del viaje y el comportamiento poco característico de Aaron anoche invaden todos a la vez, y me levanto, todavía preguntándome qué diablos pasó. Pensé que el objetivo de estar aquí juntos era tener sexo... una y otra vez según él. Sin embargo, anoche, a pesar de que era obvio que estaba al menos tan excitado como yo, se contuvo. ¿Por qué?

Podría haberlo seducido, intentar al menos romper ese férreo control. Pero me contuve, principalmente porque parecía innecesario dejar tan obvio lo mucho que lo deseaba. Estoy pagando por eso ahora, todo mi cuerpo está muy nervioso, deseando una liberación que había estado esperando anoche.

Llevo una de las camisetas con las que suelo dormir, ya que no había tenido ninguna razón para sacar mi lencería sexy anoche. Me acerco a las ventanas, admiro el horizonte de San Francisco y trato de distinguir algunos de los edificios más populares. Mi teléfono suena y me apresuro a volver a la cama para cogerlo. Es Liz.

—Solo quería asegurarme de que llegaras sano y salvo, y que él no te ha secuestrado y llevado a su guarida. —Dice la última palabra con una voz teatralmente malvada.

—Nada de eso —le digo—. Estamos en el Rosemont Royal de San Francisco. No creerás lo lujoso que es.

—Puedo imaginar. —Ella suspira—. Te hecho de menos. No hay nadie para quejarse de mi adicción a los reality shows.

—Volveré antes de que te des cuenta.

Asegúrate de divertirme. Brandon y yo nos aprovechamos de tu ausencia.

—OK, Liz, hasta pronto.

—¿Qué? No tenemos secretos entre nosotros. Entonces, ¿qué pasó con Aaron?

—Nada, en realidad. Llegamos, luego nos fuimos a la cama... por separado.

—¿De Verdad? —suena dudosa—. Eso es aburrido. Pensé que iba a hacerte venir hasta que le suplicaste que se detuviera.

Yo suspiro. —Te digo demasiado.

—No me importa. —Hay una breve pausa al final—. Tengo que irme ahora... reunión.

—Hablamos luego.

—Sí... y asegúrate de tener algo de qué hablar.

Después de la llamada, verifico la hora en el teléfono. Ya son más de las ocho de la mañana, mucho más tarde de lo que normalmente me despierto. Me doy una ducha apresuradamente en el baño de temática oriental y me visto con un par de pantalones color crema, una camisa de algodón azul y una chaqueta. Me cepillo el cabello y lo dejo suelto, aplico brillo de labios y una capa de rímel antes de salir de mi habitación.

Desde el salón, las puertas del balcón están abiertas. Encuentro a Aaron ya vestido con una de sus camisas exquisitamente confeccionadas, una gris oscuro, con una corbata de seda negra y pantalones oscuros que envuelven sus largas piernas. Está sentado al sol en una mesa baja de

hierro forjado rodeada por cuatro sillas acolchadas. Su cabello está peinado hacia atrás y reluciente de oro mientras bebe de un vaso de jugo de naranja, un periódico extendido sobre su regazo. Por un largo momento, todo lo que puedo hacer es mirarlo, mi estómago se retuerce con anhelo.

Aparto mis ojos de su perfección, transfiriendo mi mirada a la vista detrás de él, que es casi tan impresionante como él.

Se da cuenta de que estoy parado en las puertas. —Buenos días —dice amablemente, sus ojos siguiéndome mientras me uno a él en la mesa—. ¿Tuviste una buena noche?

No le voy a decir que me pasé toda la noche deseándolo. —Perfecto —le respondo, dándole una sonrisa brillante.

Él me devuelve la sonrisa. —¿Jugo?

Asiento con la cabeza y me sirve un vaso de bebida fresca. Mientras lo saboreo, un camarero uniformado entra en una bandeja de desayuno y comienza a poner la mesa. —Pedí tostadas y huevos fritos, con un poco de café —me informa Aaron—. Si prefieres algo más, puedes avisarle al cocinero.

—Esto está bien. —Observo, extasiada a pesar de mi molestia con él, mientras unta con mantequilla una tostada, moviendo los dedos con destreza. ¿Cómo puede alguien hacer que algo tan simple como untar con mantequilla una tostada se vea tan sexy?

Me entrega la tostada con mantequilla y empieza con otra. Tony llega esta mañana. Se quedará en un piso más abajo durante unos días antes de regresar a Nueva York.

—Bueno.

—Saldremos hacia el Gold Dust después del desayuno —continúa Aaron—. ¿Has hablado de tu itinerario con él?

—Sí. Hoy me reúno con el gerente del hotel, mañana con los diseñadores y después con los fotógrafos.

—Bueno. Estaré ocupado todo el día. Me reuniré con todo el equipo de remodelación y luego con los gerentes de proyecto para solucionar algunos problemas antes del cierre del proyecto.

¿Es esa su forma de decirme que no tendrá tiempo para mí? Tomo mi desayuno, preguntándome si ahora que estoy disponible, que ya no presenta un desafío, ha perdido interés en mí. Le echo un vistazo y él me está mirando. No parece alguien que haya perdido el interés. No, no entiendo esa vibra.

Terminamos el desayuno, y mientras el camarero recoge los platos, Aaron mira su teléfono. —Tony está aquí —me dice—. ¿Estás lista?

—Sí. —Me levanto con la intención de ir a mi habitación a recoger mi bolso, pero cuando él también se levanta, se interpone en mi camino. Me lleva un dedo a la boca y limpia una mota de mantequilla de la comisura de mi labio, donde la servilleta debe haber fallado. Luego se lleva el dedo a los labios y se lo lame, haciéndome sentir débil en las rodillas.

—Esperaré en la sala de estar —dice en voz baja, como si no se diera cuenta del efecto que esa simple acción tiene en mí.

Me apresuro a recoger mi bolso, las piernas tiemblan, el calor se acumula entre mis muslos. Ya no entiendo lo que está pasando, y si continúa, bueno, voy a tener que enfrentarme a él. Casi hago eso en el ascensor hasta la planta baja, pero solo nos lleva unos segundos llegar al vestíbulo, donde Tony está esperando.

—Buenos días, Sr. Court, Sarah —me saluda alegremente, estrechándome la mano.

Le devuelvo la sonrisa. —¿Cómo estuvo su vuelo?

—Suave.

Caminamos hacia la entrada, donde debajo del toldo nos espera un reluciente automóvil negro. Aaron está hablando por teléfono, pero abre la puerta y espera a que entre antes de caminar hacia el otro lado.

El interior del auto es de cuero negro y me hundo en los asientos, pensando en cómo podría acostumbrarme al lujo que es normal en Aaron. En el coche, escucho con media oreja mientras Aaron y Tony hablan sobre cuestiones relacionadas con los materiales y los retrasos en la entrega.

A diferencia del Rosemont Royal, The Gold Dust se encuentra lejos de la calle. Hay un corto trayecto en auto hasta la entrada, bordeado de flores y con obras de arte en el césped. El frente del edificio parece recién pintado, un testimonio de la remodelación que se está llevando a cabo. El letrero sobre la entrada todavía está cubierto con una especie de sábana protectora. En el interior del vestíbulo, los pisos también están cubiertos pero las paredes son luminosas, con molduras y paneles recién pintados. El techo alto es una cúpula, decorada con pan de oro.

—Es encantador —respiro suavemente.

—Me alegra que pienses eso —dice Aaron a mi lado. Ni siquiera sabía que estaba tan cerca. Miro hacia arriba para ver esos ojos azules en mi rostro, y se me corta el aliento—. Te veré más tarde —dice, dándome una palmada en el brazo, antes de dejarme para comenzar con su itinerario del día.

Una palmadita en el brazo. En serio. Vine todo el camino a San Francisco para una palmadita en el brazo.

También vine a escribir un artículo, así que me concentro en eso, forzando todos los pensamientos sobre Aaron y sus señales contradictorias de mi mente. Tony me presenta al gerente del hotel, un francés de aspecto apasionado llamado Claude Devin. —Debo mostrarte los alrededores y decirte todo lo que necesitas saber —me dice con un acento sexy y melodioso—. Sé todo sobre este lugar. Trabajé aquí cuando era más joven, cuando todavía lo dirigían los Sinclair. Luego volví a Francia. El Sr. Court me atrajo de regreso con la promesa de administrar el mejor hotel de San Francisco, y tenía toda la razón.

Sigue hablando toda la mañana, salpicando información sobre el hotel con chismes de la época antigua mientras me muestra las instalaciones, desde el gimnasio de clase mundial, hasta el spa, el bar, las salas de reuniones y los restaurantes, todo para ser administrado. Chefs de renombre mundial. Hay dos salones de baile, salas de conferencias, una suite presidencial que avergüenza a la lujosa suite donde me hospedo con Aaron, junto con piscinas cubiertas y al aire libre.

—Será la joya de San Francisco cuando abra —promete Claude—. Court ha conservado todo lo bueno del antiguo hotel y ha traído todo lo que nadie más sabía que le faltaba.

A la hora del almuerzo, Aaron todavía está en su reunión. Claude me muestra una de las oficinas amuebladas donde puedo configurar mi computadora portátil y comenzar a juntar mis notas. Tengo que enviarle una hoja de progreso a Mark mañana, así que no puedo holgazanear.

Claude me deja trabajar, regresando a su propia oficina, después de asegurarme que le hará saber a Aaron dónde estoy tan pronto como termine la reunión.

El sonido de la puerta al abrirse interrumpe mi trabajo y miro hacia arriba para ver a Aaron entrando en la habitación. Horas de reuniones no han hecho nada para disminuir la potencia de su atracción.

—¿Cómo te va? —él pregunta.

—Bueno. Claude fue de gran ayuda.

—Bueno. —El asiente—. Saldremos a almorzar. Después, si has terminado con Claude, puedes regresar al Rosemont. Voy a estar aquí por un tiempo.

—Está bien. —Me levanto con la intención de empacar mis cosas, pero me detengo, incapaz de

reprimir la pregunta que me ha estado carcomiendo desde anoche—. ¿Cambiaste de opinión sobre este viaje? —Sostengo su mirada—. ¿Decidiste que ya no quieres sexo conmigo?

Su expresión no cambia, su silencio parece confirmar mis temores. Se vuelve hacia la puerta y casi creo que se va a ir. Luego, mientras miro, gira un botón en la manija de la puerta, cierra la puerta y se vuelve para mirarme.

Por alguna razón, mi corazón late con fuerza, pero me quedo en silencio cuando él viene a pararse detrás de mí. Mi sangre corre ardientemente por mis venas, todo mi cuerpo está ansioso y anticipado. Como desde la distancia, escucho el ruido cuando aparta mi silla de su camino.

Toda mi espalda se siente acalorada, como si me estuviera quemando por estar tan cerca de él. Me pongo rígida cuando presiona una mano plana contra mi estómago, tirando de mí hacia atrás para moldear mi cuerpo contra el suyo.

Jadeo por el contacto, sintiendo su excitación, dura y espesa contra mi espalda. Se inclina hacia adelante, su respiración juguetea con mi oído y cuello. —¿Se siente como si no quisiera follarte?

—No —Le respondo.

Aún sosteniéndome contra su cuerpo duro como una roca, usa su otra mano para desabrochar los botones de mi blusa, uno por uno, hasta que cuelga abierta, junto con mi chaqueta. Lo saca de la pretina de mis pantalones y luego estira la mano para desabrochar el broche de mi sostén.

—Te deseo tanto que duele —susurra en mi oído, mientras su mano encuentra mis pechos debajo del sujetador suelto. Pellizca un pezón entre su pulgar e índice y gimo, fuerte.

—Apenas puedo concentrarme en otra cosa —continúa—. Nunca había deseado tanto a nadie.

Sé lo que quiero decir. Siento como si mi cuerpo acabara de despertar. —Pero anoche... —Me las arreglo para preguntar a través de la bruma de mi excitación—. Por qué...?

—¿Por qué me mantuve alejado? ¿Por qué intenté darte la oportunidad de cambiar de opinión? No tengo ni puta idea. Debo haber estado loco. —La mano en mi estómago se desliza hacia mis pantalones, desabrochando el broche con un movimiento seguro de sus dedos. Entonces esos mismos dedos se deslizan dentro de mis bragas, sobre la humedad húmeda entre mis piernas.

Mis caderas se contraen, frotándose contra sus dedos. Soltando mi pecho, usa esa mano para bajar mis pantalones, luego abandona sus cuidados entre mis muslos para poder empujar mis bragas hacia abajo sobre mis caderas. Entonces sus dedos me encuentran de nuevo, acariciando la masa hinchada de nervios excitados en que se ha convertido mi clítoris, mientras que desde atrás, inserta dos dedos dentro de mi húmedo núcleo pulsante.

—¡Oh Dios! —Grito cuando comienza a follarme con sus dedos, rápido, sin dejar espacio para nada más que la sensación de su toque y la enloquecedora sensación de él provocando mi clítoris. Me estoy volviendo loca, creo, cuando el placer se apodera de mí, o me estoy muriendo. Grito, en voz alta, más allá del punto de preocuparme por quién oye, mientras mis caderas se mueven incontrolablemente.

—¡Aaron! —Grito su nombre, impotente ante el orgasmo que se avecina, mi cerebro muere con cada golpe de sus dedos—. ¡Oh mierda! ¡Aaron!

—Déjalo ir —susurra contra mi oído, frotando más fuerte contra mi clítoris, en el mismo momento en que presiona sus dedos contra el manojo de nervios dentro de mí. Dejo escapar un grito áspero y colapso sobre la mesa, agotada, mientras mi cuerpo tiembla con las secuelas de mi orgasmo.

Mi cuerpo está resbaladizo por el sudor, haciendo que los mechones de mi cabello se peguen a mi cara y cuello. Intento recuperar el aliento, casi imposible mientras Aaron continúa acariciando mi clítoris.

Extiende la mano entre nosotros para aflojar la cintura de sus pantalones, y pronto puedo sentir su polla, cálida y dura contra mi trasero. Me froto contra él, provocando un gruñido bajo de él.

—¿Estás tomando la píldora?

Asiento, impaciente por sentirlo dentro de mí. —Si,

—Quiero follarte así, con mi piel contra la tuya. Quiero sentir tu calor. Quiero entrar en ti. — El dedo en mi clítoris se mueve hacia abajo, para presionar contra la húmeda abertura de mi cuerpo.

—Por favor —me escucho suplicar—. Por favor, ahora.

Inmediatamente, siento la cálida corona de su polla empujando contra mí, y al momento siguiente se sumerge profundamente dentro de mí, llenándome tan completamente, que dejo escapar un sollozo de puro placer sin diluir.

Comienza a moverse, sus músculos se tensan a medida que avanza más con cada empuje sucesivo. Me levanta para presionar mi cuerpo contra el suyo, sus manos en mi pecho y mi estómago. Estoy indefensa ante el placer de sus embestidas, sus gruñidos de puro placer animal me excitan aún más.

El calor se esparce por entre mis piernas, se apodera de todo mi cuerpo y me ahoga de placer. Me rindo a las olas de otro orgasmo justo cuando el cuerpo de Aaron se tensa, sus músculos se ponen rígidos mientras empuja profundamente dentro de mí, enterrándose hasta la empuñadura, mientras gime, viniéndose dentro de mí.

Se derrumba en la silla detrás de nosotros, llevándome con él. Todavía está dentro de mí, todavía duro, aunque acaba de correrse. Empieza a acariciar mis hombros, sus manos se mueven sobre mi piel en una caricia lenta. Para cuando llega a mis pechos, ya estoy moviendo mis caderas, montando su polla todavía dura. Aprieta mis pechos, gimiendo suavemente mientras me mueve hacia arriba y hacia abajo por su longitud.

—Estás tan caliente —susurra.

—Estás tan duro —respondo sin aliento.

Suspira y deja caer sus manos en mi cintura, agarrándome por ambos lados y tomando el control de mis movimientos. Un placer increíble se esparce a través de mí, alimentado por el suave balanceo de sus caderas, la fuerza con la que me mueve hacia arriba y hacia abajo, y los gruñidos bajos de sus labios.

Nos venimos al mismo tiempo, su polla se mece dentro de mí mientras mi cuerpo se aprieta y explota. Él gime cuando se corre, caliente, dentro de mí, mientras mi propio cuerpo palpitante lo exprime todo.

Después, termino sentada en su regazo, su brazo alrededor de mí. Estoy exhausta, a punto de quedarme dormida. —Dijiste algo sobre el almuerzo —le recuerdo.

—Sí —siento el profundo estruendo en su pecho mientras se ríe.

—Tengo sueño, pero también tengo un hambre increíble.

Su risa se convierte en una risa irónica—. Yo también, por alguna razón.

Con sus manos alrededor de mi cintura, me levanta de su regazo. Todavía sentado, saca un pañuelo de su bolsillo y procede a limpiar entre mis piernas. Dobla el pañuelo y luego se limpia antes de doblarlo de nuevo y guardarlo en su bolsillo.

Arrugo mi nariz. —No vas a guardar eso como una especie de recuerdo extraño, ¿verdad?

Él sonrío. —No necesito un recuerdo cuando te tengo —responde, subiendo mis pantalones y volviendo a abrochar el broche, mientras me abrocho la blusa. Luego se levanta y se ajusta la ropa, volviendo casi de inmediato a su impecable apariencia habitual.

Solo me tienes por una semana, quiero recordarle, ya de luto por el futuro final de nuestro

arreglo temporal. Pero me quedo en silencio, ayudándolo a empacar mi computadora portátil para que podamos ir a almorzar. Es cuando tomo mi teléfono del escritorio, justo antes de irnos, que veo las llamadas perdidas, cinco de ellas, todas de Jim.

CAPÍTULO 11

—¡No puedo creer que estuvieras haciendo un viaje tan grande y solo dejaste un mensaje! —mi mamá se queja, y sabes que apenas reviso mis mensajes—. Estoy seguro de que lo hizo a propósito para no tener que oírme quejarme de que se perdió el almuerzo del domingo.

Regreso al Rosemont Royal después de almorzar con Aaron, y mientras él regresa al Gold Dust Hotel para otra ronda de reuniones o lo que sea, tengo el resto de la tarde para trabajar en mi artículo en la comodidad de la suite. Después de una ducha rápida, me acababa de instalar en el escritorio de mi habitación cuando llamó mi madre. —No es un gran viaje, mamá, y lo siento, pero fue un poco repentino. —Tiene razón sobre la razón por la que solo dejé un mensaje, pero no le digo eso.

Mi mamá suspira. —Al menos no es un artículo promocional esta vez.

—No es. —Mi mamá nunca ha ocultado el hecho de que no piensa mucho en el tipo de artículos que escribo. Ella ha hecho una carrera siendo siempre fiel a su arte. Si bien pensó que yo habría sido un gran editor en Gilt Review, que lee religiosamente, no aprueba el hecho de que he pasado dos años 'pirateando' artículos que son un poco más que un texto publicitario.

—Bueno. —Ella hace una pausa. Liz dice que estás allí con un hombre, el dueño de un hotel.

—Liz habla demasiado —respondo—. Realmente la voy a matar algún día por contarte todo lo que hago.

Mi mamá me ignora como siempre. —Ella estaba tratando de asegurarme que no estabas deprimida por Jim como se llama. Entonces, ¿hay un hombre?

—No de la forma en que Liz lo hizo sonar, mamá. Realmente es solo trabajo.

—Si tú lo dices —responde ella, sonando poco convencida—. Tu padre dice hola.

—Hola papá —digo en voz alta.

—Oh, no puede oírte. Está en su máquina de remo, trabajando en esos bíceps. Escucho las palabras confusas de mi padre, y luego su risa entrecortada—. Está bien, adiós querida —dice—. Hablamos luego.

Dejo el teléfono y empiezo a trabajar, ampliando el esquema del artículo. Me las arreglo para apartar todo lo demás de mi mente y termino unas horas de trabajo antes de que mi teléfono suene de nuevo.

Al ver el nombre de la persona que llama en la pantalla, casi decido ignorarlo, de la misma manera que había borrado sus llamadas anteriores de mi mente. ¿Qué podría querer Jim de mí? ¿Por qué estaba llamando?

Levantando el teléfono, deslizo mi dedo por la pantalla mientras me lo acerco a la oreja.

—Hola Jim.

—Sarah —suena aliviado—. Me alegra que hayas respondido.

—Sí... lamento no contestar tus llamadas antes. Estaba ocupada y no sentí que el teléfono vibrara.

—Eso es un alivio. Supuse que no querías hablar conmigo. —Hay una breve pausa—. Me enteré de que estás en San Francisco con una asignación. ¿Como va eso?

—Excelente.

—Está bien —lo escucho suspirar—. Sarah, la cosa es que estoy un poco decepcionado de que no pudimos hablar como habíamos planeado.

—Querías hablar —señalo—. No estoy muy segura de qué tenemos que hablar.

—Te extraño —dice simplemente—. ¿No es suficiente para hablar?

—Sigues diciendo que me extrañas. ¿Exactamente, que es lo que quieres? ¿Para que te acompañe para que puedas divertirme conmigo cuando tu prometida no esté disponible?

—Sobre eso —dice—, voy a estar en Argentina durante aproximadamente un mes a partir de la próxima semana. —Hace una pausa—. Claudia y yo decidimos tomarnos un descanso, ver cómo van las cosas.

Niego con la cabeza con incredulidad. —¿Qué? Eso ni siquiera tiene sentido.

—Pensé que te alegraría.

—Me es indiferente.

Le oigo respirar. Sarah, no digo esto porque ya no tenga prometida, pero he tenido tiempo para pensar en todo eso y lo siento.

Nunca antes se había disculpado conmigo y me toma por sorpresa. Mi ira hacia él se disipa y no sé qué decir.

Él continúa. —No debí haberte lanzado el asunto del compromiso de esa manera. Eres mi mejor amiga y tenemos una historia. Así que lo siento. Solo quería que supieras que... vale la pena.

Lo que sea que valga. Yo suspiro. Lo que pasa con Jim es que es tan bueno para cruzar esa línea entre un amigo cercano y un interés romántico, que nunca estoy completamente segura de si finalmente me persigue o si todavía estoy atrapada en la zona de amigos. —Lamento tu compromiso —digo en voz baja.

—Lo superaré —responde descuidadamente.

—Estoy seguro.

—Escuché que estabas trabajando con Aaron Court —dice después de un momento.

—Estoy escribiendo sobre su nuevo hotel.

—Sí. Leí en alguna parte sobre él comprándolo justo debajo de los pies de Sinclair. Ese hotel había pertenecido a la misma familia durante generaciones. Pero claro, Court siempre ha sido muy despiadado en los negocios. También es conocido por ser despiadado con las mujeres cuando ha terminado con ellas. Estar tan cerca de él, no te enamores de él.

Casi me río. —Alguien debería haberme dicho eso cuando te conocí.

—No es justo.

Yo suspiro. —Es bueno que hayas llamado Jim.

Él ríe. —Eso suena como un despido.

—Estoy trabajando.

—Está bien, pero solo para que lo sepas. No me voy a rendir contigo. Sigues siendo mi persona favorita en el mundo.

Es una vieja broma que compartimos. Me llama su persona favorita y yo hago lo mismo. Esta vez me quedo callada.

Le oigo suspirar. —Adiós Sarah.

Dejé el teléfono sobre el escritorio, sumida en mis pensamientos. No tiene sentido que Jim me advierta sobre enamorarme de Aaron. Con Aaron, sé cuál es mi posición. Una semana y luego no tendré que volver a verlo nunca más. No hay posibilidad de lastimarse. En unos días, volveré a casa y él solo será un recuerdo de un gran sexo.

Como si supiera que estoy pensando en él, el nombre de Aaron se ilumina en mi pantalla. Cojo el teléfono, mi cuerpo se llena de emoción.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta sin preámbulos.

Esta voz. Fluye sobre mí como terciopelo. —Trabajando. ¿Tú?

—Pensando en ti.

Sus palabras provocan un revoloteo en mi estómago. —¿No se supone que debes estar en una reunión?

—Llamé a un receso.

—Eres afortunado. —Estoy sonriendo. Me levanto y me acerco a sentarme al lado de la cama —. ¿Cuándo vas a estar de vuelta?

—En unas dos o tres horas. ¿Por qué? ¿Extrañándome?

—En cierto modo —me río. Preferiría que estuvieras aquí aprovechando al máximo el tiempo que tenemos. Prometiste hacerme venir hasta que te suplique que te detengas.

Le oigo gemir. —Sarah, me vas a volver loco. —Su voz se reduce a un murmullo bajo—. Ojalá estuviera allí ahora mismo, mi lengua en tu coño. No te estarías riendo.

De repente, mi respiración es superficial. —No, no lo haría.

—Te chuparía hasta que te quedes sin aliento y te corras contra mi lengua. —Lo escucho respirar—. ¿Te gustaría eso?

—Sí —susurro.

—Suenas excitada —dice en voz baja—. Dime dónde estás.

—En mi cuarto. Sentada en mi cama.

—¿Qué llevas puesto?

—Un vestido camisola.

—¿Es corto?

—Sí. Hasta el muslo.

—Súbetelo hasta la cintura —me ordena, yo obedezco, levantando las caderas mientras me levanto el vestido con una mano—. ¿Qué llevas debajo?

—Un sujetador blanco y tanga.

Él gime. —Baja el vestido y el sujetador. Quiero que tus hermosos pechos se derramen. Son hermosos. ¿Ya te he dicho eso, lleno y firme, con pezones que quiero seguir lamiendo. Toca tus pezones, bebé.

Hago lo que dice, gimiendo mientras el placer me atraviesa.

—Ahora necesito que tire de esa tanga blanca hacia un lado y se toque. Dime lo mojada que estás.

Hago lo que dice, preguntándome con qué facilidad cumplo. Qué natural se siente a pesar de que nunca había hecho esto antes. —Estoy empapada —le digo. Mi voz es un susurro débil y excitado. Froto mis dedos sobre mi clítoris, sintiendo mi cuerpo tensarse, ya tan cerca del orgasmo—. Estoy tan mojada Aaron.

Mojada para mí, Sarah. Mi polla está tan dura que quiero metértela en la boca. Déjame chuparlo.

—Sí —gimo, mis dedos trabajando en mi clítoris. Casi puedo sentirlo bombeando en mi boca —. Te quiero en mi boca.

—Y también en tu coño caliente, follándote hasta que no aguantes más.

—¡Oh Dios! —Gimo cuando la imagen me envía al límite. Mis piernas se ponen rígidas, mi cuerpo palpita mientras el placer me recorre. Vuelvo a caer en la cama, mi cuerpo tiembla

incontrolablemente.

Suspiro mientras mi corazón se ralentiza, mi cuerpo todavía siente las pequeñas réplicas de mi clímax.

—Tengo que volver a mi reunión —dice Aaron, como si no me hubiera dado un orgasmo intenso a través del teléfono—. Salgamos a cenar esta noche.

Respiro lentamente, mi cuerpo todavía está inactivo. —Me gustaría eso.

—Prepárate a las siete —dice—, iré a buscarte.

Solo tengo unas pocas horas, así que termino rápidamente mis adiciones al artículo y se las envío por correo electrónico a Mark para recibir comentarios.

Mi poca ropa ha sido cuidadosamente desempacada en el armario del vestidor. Seleccione un vestido cruzado azul profundo que traje conmigo, agradeciendo en silencio a las estrellas por mi mamá, quien me enseñó a empacar siempre ropa de noche.

Para cuando salgo de mi habitación a las siete, estoy completamente vestida, maquillada, con mi cabello peinado en el moño bajo que es el único que puedo manejar sin la ayuda de Liz. Aaron ya está esperando. Se ha quitado la ropa que llevaba antes y ahora está vestido con una chaqueta de noche azul oscuro y otra de sus camisas impecables y a medida. Su cabello está peinado hacia atrás, brillando como oro bruñido. Se ve increíblemente sexy. Solo quiero seguir mirándolo.

—Te ves increíble —dice con una sonrisa mientras toma mi mano, dejando un beso en mi mejilla derecha.

Si me veo increíble, entonces no hay palabras para describir cómo se ve él: —Tú no te ves tan mal —respondo, inhalando el embriagador aroma de su colonia, mezclado con el delicioso olor de su gel de baño y champú.

Él sonríe. —Mi objetivo es agradar.

—Y nunca fallas. —Bromeo.

Sus ojos sostienen los míos. —No si puedo evitarlo.

¡Dios! Lo quiero de nuevo, incluso ahora, cuando salimos. Ojalá cambiara de opinión sobre salir a cenar.

Tomando una respiración profunda para calmar mi cuerpo caliente, lo sigo hasta el ascensor. Afuera, hace mucho frío y hay una ligera niebla sobre la ciudad. Afortunadamente, mi vestido vino con un chal azul a juego. Mientras esperamos el auto, Aaron me lo quita y lo envuelve alrededor de mis hombros, sus dedos se arrastran por mis brazos y me hacen temblar.

De camino al restaurante, ambos estamos tranquilos. Su mente parece muy lejana mientras mira al frente. Me encuentro pensando de nuevo en lo guapo que es. Tiene el tipo de look con el que sueñan las mujeres. Combinado con su potente magnetismo sexual, él es el material del que están hechas las fantasías. Sin embargo, ahora mismo, parece casi inaccesible. Esta no es la primera vez que lo veo retirarse detrás de ese muro. ¿Es así con las otras mujeres con las que ha salido? ¿Muy físico en un momento, luego distante en el siguiente?

¿O solo soy yo?

No debería afectarme. No debería importarme si no tenemos ninguna relación más allá del sexo. Es lo que quiero.

¿Es lo que quiero?

Cuando el auto se detiene, se acerca y acaricia la mía, haciéndome mirar hacia arriba para verlo sonriéndome. Siento un tirón en el estómago, deseo a partes iguales, anhelo y otro dolor que ni siquiera puedo identificar.

Se inclina sobre el asiento y deja un suave beso en mis labios. Cuando retrocede, lo sigo, deseando otro. Me obedece, acariciando su lengua a lo largo de mi labio inferior antes de

succionarlo con su boca. Una necesidad caliente me atraviesa y gimo.

Libera mis labios con un suspiro. —No puedo imaginar por qué pensé que podría pasar la noche sin querer arrancarte la ropa —dice en voz baja.

Dirijo una mirada cautelosa al conductor, que mira al frente con un par de auriculares clavados en los oídos. Deslizando una mano por el muslo de Aaron, me detengo cuando toco la erección que ya se tensa a través de sus pantalones. Lentamente, paso la mano por la dura cresta. —No tengo mucha hambre —digo esperanzado.

Toma mi mano, tomando una respiración profunda. —Ojalá pudiéramos volver, pero hay alguien esperándonos.

Con eso, abre la puerta, apareciendo casi de inmediato a mi lado para ayudarme a salir del auto. Todavía me pregunto quién podría estar esperándonos, al mismo tiempo que trato de recomponerme y tener el control de la excitación que me atraviesa.

El restaurante está en la planta baja de un edificio que está en una colina cerca del paseo marítimo. Incluso desde la calle, las vistas del puente Golden-Gate y las luces brillantes que se reflejan en el agua son simplemente impresionantes. Entramos al restaurante, primero entrando en una recepción tranquila, desde donde un maître quisquilloso nos acompaña arriba a un comedor con vistas al restaurante principal, con vistas menos obstruidas.

Tan pronto como el maître nos ha llevado a una mesa apartada, se abre una puerta en la parte trasera y un hombre fornido con el pelo rojo brillante y una amplia sonrisa irrumpe en la habitación. Se acerca a nuestra mesa y Aaron se levanta, con una sonrisa fácil en el rostro mientras estrecha la mano del hombre antes de intercambiar un abrazo. El hombre me mira y sonrío. —Debes ser un ángel —dice, tomando mi mano con una mirada seria en sus profundos ojos verdes.

Aaron hace un pequeño movimiento de cabeza. Sarah, este es Cameron McDaniel. Cameron, Sarah Foster.

—Encantado de conocerte —digo.

—Encantado. —Cameron lleva mi mano a sus labios, ignorando los ojos entrecerrados de Aaron.

—Cameron es un viejo amigo —me dice Aaron—, y abrió este restaurante recientemente, así que se muere por oírte decir que es increíble.

—Definitivamente increíble —le digo, con una sonrisa a Cameron, cuya sonrisa se ensancha.

—Definitivamente, ya me gustas. —Saca un asiento y se une a nosotros—. ¿Qué estás haciendo con este hermoso diablo de todos modos? —Dice jovialmente—. Los rojos debemos mantenernos unidos. Sé toda la suciedad sobre él. Lo conozco desde hace años. Podría decirte cosas que lo harán retorcerse.

Echo un vistazo a Aaron, que se ríe en silencio. Parece casi jovial, tan diferente del hombre controlado que suele ser en público, y de la persona intensamente sexual que es cuando está conmigo. Me ve mirándolo y sostiene mi mirada, y en sus ojos puedo ver la promesa sensual que siempre llega hasta lo más profundo de mí.

Me vuelvo hacia Cameron. —Espero escuchar lo peor.

Cameron responde aplaudiendo con entusiasmo, antes de llamar a un camarero que se cierne sobre nuestro pedido de vino. —Para mi amigo, a quien no he visto en años, y su adorable novia, he preparado algo especial —me informa—. No te importa el marisco, ¿verdad?

Sacudiendo la cabeza, me pregunto si debería corregirlo sobre la parte de la novia. Aaron, que me está mirando, no hace ningún movimiento para decir nada, así que lo dejo.

—Perfecto —sonríe Cameron de nuevo—. Ahora, mientras esperamos, vamos a cotillear.

No he disfrutado tanto de una comida en mucho tiempo, riéndome tanto de las bromas de Cameron que más de una vez casi me atraganto con el vino. Es incontenible, de la misma edad que Aaron, pero con un ingenio malvado y comentarios muy divertidos que fluyen de forma muy natural. Me cuenta cómo conoció a Aaron cuando pasó unos años trabajando en el Swanson Court de Nueva York cuando tenía poco más de veinte años, antes de irse para abrir su propio restaurante. Tomó cursos de administración y aprendió a expandirse a lo largo del camino. Ahora es dueño de una cadena de restaurantes en el norte de California.

Para cuando nos vamos, no solo estoy llena, sino que en realidad siento tener que dejar a Cameron. Nos sigue hasta la acera y me da un cálido abrazo. —Cuida bien de ella —advierte a Aaron, haciendo un gran espectáculo al entregarme a él.

—Creo que ya estoy haciendo eso —es la única respuesta de Aaron, su mirada carnal en mi cuerpo diciéndome todas las formas en las que me va a cuidar.

Un destello del otro lado de la calle me hace levantar la cabeza alarmada, y siguen algunos destellos más. Aaron murmura algo en voz baja y me acerca a él.

—Siempre vienen aquí esperando atrapar a las estrellas de cine que se van —dice Cameron, volviéndose despectivamente del paparazzi. Mira a Aaron—. Puedes culparte por parecerme demasiado a una estrella de cine.

—Estoy de acuerdo —digo, riendo, incluso cuando la mano de Aaron alrededor de mi cintura envía un calor cálido a través de mi cuerpo. No debería haber bebido tanto vino, decido en silencio, dándole las buenas noches a Cameron.

Aaron me ayuda a entrar en el auto que espera y se une a mí en la parte trasera justo cuando el auto comienza a moverse. Solo otra vez, la energía sexual imposible que siempre irradia de él me encuentra, atrayendo todo dentro de mí hacia él. Estoy tensa de nuevo, ansiosa por que me toque, deseando tocarlo tan desesperadamente que duele.

Le echo un vistazo, en el mismo momento en que se vuelve hacia mí. En el siguiente segundo, me atrae hacia su cuerpo, aplastando mis pechos contra su pecho mientras reclama mis labios.

Sabe perfecto, como el vino que compartimos, y como el cálido calor sexual. Un gemido bajo sale de lo profundo de mí mientras mis manos vagan por su cuerpo, tratando de tocarlo a través de su ropa y deseando poder arrancarlas.

Cuando me suelta, estoy jadeando suavemente, mis pezones se tensan contra la tela de mi sostén. Su pecho sube y baja bruscamente, su mayor calor corporal me envuelve incluso a través de la barrera de nuestra ropa.

—He estado pensando en esto toda la noche —susurra, su palma trazando un camino a lo largo de mi muslo—. No, ya que hablamos por teléfono antes. Necesito follarte.

—Yo también —admito, mis muslos se separan por su propia cuenta, necesitando su toque, aunque sé que estamos en un auto, que tenemos que esperar, al menos hasta que lleguemos al hotel.

Sus dedos se aprietan en mi muslo. —Vas a entregarme, cada parte de ti. —Traza sus labios a lo largo del costado de mi garganta—. Te deseo tanto, Sarah, y voy a hacerte mía.

La posesividad en sus palabras acaricia las llamas de mi deseo, haciendo casi imposible esperar. En el momento en que llegamos a nuestro hotel, estoy prácticamente ardiendo de necesidad, sin sentido para todo, excepto el impulso de tenerlo dentro de mí.

Dentro del ascensor, parece como si apenas se estuviera refrenando. Mira los números en el panel, su mano apretada alrededor de mi cintura. De pie cerca de él, puedo sentir lo tenso que está. Siento como si nos miramos el uno al otro, luego vamos a terminar teniendo sexo dentro del ascensor.

Tan pronto como las puertas se abren en la suite, me empuja hacia adentro, inmovilizándome

contra las paredes del vestíbulo de entrada y reclamando mis labios. Su lengua se sumerge dentro de mi boca mientras balancea sus caderas contra mí, permitiéndome sentir la dura longitud de acero de su excitación.

Estoy jadeando, jugueteando con la corbata de mi vestido en mi afán de quitármelo. Aaron, pensando en la misma línea, se arranca la chaqueta y la camisa, sin molestarse en soltar mis labios.

Mis manos encuentran su pecho, corriendo febrilmente sobre los duros músculos antes de bajar por la tabla plana de su estómago hasta la cintura, donde mis dedos se afanan en desabrochar su cinturón.

Él separa mi vestido, exponiendo mi cuerpo solo en un par de sujetador y bragas. Luego me tira de la pared para poder quitarme el vestido de los hombros. Antes de que mis dedos torpes logren desabrocharle los pantalones, él ya me ha quitado el sostén y me baja las bragas hasta las caderas, dejándolas deslizarse hasta que caen alrededor de mis tobillos.

Finalmente, me las arregló para meterme en sus pantalones, acariciando su dura longitud a través de sus calzoncillos. Él gime y desliza un dedo entre mis piernas, sintiendo la aspereza de mi necesidad por él. Su gemido se convierte en un gruñido bajo, y con un movimiento rápido, me levanta, separando mis piernas alrededor de su cintura mientras me inmoviliza contra la pared, sus caderas presionadas contra mi centro dolorido y necesitado.

Suspiro con impaciencia e incapaz de esperar más, me froto contra él. Mi cuerpo late con una necesidad insoportable e incontrolable. —Aaron... —gimo.

—Shh, bebé. —Con mis piernas encajadas alrededor de su cintura, se baja los pantalones y los calzoncillos, lo suficiente para liberar su polla. Al ver el miembro grueso y turgente, mi cuerpo se convierte en un deseo líquido—. Fóllame, Aaron. —Jadeo, mucho más allá del punto de la vergüenza—. Fóllame, ahora.

Él obedece, atravesándome con una dulce zambullida que va tan profundamente dentro de mí, que pierdo todos mis sentidos. Todo desaparece, excepto la exquisita sensación de su polla dentro de mí, y su lengua trabajando febrilmente en mi pezón mientras empuja tan rápido y tan profundo, se siente menos como sexo, que como una especie de intenso apareamiento primario. Sus profundos gruñidos se mezclan con mis gemidos, los sonidos de placer incontrolado y desenfrenado llenando la habitación.

Mueve la boca de un pecho a otro sin ralentizar el paso. Gimo, mi cuerpo se aprieta alrededor de él mientras un cálido placer me recorre.

—¡Ah, mierda! —su voz es torturada mientras se inclina hacia atrás, todavía empujando, dándome una vista de los músculos tensos desde su pecho hasta su estómago, y la columna de su polla mientras entra y sale de mí. La vista me empuja al límite, y grito, indefensa y sin huesos, mi cuerpo sufre espasmos en un orgasmo prolongado y palpitante.

Él se sumerge profundamente, llenándome por completo mientras mi cuerpo se contrae con un placer mucho más grande que cualquier cosa que haya experimentado. Escucho su gemido bajo mientras sus caderas se mueven, su polla se contrae dentro de mí cuando se corre.

Después, me tira de la pared y cae de rodillas, todavía dentro de mí. Su pecho sube y baja pesadamente. Envuelvo mis manos alrededor de su cuello y entierro mi rostro en su cabello, presionando mi cuerpo empapado de sudor contra el suyo con un extraño deseo de estar lo más cerca de él como sea físicamente posible.

Después de unos momentos, se pone de pie, cargándome, con su polla semidura todavía enterrada dentro de mí. Me lleva a su habitación y me acuesta suavemente en la cama antes de comenzar a alejarse.

—No lo hagas —susurro, no queriendo soltarlo—. No te vayas.

Se instala entre mis piernas, apoyando su peso en un codo. Se inclina y cubre mi boca con la suya, besándome con una intensidad que se siente como si estuviera llegando a lo más profundo de mi alma. Con su mano libre, acaricia mi piel tan sensible. Lo siento endurecerse de nuevo, todavía dentro de mí, y la sensación de plenitud me hace gemir en su boca.

Aleja sus labios de los míos, sus ojos azules oscurecidos por el deseo. Sosteniendo mi mirada como una especie de hipnotizador erótico, comienza a moverse, esta vez haciéndolo lentamente, deslizándose dentro y fuera de mí, y acariciando mis ya sensibles paredes hasta el borde del placer.

No puedo apartar la mirada de sus ojos. A medida que el placer se intensifica y su control comienza a deslizarse, se siente como si estuviera mirando dentro de su alma y él mirando dentro de la mía. Como si, en ese momento, no hubiera barreras. Como si no fuéramos amantes solo en nuestros cuerpos, sino de alguna manera en lo más profundo de nuestras almas.

Vengo con un gemido prolongado, mi cuerpo se tensa mientras el placer me mece. Su suave gemido sigue, y sus manos se aprietan reflexivamente alrededor de mi cintura mientras se derrama dentro de mí.

Él se retira, enviando réplicas rodando a través de mí, y me acerca a su cuerpo, sosteniéndome contra su calor. Siento lágrimas en mis párpados y parpadeo para alejarlas, concentrándome en lo bien que se siente estar tan cerca de él.

Disfrútalo mientras dure, advierte una voz interior, pronto terminará.

CAPÍTULO 12

Me despierto en algún momento de la noche, todavía en la cama de Aaron. La habitación está oscura, con solo una tenue luz del exterior de las cortinas abiertas. Aaron no está conmigo en la cama ni en ninguna parte de la habitación.

Encuentro una bata blanca de hotel en el vestidor. Poniéndomela, encuentro mi camino a través de la suite, finalmente atravesando las puertas abiertas que conducen a la terraza. Allí lo encuentro de pie junto a las rejas de piedra, mirando la ciudad en la noche.

Me paro junto a las puertas, solo mirándolo. Lleva pantalones de pijama muy bajos en sus delgadas caderas. El aire está frío, pero él no parece sentirlo. Mientras miro, pasa una mano por su melena dorada oscura, luego se inclina hacia adelante en la barandilla, soltando un suspiro mientras los músculos de su espalda se flexionan con el movimiento.

Me pregunto qué estará pensando. Hay algo de melancolía en su soledad, y dudo en molestarlo, pero casi como si pudiera sentirme parado allí, se da la vuelta y se endereza.

—Deberías estar dormida —dice.

—Por qué debería. —Hay un indicio de cansancio en sus ojos—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Sólo pensando

Me uno a él en la barandilla. —¿Qué pasa?

—Trabajo.

Me vuelvo para mirarlo. Está mirando al frente, sus ojos enfocados en la oscuridad más allá de las luces. ¿Realmente había esperado que me dijera lo que tenía en mente? Sus respuestas monosilábicas me recuerdan que, aunque anoche sentí como si algo hubiera cambiado en nuestra relación, era solo mi imaginación.

Seguimos siendo prácticamente desconocidos, con buena química sexual, pero seguimos siendo desconocidos.

El viento se mueve y me hace temblar un poco. Aaron se da cuenta. —Tienes frío —dice—. Venga. Volvamos adentro.

Me rodea con los brazos y su piel está caliente, a pesar de que ha estado parado afuera sin camisa. En su habitación, se quita la bata que estoy usando y vuelve a tirar de las mantas de la cama, acostándose con su brazo alrededor de mí hasta que el constante subir y bajar de su pecho me adormece.

Lo siento cuando se levanta poco después, la pérdida de su calor casi me saca del sueño. No regresa hasta que amanece. Me despierto cuando se une a mí en la cama, y luego de otra tierna ronda de sexo intenso, nos acostamos en los brazos del otro, sin hablar, ni tampoco dormidos, hasta que él se levanta para ir al baño, y yo me voy para mi espacio para prepararme para el día que se avecina.

* * * *

A pesar de casi no dormir, Aaron parece estar completamente despierto y alerta por la mañana cuando regresamos al Gold Dust. Me deja casi tan pronto como llegamos, y se une a los gerentes

de proyecto para una reunión.

Tony me presenta a la diseñadora de interiores Lydia Khan, una vibrante mujer de mediana edad que, según mi investigación, ha realizado trabajos de renovación en muchos hoteles de renombre en todo el mundo. Pasamos la mañana hablando de su trabajo creando propiedades distintivas y enriqueciendo la experiencia de los visitantes a través de un diseño atractivo.

Aaron me llama a media mañana. Acabo de dejar a la Sra. Khan y Claude me está mostrando el bar del hotel, donde se ha completado la remodelación. Es lujoso y reluciente, con asientos de cuero negro alrededor de mesas bajas de roble profundo. La barra en sí cubre una gran extensión de pared, y un escenario elevado permite pequeñas actuaciones.

Me disculpo por las descripciones entusiastas de Claude y respondo a la llamada.

—Tengo que ir a Nueva York —comienza Aaron—. Me iré en una hora y volveré mañana.

—Oh. —No tengo otras palabras para articular la devastadora sensación de pérdida.

Creo que siente la decepción en mi voz. —Es muy importante —dice—, o de lo contrario no me iría... no iría.

No te dejaría. Eso es lo que estaba a punto de decir. Yo trago. Tengo que andar con cuidado, de lo contrario le atribuiré sentimientos que no ha comunicado, y luego terminaré queriendo más de él de lo que está dispuesto a dar.

—Estaré aquí cuando vuelvas —digo a la ligera.

Será mejor que lo estés. Su voz es baja y mi respiración se queda atrapada en mi garganta.

Paso el resto del día en el Gold Dust, alternativamente hablando con Claude, los gerentes del spa y el gimnasio de clase mundial, a quienes no había conocido antes, y trabajando en mi Mac en la tranquilidad de la oficina que Claude tiene. Asignado a mí. Allí, durante cada pequeña pausa de mi trabajo, mi cabeza se llena con los recuerdos de Aaron empujándome por detrás mientras me paraba sobre el escritorio.

Por la noche, pido la cena al servicio de habitaciones y como solo mientras me tomo media botella de vino. Después, exploro la suite y termino en la biblioteca, donde encuentro entre muchos libros de aspecto emocionante, una vieja novela clásica que he leído al menos cien veces. Empiezo a leerlo de nuevo, llegando a una escena de propuesta muy dramática antes de decidir llamar a Liz.

—¡Al fin! —exclama—: Me preguntaba cuándo tomarías un descanso de Aaron el tiempo suficiente para recordarme.

—Estoy enojada contigo —le respondo—. ¿Qué le dijiste a mi mamá?

—Nada —niega—. Dijo, muy inocentemente, que su trabajo en San Francisco involucró a un tipo llamado Aaron Court.

—No te creo.

—¿Y qué tal te va? —ella cambia de tema.

Me encojo de hombros. Aaron ha vuelto a Nueva York. Sin embargo, volverá mañana.

—Probablemente tenga que darle un descanso a su equipo después de que lo usaste con fuerza para poner fin a ese período de sequía increíblemente largo.

—No pasó tanto tiempo —protesto—, y créanme, el equipo de Aaron no requiere descanso para funcionar a su capacidad óptima. —Ni siquiera necesita dormir, agrego en silencio, todavía desconcertado por su aparente incapacidad para descansar como una persona normal.

Liz se ríe de alegría. —Antes de que me olvide —escucho los pitidos mientras hace algo con su teléfono—. Te envié un enlace. No tengo idea de por qué olvidé enviarlo antes. Es muy emocionante.

El mensaje aparece en mi teléfono y pongo la llamada en altavoz mientras sigo el enlace. Es

uno de los sitios web de entretenimiento y tiene una foto mía, Aaron y Cameron McDaniel. Aaron tiene su mano alrededor de mi cintura, su rostro impassible mientras mira a la cámara. Cameron está un poco a un lado, también mirando en dirección a la cámara. Mi cara está vuelta hacia Aaron para que solo mi perfil lateral sea visible en la toma.

El artículo es solo una breve propaganda.

El multimillonario de hoteles y bienes raíces de Nueva York, Aaron Court, visto en San Francisco con su viejo amigo, el restaurador Cameron McDaniel, y una mujer misteriosa. ¿Está saliendo del mercado el soltero más apto de Nueva York?

—¡Dios! —Exclamo—. Todo lo que hicimos fue salir a cenar.

—¿Yo sé, verdad? —Liz parece impresionada—. Estás saliendo con los grandes ahora. Disfrútalo. Tengo que irme, Brandon estará aquí en cualquier momento.

Con eso se ha ido. Termino siguiendo el enlace que destaca el nombre de Aaron y llego a un resultado de búsqueda de todos los artículos que el sitio web ha publicado sobre él. La mayoría de ellos tratan sobre sus apariciones públicas con mujeres. He leído los rumores sobre las mujeres con las que ha estado vinculado antes, así que me salto esos artículos. Hay fotografías de él en una aclamada obra fuera de Broadway, dirigida por su hermano Allan. Hay otras fotos de él con su hermano, que es un poco más oscuro, pero con los mismos ojos azules y la nariz recta como una flecha. Es el hermano que se suponía que me había enviado como 'prostituta' al apartamento de Aaron. Qué incómodo, creo. Al menos sé que nunca nos encontraremos y nos pondremos en una posición en la que él recuerde que Aaron una vez pensó que yo era una puta. Para cuando regresemos a Nueva York, Aaron y yo iremos por caminos separados.

Sacudo el sentimiento de tristeza que viene con el pensamiento, en lugar de concentrarme en los artículos que estoy leyendo. A mi madre se le han escrito artículos sobre su trabajo y exposiciones, y Trent & Taylor ha aparecido en algunas publicaciones populares. Incluso la tía Becky solía ser una modelo muy popular antes de convertirse en el rostro de Trent & Taylor y casarse con mi tío. Sin embargo, todo eso no es nada comparado con el volumen de noticias que se ha escrito sobre la familia de Aaron. Hay tantas cosas que se remontan a su bisabuelo, Gabriel Swanson, quien construyó el hotel Swanson en Nueva York en los años cuarenta, poco después de que terminara la guerra. Unos años más tarde, casi lo pierde, pero fue salvado por el abuelo de Aaron, Alexander Court, quien usó su dinero para convertir el hotel en un nombre de clase mundial en lujo. También se casó con Lily Swanson, la hija de Gabriel,

Luego está el padre de Aaron, Preston Court, que parece haber sido un playboy en su época. Los artículos archivados están llenos de rumores de aventuras, algunos de ellos fechados después de que él ya se había casado con Alicia Creighton, una conocida bailarina y socialité. Después de su muerte, se convirtió en un recluso, apenas visto en público hasta su muerte unos años después.

Olvidé mi novela, me concentré en cambio en la vida de Aaron y me pregunto cómo lo han afectado sus experiencias. Me sumerjo leyendo sobre él, yendo desde los sitios sociales y de chismes hasta los informes comerciales y los artículos de enciclopedia en línea, hasta que siento que podría escribir un artículo sobre él si quisiera.

Sé instintivamente que hay mucho más en él de lo que he leído. Las personas detrás de los artículos y perfiles ni siquiera han arañado la superficie de quién es él. Dudo que alguien lo haya hecho, y cuando finalmente me acuesto, muy tarde, sé que me gustaría ser que lo haga.

* * * *

Al día siguiente, paso la mañana en el Gold Dust. La mayor parte del trabajo de remodelación se completó y el equipo del proyecto está cediendo lentamente el paso a la gente de operaciones, que comienza a preparar el hotel para la noche de apertura. Paso la mayor parte de la mañana con los fotógrafos, un equipo de marido y mujer que se conocieron en la escuela de arte y establecieron una empresa juntos. Instalaron y tomaron fotografías, mientras me dejaban desplazar por una carpeta en su tableta, de las fotografías que documentan la remodelación del hotel desde el primer día.

Más tarde, almuerzo en un pequeño restaurante cerca de Union Square, por consejo del conserje del Rosemont Royal, quien hace la reserva por mí. Mientras como, miro a los turistas afuera en la plaza. De vuelta en el Rosemont, el gerente me recuerda que los servicios de spa están disponibles. Sin nada más que hacer, decido pasar la tarde mimada y salgo con los músculos relajados y el cabello, las uñas y las cejas arregladas a la perfección. Después de eso, me quedo holgazaneando por el apartamento, un poco malhumorada porque Aaron no me ha llamado para decirme que está de regreso o en camino. De hecho, no ha llamado desde que se fue. Empiezo a sentir que me imagino como las esposas celosas se sienten, y eso me molesta.

Cuando suena mi teléfono, prácticamente me abalanzo sobre él, pensando que es Aaron. Me sorprende la gravedad de mi decepción cuando solo es Jim.

—Hola Jim.

—Podrías intentar sonar un poco más emocionada de saber de mí —bromea.

—Podría intentarlo, pero ¿por qué debería hacerlo?

—Está bien, me lo merezco. —Hace una pausa—. Entonces, ¿qué está pasando contigo?

Miro alrededor de la suite vacía. —Nada en particular.

—Entonces estoy de suerte. ¿Adivina quién está en San Francisco?

Arrugo la frente. —¿Nooooo, tú?

—Definitivamente yo. —Puedo escuchar la sonrisa en su voz—. Salgamos. Estoy seguro de que has trabajado tanto que mereces tomarte un descanso.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿No es posible que te extrañe tanto, que volé por todo el país para verte?

—No.

—Bueno, me duele que pienses eso, y me gustaría rectificar eso. Entonces, ¿qué le dices a una salida nocturna?

—No, a menos que me digas qué estás haciendo realmente aquí.

—Estoy aquí para verte —insiste—. No quería irme del país sin despedirme.

No me lo creo. —Podrías haberte dicho adiós por teléfono.

—Podría haberlo hecho, pero elegí no hacerlo. Vamos Sarah. Sal a verme. Será divertido.

Casi me niego. Sé lo impulsivo que puede ser Jim, pero nunca antes había sido el receptor de sus grandes gestos. Hace un mes, habría estado en la luna. Ahora estoy confundida por mi falta de interés.

Sin embargo, no me parece justo pasar el resto de la noche esperando a Aaron, cuando supuestamente Jim ha volado al otro lado del país para verme.

—Seguro —le digo—. ¿Cuándo y dónde?

—Veamos —dice—, me hospedo en este excelente hotel cerca de Union Square. Aquí hay un salón del que he oído hablar mucho. Podemos ir ahí.

Me dice el nombre del hotel y acepto encontrarme con él. Me visto con un sencillo vestido tubo azul pálido y tacones azul marino, dejando mi cabello colgando alrededor de mis hombros. Abajo, en el vestíbulo, me encuentro con Ralph.

—Espero que esté disfrutando de su estadía —dice solícito.

Le sonrío al hombre. —Lo estoy, gracias. —Ha estado atento a todas mis necesidades en mi corta estancia. Por supuesto, sé que se está pagando, pero de todos modos estoy agradecida.

Afuera, el auto con chofer que he tenido a mi disposición desde que Aaron se fue, está esperando bajo el toldo. Le digo al conductor a dónde llevarme, preguntándome qué pensaría Aaron si se enterara de que los recursos que dejó a mi disposición ahora se estaban utilizando para facilitar mi cita con otro hombre.

No me engaño pensando que a él le importaría.

El viaje hasta el hotel donde se aloja Jim no lleva mucho tiempo. La entrada es directamente desde la acera, y Jim está de pie allí, con las manos metidas en los bolsillos de sus elegantes pantalones negros mientras irradia calma, confianza y serenidad. Dos mujeres pasan, mirándolo furtivamente, una de ellas casi pierde el paso al pasar.

—Hola preciosa —me saluda con un abrazo. No puedo evitar notar lo bien que huele.

Aunque bueno, no divino, como Aaron.

—Hola, tú también —respondo.

Retrocediendo, los ojos de Jim pasan de mí al auto con chofer, ahora se aleja para estacionar en el estacionamiento del hotel. Si tiene alguna idea al respecto, se la guarda para sí mismo.

El salón está en uno de los pisos superiores del edificio, con vistas a la plaza. Desde todas las ventanas, hay fantásticas vistas de la ciudad, con la impresionante puesta de sol que convierte el cielo en una hermosa explosión de púrpura, naranja y oro. La decoración es de gran lujo, con gruesas alfombras, cortinas de damasco retiradas de las ventanas, luces suaves y sillas de terciopelo rojo intenso que parecen lujosas cápsulas de media luna. Un cantante en el escenario está cantando versiones de melodiosas canciones de amor, mientras los camareros elegantemente vestidos llevan bandejas por la habitación.

Un camarero nos lleva a una mesa junto a una ventana. —Ahora dime qué estás haciendo realmente en SF —le digo a Jim tan pronto como tomamos nuestros asientos.

—Ya te lo dije —responde.

Pedimos bebidas. Escocés para él y un cóctel para mí, y el camarero recomienda el plato pequeño de tocino y huevos rellenos.

La cantante se lanza a una canción de Adele. Es triste y emotiva, y ambos escuchamos en silencio.

—¿En que estas trabajando? —Pregunto finalmente, incómodo con el silencio.

Él se encoge de hombros. —Por el momento, nada interesante. Me uniré a un equipo de escaladores de alto perfil en los Andes, pero mi corazón no está en eso. Creo que me gustaría probar algo nuevo, tal vez el turismo submarino, me gustaría explorar las profundidades del océano.

Hago una mueca. —No suena muy seguro.

Estoy seguro de que podría serlo. Seguro es aburrido, por cierto.

Yo sonrío. —Siempre dices eso.

Justo cuando terminamos de comer. Un DJ toma el relevo del cantante. A estas alturas, hay más gente alrededor y algunos están bailando. Afuera, ya está oscureciendo, pero toda la ciudad está en llamas.

—Deberíamos bailar —sugiere Jim.

—Noooo —termino mi cóctel al segundo, y le sonrío, sintiéndome un poco tambaleante—. No quiero bailar contigo.

Llamas de dolor en sus ojos grises. —¿Por qué no?

—Porque no me gustas mucho en este momento.

Mira el hielo que se derrite en su bebida, luego vuelve a mirarme. —Quizás eso cambie.

—Lo dudo. —Hago una pausa—. Entonces tú y Claudia...

El niega con la cabeza. —Fue imprudente, y tal vez un poco tonto comprometerse en primer lugar. Es fácil enamorarse de alguien después de saltar de un avión con él.

—Supongo.

—Ella fue divertida. Muy espontánea. ¿Sabes que se hizo famosa después de una campaña de rodeo en la que realmente montó toros? —Hace una pausa—. Creo que nos vi siendo un equipo de aventureros. Pero realmente no nos conocíamos. Ella no me conocía, al menos no como tú.

Se ve tan serio, y está mirándome como si yo fuera la única persona en el mundo. Me levanto de mi asiento, no ansiosa en este momento de seguir la línea de conversación que está iniciando. —¿Sabes qué? —Yo digo—: Deberíamos bailar.

El obedece. El DJ está tocando algunas canciones alegres y dejo que Jim me dé vueltas por la pista. Para cuando regresamos a nuestra mesa, estoy sonriendo y sin aliento por el esfuerzo.

—¿Otro trago?

Le miro con pestañas, haciendo mi mejor imitación del viejo glamour de Hollywood. —Ahora, señor. No estarías tratando de emborracharme, ¿verdad?

—Vaya, señorita Foster, no lo soñaría. Ambos reímos. Se parece mucho a los viejos tiempos, excepto que esta vez, no estoy tan llena de nostalgia.

Mi teléfono suena de repente, interrumpiendo nuestra risa.

—Lo siento —le digo a Jim, mientras miro la pantalla.

Es Aaron.

Le indico a Jim que me dé unos minutos y me levanto de la mesa, caminando en dirección al baño de mujeres.

—Hola —digo.

—¿Dónde estás? —Aaron pregunta sin preámbulos.

—¿Has vuelto?

—Sí. Aterricé hace aproximadamente media hora.

—Podrías haberme hecho saber que estabas en camino.

—¿Por qué? Te dije que iba a regresar hoy.

—Sí, pero... —Me detengo. Estuve a punto de quejarme del silencio. No me había llamado ni una vez mientras estuvo fuera. Realmente no debería haberlo hecho, porque aunque mis emociones me dicen lo contrario, no soy su novia. No me debe llamadas cada dos horas para ver cómo estoy. Así como no le debo ninguna explicación por salir.

—Salí —digo, sin ofrecer más explicaciones.

Su voz es seca. —¿Estás sola?

Hago una pausa. —No. No lo estoy, pero estoy a punto de irme ahora.

Hay un silencio cargado en su extremo. —¿Dónde estás? —dice finalmente.

Le digo el nombre del salón.

—Estoy en camino —le oigo decir.

—No tienes que...

—Estoy en camino —repite, su voz nítida cuando finaliza la llamada. Miro el teléfono con impotencia y luego me vuelvo a la mesa donde Jim me espera.

CAPÍTULO 13

—¿Todo esta bien? —Jim pregunta cuando me uno a él de nuevo.

Asiento con la cabeza. —Si, creo.

—¿Estás segura?

—Sí —Miro hacia la entrada, preguntándome cuánto tiempo antes de que llegue Aaron.

—¿Estás seguro de que no quieres otra copa?

Niego con la cabeza. Si Aaron viene aquí, necesitaré todos mis sentidos intactos.

—Me voy mañana. —Jim está diciendo. Empieza a contarme sus planes de viaje, pero en realidad no le escucho. Tengo un ojo en la puerta, esperando que aparezca Aaron. La tensión en mi estómago es tanta ansiedad por verlo, como ansiedad por sus razones para venir y cuál será su reacción cuando me vea con Jim.

¿Estaría celoso?

La idea es extrañamente atractiva, pero la descarto casi al instante. ¿Por qué le importaría con quién saliera?

Jim está esperando que diga algo, y me doy cuenta de que no tengo ni idea de lo que me ha estado diciendo. Se inclina sobre la mesa y pone su mano sobre la mía. —No estás escuchando —dice, sonriendo—. ¿Dónde está tu mente?

Antes de que pueda responder, mis ojos pasan de él a la entrada de nuevo, y Aaron está entrando en la habitación. Como siempre, verlo me deja sin aliento. Toda esa fuerza y poder encerrados en un cuerpo que es casi demasiado crudo en su belleza. Lleva uno de sus magníficos trajes, sin corbata, y los botones superiores de la camisa están desabrochados.

Mientras lo admiro, sus ojos se deslizan sobre las otras personas en el salón y se posan en mí. Observa a Jim, cuya mano todavía está sobre la mía sobre la mesa, y mientras lo observo, sus ojos se enfrían unos grados.

Aún así, camina hacia nuestra mesa, sus ojos nunca dejan los míos. Ni siquiera siento a Jim apartar su mano, ni lo veo mientras sigue mi mirada para ver a Aaron. Toda mi atención, todo mi ser, se centra en el hombre increíblemente sexy que camina hacia mí.

Cuando me alcanza, me sorprende tomando mi cara entre sus manos y dándome un beso profundo que me encrespa y me deja enrojecida y sin aliento.

Me suelta y me balanceo en mi asiento. Luego se endereza y se vuelve hacia Jim, que me mira como si hubiera cometido una gran traición, y extiende una mano. —Aaron Court —dice.

Jim se pone de pie y toma la mano que le ofrece. —Jim Weyland.

—Encantado de conocerte —dice Aaron, aunque no hay rastro del placer expresado en su voz o rostro—. También escribes para Gilt, ¿no? ¿Estás aquí por trabajo?

Jim me mira, luego vuelve a mirar a Aaron. —No, estoy aquí para ver a Sarah.

El desafío en su voz no se me escapa, y Aaron también lo nota, estoy seguro. Simplemente elige ignorarlo. Se vuelve hacia mí. —¿Estás lista?

—¿Te estas yendo? —Si no lo supiera mejor, diría que Jim parece herido.

—Sí —respondo, levantándome sin mirarlo. Todavía me estoy recuperando del beso de Aaron

—. Tuve un gran tiempo.

—Sí —dice Jim rígidamente—, yo también.

Jim no nos sigue afuera, por lo que estoy agradecido. Ni siquiera puedo imaginar lo incómodo que hubiera sido para nosotros tres. Especialmente con el brazo de Aaron posicionado posesivamente alrededor de mi cintura.

No me quejo. No solo porque Aaron me frió el cerebro cuando me besó, sino porque sentí un poco de placer al ver la expresión en el rostro de Jim cuando me fui con Aaron. Es una venganza inadecuada por los dos años que pasé suspirando por él, pero sin embargo, me hace sentir bien.

Sigo a Aaron hasta el ascensor. Su mano todavía está alrededor de mi cintura, generando un calor lento en la superficie de mi piel. Tan pronto como las puertas se cierran, me vuelvo hacia él.

—¿Qué fue eso?

Su rostro es anodino. —¿Qué exactamente?

—Venir aquí. Besándome frente a Jim. Actuar como si hubiera hecho algo mal al salir.

—No sabía que mis acciones estaban tan fuera de lugar. —Sus ojos están fijos en mi cara—. Vine aquí porque quería verte y estaba cansado de esperar. Te besé porque quise hacerlo. —Él para—. ¿Cuál es el problema exactamente? ¿Qué interrumpí tu reencuentro con tu novio?

Antes de que pueda responder, el ascensor se detiene y las puertas se abren. Lo sigo a través del vestíbulo hasta la calle, y unos segundos más tarde, un coche se estaciona frente a nosotros.

—Vine en uno de los autos de Rosemont —le digo a Aaron.

—Su conductor ya ha regresado —responde, abriendo la puerta del coche.

Entro con un suspiro, esperando a que se una a mí. —Primero que nada —digo con calma—, Jim no es mi novio. En segundo lugar, no creo que sea necesario que alardees de nuestro... arreglo en su cara de esa manera.

—¿Por qué te preocupas tanto? —Aaron pregunta—. ¿Qué es él para ti?

—No se trata de él —respondo.

—¿No es así? —él desafía—. Creo recordar que la exclusividad fue una de sus condiciones para aceptar este arreglo. ¿Esa condición en particular se aplicaba solo a mí? ¿Se supone que debo sentarme y aceptar el hecho de que saliste con él, el mismo hombre con el que tuviste una pelea en mi hotel el día que nos conocimos? Él es la razón por la que llorabas en el ascensor, y vino hasta aquí para verte. Habla de un gran gesto.

Mi respuesta planeada se congela en mi lengua. ¿Cómo se había enterado de mi pelea con Jim en Swanson Court y de que yo lloraba en el ascensor?

Admira mi expresión de perplejidad. Cámaras de seguridad, Sarah. Hice que el equipo de seguridad del hotel revisara las cintas para averiguar quién eras tú y yo también las vi. Vi tu discusión con Jim Weyland y vi lo angustiada que estabas después.

Me preguntaba cómo me encontró. Ahora lo sabía, y no podía dejar de preguntarme cuántas otras cosas sabía sobre mí. Con los recursos que tenía a su disposición, probablemente podría averiguar todo lo que quisiera, no es que tuviera mucho que ocultar, pero aún así.

—¿Vino aquí para disculparse? —continúa—. ¿Me estoy interponiendo en el camino de una reunión romántica?

—¿Te importaría? —Yo murmuro.

—No. —Pronuncia las palabras con tanta descuido que me cabrea—. Seamos claros, mientras dure este arreglo, tengo todo el derecho a ser extremadamente egoísta cuando se trata de ti. Me importa un carajo lo que él quiera, porque ahora mismo me perteneces.

¿Por qué esas palabras posesivas provocan un dulce dolor en mi vientre, que crece y se extiende hasta que cada centímetro de mi piel espera con impaciencia su toque?

Niego con la cabeza. —No le pertenezco a nadie —digo obstinadamente—, estoy seguro de que no te pertenezco.

Se inclina hacia adelante y, colocando un dedo debajo de mi barbilla, acerca mi rostro al suyo. —A menos que me estés diciendo que quieres detener esto, terminar este arreglo... ahora mismo, entonces me perteneces. —Sus ojos azules son casi hipnotizantes—. ¿Es eso lo que quieres?

Quiero decirle que se vaya al infierno. Yo puedo hacer eso. Puedo volver a la suite y concentrarme en mi artículo mientras él permanece en la habitación contigua. Puedo quedarme aquí dos días más sin tocarlo. Puedo domar el anhelo que mi cuerpo siente por él. Puedo.

No puedo

Niego con la cabeza, demasiado avergonzada de mi necesidad de que él diga las palabras en voz alta.

—Dilo —exige.

—No —susurro—. Eso no es lo que quiero.

Veo la sonrisa de triunfo en su rostro justo antes de que baje sus labios a los míos. El beso es suave, posesivo y sensual. Es tan hábil. Me hace olvidar todo menos la sensación de sus labios sobre los míos, la calidez cuando succiona mi labio inferior en su boca, antes de soltarlo para deslizar su lengua en la mía, lamiendo y saboreando. Es gentil, tierno y tan dulce, que de inmediato me pierdo, moviéndome a través del asiento para inclinarme hacia su cuerpo.

Me tira a su regazo, profundizando el beso mientras sus manos se mueven desde mis brazos hasta mi cintura, prendiendo fuego a cada centímetro de mi piel que toca.

Apenas lo noto cuando el auto se detiene, pero gimo en protesta cuando Aaron separa sus labios de los míos.

—Estamos aquí —dice suavemente, alisando mi cabello.

Asiento con la cabeza, mi cuerpo excitado y deseoso, resentido por el tiempo que necesitaríamos para hacer el viaje hasta la suite.

Empieza a abrir la puerta, luego se detiene y me mira. —Siento no haber llamado —dice, sorprendiéndome—. No estaba seguro... —se detiene—. Estaba muy ocupado, pero debería haber llamado.

—Bueno. —Lo veo salir del auto, apenas teniendo tiempo de preguntarme qué había estado a punto de decir antes de abrir la puerta a mi lado. Tan pronto como salgo, su mano se cierra alrededor de mi cintura y no me suelta ni siquiera cuando cruzamos el espacioso vestíbulo.

Una vez en el ascensor comienza a besarme de nuevo, presionando mis caderas contra las paredes con las suyas, sin dudarme de su deseo por mí.

—No podía dejar de pensar en ti. —Su voz es un chirrido contra mi oído—. Cada minuto que te tenía en mi cabeza.

Respondo presionando mis caderas hacia adelante y frotándome contra el bulto de sus pantalones. Él gime—. Si no detienes eso, terminaremos jodiendo aquí.

Quiero decirle que no me importa, y en ese momento, no me importa, pero el ascensor se detiene justo a tiempo, y él me levanta en sus brazos, llevándome todo el camino dentro de la suite hasta su habitación. Me acuesta en la cama y luego comienza a quitarse la ropa. Poniéndome de rodillas, me pongo el vestido por la cabeza, ansiosa por estar desnuda para cuando termine de desvestirse. Me quito el sostén y me quito las bragas, justo cuando él se baja los calzoncillos, dejando libre su gloriosa erección. Al ver lo grueso, duro, largo y las venas que se abultan debajo de la piel sedosa, el calor se extiende desde debajo de mi estómago para agruparse entre mis muslos.

Se une a mí en la cama y me empuja suavemente para que me acueste de espaldas. Baja la

cabeza para lamer la comisura de mis labios, haciéndome temblar de placer. Luego comienza a trazar un camino desde mis labios, por mi garganta hasta mis pechos. Me retuerzo cuando toma un pezón en su boca, mientras frota el otro entre su dedo índice y pulgar. Mueve sus labios hacia el otro pezón, lamiendo y chupando, antes de moverse hacia abajo, sobre mi estómago, besando el montículo en la unión de mis muslos antes de separar mis piernas y bajar sus labios hacia mi sexo.

Gimo ante el primer contacto de su lengua, mis caderas se mueven cuando él lame mi clítoris. Agarra mis muslos y los abre un poco más, chupándome con avidez antes de moverse hacia abajo para bordear la pulsante hendidura de mi sexo. Gimo en voz alta, mis dedos se enredan en su cabello mientras me conduce al punto de la locura.

—Aaron —gimo su nombre, incapaz de soportar el calor y el placer que me recorre.

—Hmm. —El sonido vibra a través de mi cuerpo mientras mueve su boca hacia mi clítoris, provocándome hasta el punto del clímax, antes de regresar a mi raja húmeda y dolorida. Mis caderas comienzan a moverse por su propia voluntad, igualando los movimientos de lamido de su lengua. Siento sus dedos, burlándose de la entrada de mi cuerpo, flotando allí por un momento antes de que los deslice dentro.

Me retuerzo, mi interior se aprieta y exige más. Mueve los dedos sin detener la burla de su lengua, frotándolos contra el apretado manojito de nervios dentro de mí. Grito y me levanto de la cama, todo mi cuerpo explota en un clímax demoledor.

Él quita sus dedos y levanto mis piernas, queriendo girar sobre mi costado y presionar mis piernas juntas para calmar el temblor en todo mi cuerpo, pero no me deja. Se arrodilla entre mis piernas y se posiciona, frotando la ancha cabeza de su polla sobre mi sensible clítoris y hacia abajo sobre mis resbaladizos pliegues. Abro más mis piernas, invitándolo a entrar.

Lentamente, se desliza dentro de mí, extrayendo el placer mientras me llena. Gimo suavemente, frotando mis manos sobre los músculos de su pecho mientras él avanza con un gemido. Sus músculos se tensan y exhala lentamente antes de salir casi por completo y luego empuja de nuevo. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, apretando mis músculos internos mientras lo urjo más adentro.

—Joder —gime, sus manos se mueven febrilmente a lo largo de mis muslos, sus caderas se mueven mientras empuja dentro de mí una y otra vez. Mis suaves llantos se mezclan con el sonido de sus gemidos, y el placer crece incontrolablemente dentro de mí, pero aún así quiero más. Mis manos encuentran los músculos tensos de sus nalgas, y presiono mis dedos contra ellos, urgiéndolo más profundo. Comienza a moverse más rápido, su cuerpo cubierto de sudor, sus ojos cerrados y su rostro se tensó en una expresión de lujuria masculina primaria.

Mi cuerpo se agarra, incapaz de soportar más el placer. Vengo con un grito fuerte e impotente, y Aaron gime mi nombre mientras empuja con fuerza dentro de mí. Luego se pone rígido también, sus caderas se mueven bruscamente cuando se corre.

Más tarde, se inclina para dejar besos en las sensibles puntas de ambos senos, luego se retira y se recuesta en la cama a mi lado. Me atrae hacia él y me relajo en su cuerpo, deleitándome con la sensación de su piel contra la mía y su corazón latiendo contra mi pecho.

Me quedo dormida poco después. Unas pocas horas después. Me despierto y me encuentro sola en la cama. Esta vez, encuentro a Aaron en la biblioteca, donde ya se ha instalado una oficina temporal para él, igual que antes de irse. Está sentado en la oscuridad, su rostro iluminado solo por el brillo de la pantalla de su computadora mientras escribe algo realmente rápido. La puerta está abierta y lo miro desde la puerta, preguntándome si alguna vez duerme.

No me ve ahí parada, y después de un rato, vuelvo a la cama. Esta vez, sin él a mi lado, es más difícil conciliar el sueño. Finalmente me quedo dormida, pero durante el resto de la noche, incluso

mientras duermo, soy consciente de su ausencia a mi lado en la cama.

CAPÍTULO 14

Despierto echando de menos a Aaron. El sentimiento es agudo, real y triste, casi como si hubiera avanzado en el tiempo hasta que nuestro arreglo se haya completado y él ya no sea parte de mi vida. No tiene sentido, porque para uno, nuestro arreglo no ha terminado, y dos, incluso cuando termina, no debería haber ninguna razón para estar triste. Ni siquiera es como si estuviéramos en una relación real.

Aún así, no puedo deshacerme de los sentimientos de depresión y vacío. Confundido por la intensidad de lo que siento y mi incapacidad para racionalizarlo, me levanto de la cama y me pregunto si Aaron todavía está trabajando en la biblioteca. Envolviéndome en una de las sábanas, camino hacia el baño.

El vestidor y el baño se combinan en una gran suite, y cuando entro por la puerta, Aaron sale de la ducha, totalmente desnudo. Su cabello está mojado, pegado a su rostro y cuello. Su cuerpo está reluciente de humedad, mientras pequeñas gotas de agua corren por su piel. Una nube de vapor sale con él, llevando el olor picante de su gel de baño.

Se detiene cuando se da cuenta de que estoy junto a la puerta y sus ojos se detienen en mí por un momento. —Buenos días —dice, yendo a un estante de madera tallada junto a la ducha y recogiendo una de las toallas del hotel. Se sienta en un banco bajo que corre a lo largo de la pared junto a la bañera de mármol y comienza a secarse el cabello. Observo el agrupamiento de sus músculos mientras sus brazos se mueven, mi cuerpo responde casi de inmediato. Esta parte la entiendo, el quererlo. Es normal, ninguna mujer puede verlo y no quererlo. Es la otra parte que no entiendo, la forma en que mis sentimientos han comenzado a convertirse en un desastre que ni siquiera yo entiendo.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome todo el día?

Está bromeando y me hace sonreír. —¿Te importaría?

Él sonríe. —De ningún modo. —Para alguien que ha dormido tan poco, no parece cansado en absoluto. ¿Cómo lo hace?

—Apenas dormiste anoche.

Él se encoge de hombros. —Yo estaba trabajando. —Algo en su rostro me dice que no quiere hablar de eso, y dejo el tema. Deja caer la toalla a su lado en el banco y se peina con los dedos. Me doy cuenta de que podría vigilarlo todo el día. Todo en su cuerpo es asombroso.

Lo estoy mirando, y por la sonrisa en su rostro, él sabe por qué.

—Sé que dije que no me importaba que me miraras —dice—, pero parece que me importa si eso es todo lo que haces.

—¿De Verdad? —Muerdo mi labio inferior—. ¿Qué más te gustaría que hiciera?

—¿Que te gustaría hacer? —él pregunta. Estoy enteramente a su servicio.

Mis ojos viajan por su cuerpo, desde su cabello despeinado hasta su polla desnuda, que yace gruesa y dura en su regazo, y se vuelve más dura a cada segundo. Me lamo los labios y libero la sábana que sostengo alrededor de mi cuerpo, dejándola caer al suelo antes de acercarme a él. Dejándome caer de rodillas frente a él, paso mis manos por sus muslos, luego mirándolo, lo tomo

en mi mano, acariciando de arriba a abajo su longitud.

Su respiración se hace más profunda y sus caderas avanzan. Inclino la cabeza y lamo alrededor de la cabeza de su polla mientras todavía lo acaricio de arriba a abajo. Gime y echa la cabeza hacia atrás.

—¡Mierda! —La palabra sale como un susurro bajo y áspero. Sus dedos se enredan en mi cabello, flexionándose sobre mi cuero cabelludo, y respondo llevándolo dentro de mi boca, y moviendo mi lengua alrededor de la cabeza de su polla antes de meterlo por completo, hasta que puedo sentirlo en la parte posterior de mi garganta.

Sus manos se aprietan en mi cabello y ahueco mis mejillas, chupando profundamente mientras levanto mis labios, luego hago una succión profunda en la cabeza de su polla.

—¡Sarah! —Gime, quitando una mano de mi cabello para sujetarlo en el banco, mientras que la otra permanece para ayudarlo a mover mi cabeza para que coincida con los movimientos de sus caderas mientras acaricia su polla dentro y fuera de mi boca.

Es tan descaradamente erótico lo que estamos haciendo. Siento como si pudiera correrme solo por chuparlo. Mis ojos se elevan para encontrar los suyos y él gime de nuevo, echando la cabeza hacia atrás mientras sus caderas continúan moviéndose.

Ahueco sus bolas con una mano, la otra ocupada explorando los tensos músculos de sus muslos. Me encantan los sonidos que está haciendo, la forma en que sus músculos se flexionan cuando empujan sus caderas. Me encanta la embriagadora sensación de poder femenino que tengo al ver lo excitado que está. Quiero que pierda el control, y quiero ser la razón.

Aprieto mis labios alrededor de él, mi lengua lamiendo la parte inferior de su polla. Sus dedos se flexionan en mi cabello y un suspiro torturado se le escapa, seguido de palabras roncas. —Me vengo —respira—. ¡Joder! Me vengo.

Respondo con un gemido, llevándolo más profundo dentro de mi boca. Sus caderas empujan hacia adelante, sus músculos se ponen rígidos y todo su cuerpo se estremece cuando entra en mi boca en una cálida ráfaga.

Trago, ordeñándolo hasta la última gota. Cuando termino, se inclina y me besa profundamente, con el pecho todavía agitado.

Me suelta y empiezo a levantarme, pero me agarra y me pone en su regazo. —No vas a ir a ninguna parte —gruñe—, no hasta que te haga gritar.

Sus labios cubren los míos de nuevo, y sus manos ahuecan mis pechos, pero tomo sus muñecas y me alejo de su beso. —No tienes que hacerlo —le digo—. Te chupé porque quería, no porque quisiera que me devolvieras el favor. De todos modos —continúo—, deberías estar descansando. Estoy seguro de que necesitas recuperar fuerzas y quiero darme una ducha.

Empiezo a bajarme de su regazo, pero no me suelta. —No estaba tratando de devolver el favor —dice—, resulta que me gusta hacerte venir. Me gusta mucho cómo se ve tu cara cuando pierdes el control, y los sonidos que haces son adictivos. —Se levanta, todavía cargándome, y se mueve así hacia la ducha.

—¿Qué estás haciendo? —Pregunto, cuando me baja.

Me lanza una mirada. —¿Querías ducharte?

—Si...

—Shh. —Abre el agua y la prueba para obtener la temperatura adecuada. Luego toma la botella de gel de baño. Incluso en el recinto lleno de vapor, noto que está duro de nuevo. ¡Cómo diablos lo hace!

Se vierte un poco del líquido jabonoso en la palma. —Date la vuelta —ordena.

Hago lo que dice, ya excitada. Extiende el jabón en mi espalda, luego en mis brazos, sus manos

serpentean frente a mi cuerpo para enjabonar mis senos y luego mi estómago. Para cuando comienza a trabajar en mis glúteos, mis piernas están débiles y mi sexo palpita de deseo.

Frota el líquido jabonoso por mis nalgas y mis caderas, extendiendo las redondas mejillas de mis nalgas con cada movimiento repetido. Enganchando un brazo alrededor de mi cintura, tira de mi trasero hacia él. Me estabilizo colocando mis manos en la pared de vidrio del cubículo, y jadeo cuando con su mano libre, separa mis nalgas, un dedo descansando en la abertura fruncida entre ellos.

Mientras mueve su dedo, masajeando el anillo apretado, la sensación no se parece a nada que haya sentido antes, y no quiero que se detenga. Al mismo tiempo, puedo sentir su erección presionando contra la parte posterior de mis muslos, intensificando mi necesidad de tenerlo dentro de mí.

La mano en mi estómago se desliza entre mis piernas. Se desliza entre mis pliegues y encuentra mi clítoris, y un fuerte gemido se me escapa cuando comienza a acariciarlo.

—¿Qué dijiste acerca de recuperar mi fuerza? —él pregunta.

Mi única respuesta es otro gemido, que se intensifica cuando el dedo en mi trasero se sumerge en la entrada. Mis caderas se mueven por sí solas, mi cuerpo se apodera de mí por la necesidad al borde de la desesperación.

—No necesito recuperar mi fuerza cuando se trata de ti —susurra Aaron—. Podría follarte todo el día.

Quiero que me folle ahora. Extiendo la mano detrás de mí, con ganas de tocarlo al menos, de sentir su gruesa dureza en mis manos, pero no me deja. Él empuja mi mano y me deja colgando por un par de segundos antes de que sienta la cabeza de su polla empujándome desde atrás. Incluso mientras se desliza completamente dentro de mí, su dedo todavía juega con mi abertura trasera arrugada, enviándome una sensación insoportable a través de mí incluso mientras balancea sus caderas, usando su polla para conducirme a una dimensión explosiva de placer.

Con solo unas pocas caricias, todo mi cuerpo está temblando, el placer es casi insoportable. Mi piel está cubierta de sudor, agua y vapor, y todo mi cuerpo late, lleno de un placer tan intenso que no puedo soportarlo. Mis manos se flexionan contra la pared de vidrio del cubículo, un grito brota de mi garganta cuando me corro con tanta fuerza que mis piernas ceden.

Aaron me sostiene, su propio clímax llega al final del mío. Él golpea contra mí y viene en una oleada de calor, su gruñido lleno de éxtasis que refleja lo que siento.

Más tarde, después de lavarme todo el cuerpo y lavarme el cabello con champú, me envuelve en una toalla y me lleva a su cama.

Me acurruco contra él, feliz y contenta—. ¿Cuál es el plan para hoy?

—Ya dije que me iba a pasar todo el día follándote.

—¡AHHH! —Me río suavemente—. Probablemente estaría muerta a la hora del almuerzo. Aunque no sería tan malo morir de placer.

Su pecho retumba cuando se une a mi risa. —Probablemente yo sea el que muera por intentar seguir tu ritmo. —Él acaricia mi oreja—. Después del desayuno, tengo que hacer algunas llamadas y luego saldremos.

Levanto una ceja interrogante—. ¿Hacia dónde?

—Es una sorpresa.

—Odio las sorpresas —declaro con un puchero.

—Estoy seguro de que te gustará —dice, levantándose de la cama, flexionando sus músculos tensos mientras camina hacia el vestidor.

Dejo su cama, recojo mi ropa del suelo antes de ir a mi habitación, donde me visto y me pongo

presentable. Para cuando vuelvo a la sala, Aaron ya está vestido. Me pregunta qué me gustaría desayunar y luego hace el pedido. Cuando termina, salimos a la terraza, donde lee su periódico, mientras yo reviso mi teléfono en busca de correos electrónicos y mensajes.

Me lo pasé muy bien ayer, dice un mensaje de texto de Jim, esperando pasar el rato cuando regrese.

No se menciona en absoluto a Aaron, pero de alguna manera, está ahí entre Jim y yo, incluso en el mensaje. En un momento de claridad me doy cuenta de que, cualesquiera que sean mis sentimientos por Jim antes, después de Aaron, es casi seguro que se han ido.

Actuando por una sospecha que tenía desde ayer, busco a Claudia Sever. Los primeros resultados son artículos de noticias de sitios de entretenimiento y confirman mis sospechas. Según los sitios, Claudia Sever ha reavivado su relación intermitente con el multimillonario Reese Fletcher, después de terminar un breve compromiso con el escritor y personalidad de televisión estadounidense Jim Weyland.

Me alegro de que ni siquiera me importe lo suficiente como para decepcionarme con Jim. ¿Por qué me diría que lo habían abandonado? No encajaba con su imagen, por lo general era él quien tiraba.

Hay un mensaje de mi madre, preguntando cómo estoy, y mientras escribo mi respuesta, aparece un correo electrónico de Liz con el asunto 'FAMOSO'.

El correo electrónico contiene una captura de pantalla. Allí está Aaron, abriéndome la puerta del coche fuera del hotel de Jim anoche, y debajo, parte de un artículo.

El hotelero y magnate inmobiliario de Nueva York Aaron Court es visto en un apasionado clinch con una misteriosa dama en San Francisco.

En todo Nueva York, los corazones se rompen cuando Aaron Court es visto con esta misteriosa dama por segunda vez. Todavía estamos tratando de averiguar quién es ella y cómo logró poner al escurridizo soltero encerrado.

La captura de pantalla se recorta después de la última oración. Miro a Aaron, que frunce el ceño por algo que está leyendo. No lo tengo encerrado, aunque en este momento, desearía tenerlo.

Me sorprende mirándolo. —¿Quieres contarme algo?

Niego con la cabeza. —No.

Él sonríe. —Entonces deja de mirarme así, o de lo contrario no podré hacer nada esta mañana.

Respiro hondo, impotente ante la forma en que incluso esas simples palabras me afectan. Vuelvo a mi teléfono, termino de responder a mi mamá y empiezo una charla de mensajería con Liz.

Llega el desayuno y, justo después de comer, Aaron desaparece en la biblioteca. Terminó mi charla con Liz, dándole las últimas actualizaciones mientras descuido intencionalmente decirle algo sobre la visita de Jim. Luego tomo mi Mac y comienzo con un par de revisiones del artículo, perdiéndome en mi trabajo y sin levantar la vista hasta que Aaron sale de la biblioteca unas horas más tarde.

Lo siento mirándome, y cuando mis ojos se encuentran con los suyos, olvido brevemente lo que estoy haciendo. No es solo que sea atractivo, hay un poder que irradia de él y que me atrapa cada vez. Es obvio, con solo mirarlo, que es un hombre poderoso, rico, alguien que controla mucho más que casi todos sus compañeros. Es obvio en su carruaje, en todo sobre él.

Y él me desea.

Está en la forma en que me mira, ahora mismo. Mi estómago se aprieta cuando su mirada calienta mi piel. Nunca va a ser así con nadie más, me doy cuenta, simplemente no es posible.

Yo trago. —¿Vas a decir algo? ¿O vas a seguir mirándome así?

Cruza los brazos sobre el pecho y se apoya en la pared—. ¿Mirándote como cómo?

¿Como si fueras un hipnotizador y yo fuera tu víctima voluntaria? ¿Como si fueras un vórtice absorbiéndome? Me encojo de hombros. —No lo sé. ¿Como puedes ver dentro de mí?

—Créeme, desearía poder.

Frunzo el ceño ante las palabras crípticas, mis ojos lo siguen mientras deja su posición junto a la pared para acercarse a mí. Viene a pararse detrás del sofá y se inclina sobre mí. Puedo sentirlo detrás de mí incluso antes de que me toque, su mano acariciando suavemente mi cabello.

Dejo mi Mac a mi lado en el sofá, mis ojos revolotean cerrados mientras me relajo en su toque.

—Me encanta tu cabello —le oigo decir, las palabras son suaves y un poco ásperas—. A veces es rojo, a veces dorado y, a veces, ambos. —Levanta algunas hebras de sus dedos y las deja caer hacia atrás.

Me muevo en mi asiento, dándome la vuelta para mirarlo. Descansando mi barbilla en el respaldo del sofá, lo miro. —¿Es eso lo único que amas?

Sus ojos se oscurecen. —No tienes idea —dice, enderezándose de repente y metiendo las manos en los bolsillos—. Debería empacar una bolsa de viaje —me dice—. Nos vamos en una hora.

—¿Todavía no me dirás a dónde vamos?

El niega con la cabeza. —Lo verás muy pronto.

Hago lo que dice y empaco una muda de ropa y ropa interior limpia, cambiándome por un par de pantalones color crema y una blusa blanca de lino. Dejo mi cabello suelto, uniéndome a él para el viaje de abajo después de aplicarme rímel y brillo de labios. También está vestido de manera informal. Pantalones y una camisa de algodón de manga corta, que deja al descubierto sus antebrazos.

Su mano se enrosca posesivamente alrededor de mi cintura desde el momento en que dejamos la suite hasta que entramos en el auto. Durante el corto viaje, él está ocupado hablando por teléfono, mientras yo trato de encontrar algo más que me interese además de la sensualidad fácil que exuda y el abrumador deseo de hacer algo sobre cuánto lo quiero, incluso ahora, en el auto. .

Después de unos minutos, llegamos a lo que parece una finca privada, o un club, y el automóvil nos deja en el muelle, donde un bote blanco, largo y reluciente, nos espera en el agua.

Aaron está de pie a mi lado, observando cómo el chofer lleva nuestras maletas para pasar la noche dentro del bote. —¿Te gusta navegar?

—No lo sé —respondo—. Yo nunca lo he hecho.

Toma mi mano, el pequeño contacto envía una pequeña descarga de emoción a través de mí. —Bueno, vamos entonces.

El barco tiene un capitán y un mayordomo, que nos reciben amablemente y nos muestran los alrededores. En el camarote, hay una caja en la cama que contiene un bikini que es exactamente de mi talla.

—No tenías que alquilar un barco entero solo porque querías verme en mi traje de baño —bromeo.

—Te he visto con mucho menos —me recuerda, mirando mis curvas en el pequeño bikini blanco. Se ha cambiado, más rápido que yo, a unos pantalones cortos apropiados para un día de relax en la cubierta de un barco de lujo. Su pecho desnudo es un estudio a la perfección, duros bloques de músculos que continúan por todo su estómago plano para terminar debajo del ombligo,

en una dura 'v' que desaparece en sus pantalones cortos.

—Sí, lo has hecho —estoy de acuerdo.

Sus ojos se fijan en los míos, luego suspira. —Venga. Están preparando nuestro almuerzo. Si no salimos de esta cabaña ahora, probablemente no te dejaré salir en todo el día.

En la cubierta, almorzamos mientras el barco navega por la bahía, y Aaron señala las vistas desde el agua. Estoy más impresionado por la isla de Alcatraz que por cualquier otra cosa, especialmente cuando Aaron comienza a contarme sobre un famoso escape de la antigua prisión de alta seguridad. Su rostro está animado mientras me cuenta una película sobre la fuga que se hizo en los años setenta.

—¿En los setenta? —Bromeo—. Ni siquiera naciste.

Él se encoge de hombros. —Me gustan las películas antiguas. El Halcón Maltés, Ciudadano Kane. Me mira y sonrío—. Lo bueno, lo malo y lo feo.

—Ugh —hago un estremecimiento exagerado—. Me gustan las películas de Disney, los festivales de acción del tipo de Michael Bay y cualquier cosa con Ralph Fiennes.

Me mira: —Bueno, al menos hay esperanza de que me encuentres atractivo cuando tenga esa edad.

—Siempre te encontraré atractivo —le digo en voz baja, mirándolo. Es casi como si ambos estuviéramos fingiendo que esto que tenemos no va a terminar en solo dos días.

Disfrazo la triste dirección de mi pensamiento con una sonrisa alegre y un comentario divertido. Él responde de la misma manera y pasamos el resto de la tarde hablando. Hacia la noche, el barco atraca cerca de una isla rocosa donde un atracadero de madera conecta el muelle con un tramo de escaleras que conducen a una casa pequeña pero exquisita con amplios patios soleados, una piscina azul brillante y, en el interior, la mezcla más sorprendente de decoración hogareña y elegante.

—¡Guau! —es todo lo que puedo decir—. ¿Cómo se encuentran lugares como este?

—Tú los construyes. —Ignora mi mirada de sorpresa—. A veces, necesito alejarme, ya sabes, ver películas antiguas y olvidarme de mi teléfono.

—Eso lo explica totalmente —me río, yendo de habitación en habitación para contemplar las fascinantes vistas.

Me sigue, pareciendo disfrutar de mi disfrute casi infantil de la casa. En la cocina, revisa el refrigerador, sus ojos recorren todo el contenido.

—Estoy hambrienta —le digo, dándome cuenta, incluso mientras lo digo, de lo hambrienta que estoy.

—Hmm —cierra la nevera—. Pedí que nos consiguieran algunos alimentos. ¿Por qué no te vas a cambiar, explorar, lo que sea? Haré la cena.

Mi boca cuelga abierta. —¿Tú cocinas?

—Prácticamente crecí en un hotel —dice—, a veces pasaba el rato en la cocina con los chefs.

—No voy a ir a ningún lado —le digo, sacando uno de los taburetes en la isla de la cocina—. Tengo que ver esto.

Lo veo cocinar, ayudando solo un poco, ya que mis habilidades culinarias están muy limitadas. Después de terminar el bistec tierno con una salsa deliciosa y la ensalada de tomate crujiente, me relajo con la cabeza en su regazo mientras miramos una de sus películas antiguas en un estudio con un televisor de pantalla ancha muy grande.

La película, una historia trágica sobre una actriz anciana y un escritor en apuros, es sorprendentemente buena, aunque está en blanco y negro. Cuando termina, pasamos al dormitorio principal, otra hermosa habitación con una vista tremenda, y antes de irnos a dormir, hacemos el

amor con una intensidad que me hace llorar. Se queda dormido antes que yo, su respiración se hace más lenta mientras su pecho sube y baja. Lo escucho respirar, mi cabeza en su pecho mientras el cansancio por hacer el amor compite con mi deseo de disfrutar el sonido de los latidos de su corazón por un rato más. Cuando finalmente me duermo, con mi brazo alrededor de su cintura, sé sin lugar a dudas que no quiero dejarlo ir nunca.

CAPÍTULO 15

Me despierto sabiendo que algo anda mal. Levantándome de la cama, comienzo a mirar alrededor de la habitación oscura antes de darme cuenta de que fue Aaron quien me despertó.

Todavía está dormido, pero sus músculos están tensos y tensos, con las manos apretadas en puños a los lados. Sus ojos están bien cerrados y está gimiendo palabras mientras duerme, los sonidos son apenas comprensibles.

—No —dice, moviendo la cabeza de un lado a otro—. No, por favor, déjame ir —luego una larga y tensa— mamá.

Miro su rostro y se ve envuelto en una mezcla de desesperación y desesperación. No tengo ni idea de qué hacer. Mi única experiencia de pesadillas es el hombre del saco con el que luchó mi hermano pequeño Dylan durante unos dos meses cuando tenía seis años.

Aaron hace otro sonido de tortura y, sin saber qué hacer, lo rodeo con los brazos y le acaricio el pecho mientras rezo para que termine su pesadilla. Finalmente lo hace, su cuerpo se relaja mientras el sueño se hace cargo. Me quedo despierta mucho tiempo después, todavía acariciándolo suavemente, hasta que finalmente, me duermo de nuevo.

—¿Cuándo vas a volver? —Liz se lamenta en el teléfono—. Me las arreglé para escapar de las mamás. Me estaban volviendo loca preguntar, pero no preguntar, cuando Brandon y yo planeamos casarnos.

—Jeje —me río alegremente, complacida de haber tenido una razón válida para evitar el almuerzo dominical de la familia Foster. Aunque me hubiera gustado ver a mi papá, Dylan, tío Taylor, quien siempre proclama que soy su sobrina favorita sin importar cuántas veces le recuerde que soy su única sobrina, y tía Becky, aunque ella siempre conspira con mi mamá, como si fueran los gemelos de la familia—. ¿Hicieron su ensalada de todo de la familia Foster? —Le pregunto a Liz.

—Arghh, no me lo recuerdes. Sin embargo, a Brandon le encantó. —Escucho el sonido de un beso—. Dice que se apresure a volver a casa, no está engañando a nadie para que piense que está haciendo algún trabajo allí.

—Dile que dije boo.

Ella ríe. —Te extraño, pero no te apresures a regresar solo por mí.

Después de colgar, Aaron levanta la vista de lo que está leyendo en su tableta. Se ve guapo y descansado. Su cabello ondulado brillaba, lo que me hizo querer pasar una mano por los sedosos mechones—. ¿Tu primo?

—Sí —respondo. Estamos de regreso en la ciudad, de camino de regreso al hotel después de pasar la mañana explorando la playa rocosa, tumbados al sol y haciendo el amor en la calidez del patio. No he mencionado su pesadilla y no estoy seguro de si debería hacerlo. No sé qué puedo hacer para ayudar, o si estoy equipado para hacerlo.

—Ella debe extrañarte —dice, todavía hablando de Liz.

—No, ella simplemente extraña tener a alguien a quien torturar con sus bromas. —Me río ante el ceño fruncido de Aaron—. Estoy bromeando, yo también la extraño.

Me considera por un momento. —Tal vez pueda animarte —sugiere—. ¿Cómo te gustaría ir a una fiesta esta noche?

—¿Una fiesta?

—Bueno, no es una fiesta en sí misma. Es la noche de gala de apertura del ballet de San Francisco.

¿Una gala? —¿No es gran cosa?

Él se encoge de hombros. —No estaba planeando ir, pero pensé que tal vez quisieras. Mi madre solía ser parte de la empresa antes de que la contrataran en Nueva York. Siempre he sido un padrino.

Mi primer pensamiento es que no tengo nada que ponerme para una gala de la alta sociedad. —Bueno, gracias por decírmelo ahora —le digo, con los labios fruncidos.

Sonríe ante mi petulancia. —No te preocupes por qué ponerte bebé, para eso están las hadas madrinas.

—Si fueras el hada madrina, Cenicienta nunca habría llegado al baile —bromeo—. Ni siquiera querría hacerlo, no con los orgasmos múltiples que tendría en el carruaje de calabaza.

—No arruinaría un cuento de hadas para niños solo por sexo —responde, riendo—, pero gracias por hacerme saber que crees que soy más deseable que el príncipe azul.

Me río suavemente. —Me encanta lo humilde que eres.

Sus ojos azules sostienen los míos. —¿Eso es todo lo que amas?

La pregunta es una repetición de la que le hice en una conversación anterior, así que repito las mismas palabras que respondió la primera vez. —No tienes idea.

Fiel a la promesa de Aaron, hay cajas de entrega en mi cama cuando regresamos a la suite. La caja más grande contiene un vestido cubierto con capas de tejido, otra contiene ropa interior y otra contiene zapatos a juego que son exactamente de mi talla. Saco el vestido de la caja, sintiendo el exquisito material rozar mi piel. Es un vestido de color morado oscuro hecho con la seda más suave y lujosa. Sosteniéndolo contra mi cuerpo, camino hacia el camerino contiguo para mirarme en el espejo. Es espectacular.

Después de colgar el vestido, regreso a mi habitación y encuentro a Aaron esperándome en la puerta. —Voy a estar en la biblioteca. Tengo una larga llamada que hacer.

¿En un domingo? Bueno, con todo lo que tiene que cuidar, probablemente trabaja todos los días. —Gracias por el vestido.

—Debería darte las gracias. Me salvarás de ahogarme en la alta sociedad, lo prometo.

—Puedo parecer feroz y mirar a cualquier mujer que se acerque a dos pies de ti.

—Eso sería ideal —dice, sus ojos azules serios. —Habrá algunas personas aquí más tarde para ayudar a prepararse.

Yo sonrío. —¡Hurra! ¡Mimos!

Parece divertido. —Me esconderé en la biblioteca hasta que se vayan.

—¿Le dan miedo los pinceles de maquillaje y los accesorios para peinar el cabello?

—No tengo miedo —hace una pausa—, solo desconfío de todo el proceso, aunque no tengo ninguna duda de que agradeceré los resultados.

—Lo harás —le digo con confianza.

—Como dije, no tengo ninguna duda. —No hace ningún movimiento para irse, apoyándose en el marco de la puerta mientras me mira. Hay una extraña media sonrisa en su rostro—. Una semana nunca me había parecido tan corta —dice finalmente, antes de dejarme aturdido con todas las posibles implicaciones e interpretaciones de esa simple declaración.

Las pocas personas de Aaron resultan ser un ejército de cinco del spa del hotel. Llegan después

de que finalmente termine de trabajar en los comentarios de Mark y le envié el segundo borrador del artículo, para que pueda leerlo a primera hora el lunes por la mañana.

Después de tomar una ducha rápida, me dan el tratamiento de cabello, uñas y maquillaje. Para cuando terminan, me veo y me siento como una glamorosa estrella de Hollywood en la alfombra roja.

Cuando estoy lista, salgo de mi habitación y encuentro a Aaron esperando en la sala de estar. Al verlo, se me queda sin aliento en la garganta.

Es realmente injusto que un hombre tenga tanto, se vea tan perfecto, logre todo lo que tiene y aún así sea bendecido con un atractivo sexual tan increíble. Su esmoquin negro está perfectamente moldeado a su figura, como si estuviera hecho a medida para él, que probablemente así fue. Su cabello está peinado hacia atrás en elegantes ondas que se rizan en los extremos, pero los mechones de oro oscuro ya están encontrando la manera de salir del arreglo ordenado. Cuando entro a la habitación, se vuelve para mirarme, sus ojos brillan con sensual intensidad mientras viajan por mi cuerpo.

Avanza hacia mí, sus movimientos son seguros y elegantes. —Te ves deslumbrante. —Sus ojos no intentan ocultar el hecho de que a él le gustaría estar deslumbrando.

—Tuve ayuda.

Hace un sonido desdeñoso. —No. Esto es todo tuyo.

Mi estómago hormiguea por el cumplido, lo sigo fuera de la suite.

Hay una limusina en el piso de abajo, y una vez que estamos dentro, saca una caja de terciopelo negro del bolsillo interior de su chaqueta y la abre para revelar una gargantilla de diamantes relucientes y unos pendientes. Los colores son perfectos para mi vestido y son hermosos.

—Dios, es perfecto —susurro.

—Me alegra que pienses eso. —Saca la gargantilla de la caja—. ¿Puedo?

—Yo no... —miro la joya obviamente cara hacia él—. No creo que pueda aceptar esto.

Parece sorprendido. —¿Por qué no? Son solo joyas.

—Una pieza muy cara.

Me mira. —No te sentirías mejor si fuera barato.

—Ese no es el punto. —Hago una pausa—. ¿A cuántas mujeres has regalado joyas?

Hay una breve pausa antes de que responda. —Unas pocas.

—Bueno, esto me hace sentir como una de 'tus' mujeres, y no quiero sentir que me están dando regalos costosos por pasar tiempo contigo.

Él sonrío, sus dientes brillan de blanco en la penumbra del coche. —Incluso si tuviera alguna 'mujer', nunca te consideraría 'una de ellas'. —Sujeta la gargantilla alrededor de mi cuello, sus manos se demoran en mi nuca antes de tirarlas hacia atrás y darme los pendientes—. Considérelo un préstamo entonces, sólo por esta noche. Te quedan maravillosos.

La limusina nos deja y subimos un tramo de escaleras hasta la entrada del edificio público donde se lleva a cabo la recepción y la cena previas al espectáculo. Hay luces intermitentes por todas partes cuando las cámaras se apagan. Entramos en el vestíbulo, donde se sirven cócteles, y veo algunas caras famosas. Hay políticos y estrellas de Hollywood generosamente esparcidos entre los magnates con trajes de diseñador, esposas trofeo llenas de diamantes, así como mujeres poderosas con el aura de confianza que solo proviene de enfrentar al mundo en sus propios términos. Aaron navega por un camino cortésmente reservado a través de todos ellos, deteniéndose para una palabra aquí, un apretón de manos allí y un cumplido para algunas de las mujeres.

Me estoy divirtiendo, bebiendo champán mientras veo a Aaron entablar una conversación

ligera con una pareja que acaba de presentarme, cuando un hombre que, aunque guapo, parece que ya ha bebido demasiado, se interpone directamente en nuestro camino.

—Supongo que ahora tienes más motivos para estar en San Francisco —le dice a Aaron, su expresión prácticamente goteando de odio. Se vuelve para mirarme, sus ojos viajan insolentemente arriba y abajo de mi cuerpo—. Algo más que has comprado, supongo.

—Tienes que aprender a controlar tu lengua si no quieres que te rompan la nariz —responde Aaron, su expresión conserva la máscara de cortesía a pesar de que puedo escuchar un peligroso mordisco en su voz—. Ya perdiste demasiado para arriesgarte a perder esa linda cara tuya también, ¿no es así, Sinclair?

Reconozco el nombre incluso cuando el hombre palidece, frotándose involuntariamente la nariz en cuestión, antes de darse la vuelta y alejarse. Evans Sinclair, antiguo propietario del Gold Dust Hotel.

Aaron observa su forma en retirada con ojos duros e intransigentes, y recuerdo la advertencia de Jim sobre su crueldad en los negocios. —Bueno, esa es una persona a la que no le gustas —digo a la ligera.

—Da la casualidad de que es una persona cuya buena opinión puedo prescindir.

—Hey Red —dice una voz familiar detrás de mí. Me doy la vuelta y veo la amplia sonrisa y los ojos amistosos de Cameron McDaniel—. No me digas que todavía estás saliendo con este —asiente en dirección a Aaron.

Le devuelvo la sonrisa. —Odio decepcionarte, pero todavía lo estoy.

Sacude la cabeza en un exagerado gesto de pesar—. Más es una lástima —entona.

—Cállate y deja de hablar mal de mí —dice Aaron afablemente. Se sonríen el uno al otro y se abrazan rápidamente, antes de que Aaron se vuelva hacia la mujer que está al lado de Cameron, una mujer de cabello oscuro ligeramente constituida cuya barriga tiene una ligera redondez que apunta a un embarazo temprano.

—Hola Jules —dice, besándola en ambas mejillas—, ¿cómo estás?

—Preñada. —Suspira y se vuelve hacia mí—. Soy Jules McDaniel, la esposa de Cameron.

Sarah Foster. Estoy aquí con Aaron.

—Bueno. —Toma mi mano y se vuelve hacia su esposo y Aaron—. ¿Dónde está nuestra mesa, o ustedes dos planean mantener a una mujer embarazada de pie toda la noche?

Es casi cómico la forma en que sus palabras los impulsan a actuar. Empiezan a buscar la mesa, contando con la ayuda de un acomodador, que revisa su gráfico y nos lleva a una mesa cerca del podio elevado, donde se muestra una presentación de diapositivas de bailarines en una pantalla enorme.

La mesa está vacía excepto nosotros. Mientras Cameron está ocupado sacando un asiento para Jules, aparecen dos adiciones para unirse a nosotros.

—Me alegro de que pudieras hacerlo —le dice a Aaron el hombre mayor de aspecto distinguido con cabello corto plateado y ojos brillantes antes de que sus ojos se dirijan hacia mí—. Por favor, preséntame a tu adorable compañera.

Aaron nos presenta. El hombre es Nelson Bledsoe, un multimillonario de los cosméticos hechos a sí mismo, que hizo su fortuna desarrollando y vendiendo una línea de productos para el cuidado de la piel y el cabello para hombres. También es patrocinador de la compañía de ballet. Mientras Aaron habla, la compañera del hombre, una hermosa chica de cabello oscuro con piel aceitunada, ojos endrinos y un llamativo vestido rojo de sirena, nunca quita los ojos de él.

Mientras todavía me pregunto si ella es su novia trofeo, Nelson se vuelve hacia Aaron. —Estoy seguro de que no recuerdas a mi hija Davina. La conociste una vez.

—En el funeral de mi padre hace diez años —dice Aaron, mirándola—. Has cambiado.

Ella sonríe. —Y tú también.

Algo en el intercambio me pone nervioso. Hace diez años, Aaron tenía diecinueve años, y dado que la chica parece al menos unos años más joven que yo, eso la pone en unos doce o menos, así que definitivamente nada podría haber pasado entre ellos en ese momento. Aun así, hay algo en la forma en que lo mira que me hace pensar que tal vez quiera mucho más de esta reunión que solo un saludo.

—Davina sirvió en la junta directiva de la gala de este año —dice su padre con orgullo—. Ella es ahora un cisne por derecho propio.

—En San Francisco al menos —dice Davina, en un tono que me hace pensar que está más interesada en conquistar el resto del mundo.

—Sentémonos. —Nelson saca una silla para su hija mientras Aaron hace lo mismo por mí. No puedo evitar notar que Davina está del otro lado. Él le dice algo y ella sonríe, y siento que una fina pizca de celos se abre paso a través de mi estómago.

Es ridículo, me digo a mí mismo, ignorando el rico sonido de la risa de Aaron mientras habla de algo con Nelson. No tengo absolutamente ninguna razón, ningún derecho a estar celoso. Me vuelvo hacia Jules a mi otro lado. Pregunta por mi vestido, mientras mira con nostalgia las copas de champán que se consumen alrededor de la mesa. Respondo sus preguntas. Mientras Cameron se une a la conversación que Aaron tiene con Nelson, Jules me cuenta sobre su trabajo en la gestión de restaurantes, a través del cual conoció a su esposo.

Escucho a Aaron reír de nuevo y me vuelvo para mirarlo, admirando la belleza cruda de su perfil. En ese momento, me mira y me sorprende mirándome. Sus penetrantes ojos azules sostienen los míos, y busca mi mano debajo de la mesa, apretándola suavemente. En ese momento, somos solo nosotros dos, nadie más existe, nadie más importa.

Me aparto de su mirada, sintiéndome confusa y emocional.

—Entonces, Sarah —dice Nelson desde el otro lado de la mesa con una sonrisa en mi dirección—. ¿Cómo compararías la nueva versión de San Francisco con Swanson Court en Nueva York?

—No he visitado el hotel de Nueva York mucho, pero por lo que he visto, diría que San Francisco tiende más hacia el lujo moderno, mientras que Nueva York es una elegancia atemporal.

—Así es —Nelson asiente.

—El lujo moderno es el concepto exacto que teníamos en mente para la renovación —agrega Aaron—. Es muy gratificante que Sarah piense que lo logramos.

Lo miro a los ojos, y él me mira, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios. —Su equipo hizo un trabajo excelente al resaltar el concepto en su diseño.

—Aaron vive en Swanson Court —dice Davina intencionadamente, sus ojos en mí—, si no han pasado mucho tiempo allí, entonces ustedes dos no son muy cercanos.

'Oh, estamos cerca', quiero decirle, solo para borrar la sonrisa de su rostro, pero resisto el impulso. —Estamos tan cerca como debemos estar, solo estoy escribiendo un artículo sobre su hotel.

—Hmm —sonríe—. Por supuesto.

—Aaron tiene una habilidad especial para construir hoteles que la gente no puede resistir —me dice Nelson—. Su padre estaría muy orgulloso de él. Preston tenía todos estos sueños de expandir los hoteles de Swanson Court, y Aaron los está dando vida.

Se despierta mi interés. —¿Conocías al padre de Aaron?

—Sí, lo hice —dice—. Preston y Alicia eran buenos amigos míos, y eran espectaculares, te lo

digo. Alicia era el orgullo de la Compañía de Ballet de Nueva York, y Preston, bueno, era Preston. Recuerdo cuando Alicia bailó Odette en El lago de los cisnes. Fue fenomenal. Creo que Gilt Style hizo un artículo sobre ella, la llamó 'El cisne de Nueva York'.

Aaron todavía sostiene mi mano y siento que sus dedos se ponen rígidos. Luego me suelta la mano y coloca la suya sobre la mesa, volviendo la mirada hacia la exposición de imágenes en la gran pantalla. Su rostro está repentinamente en blanco, su expresión inescrutable. Recuerdo la pesadilla que tuvo anoche. Toda la charla de Nelson sobre sus padres solo puede ser despertar los dolorosos recuerdos del día en que perdió a su madre.

Sintiéndome triste por él, me las arreglo para cambiar de tema, llevando a Nelson a las conversaciones sobre su empresa. La comida es servida por solícitos camareros mientras los patrocinadores y los presidentes dan sus discursos. Más tarde, todos nos trasladamos a la casa de la ópera al otro lado de la calle donde se llevarán a cabo las actuaciones de la noche de apertura.

Desde el momento en que se levanta el telón por primera vez, hasta el final de la última función, el público está paralizado. Disfruto de las actuaciones, pensando que a Liz le hubiera encantado verlas. También me preocupa Aaron, al ver cómo podría recordar a su madre.

Después de las últimas funciones, tenemos que volver al otro lado de la calle para la fiesta posterior. Aaron me lleva a la pista de baile, su mano en mi cintura moldea mi cuerpo con el suyo mientras se mueve al compás de la balada lenta que un cantante popular está cantando desde el escenario.

Descanso mi cabeza en su pecho, inhalando el seductor aroma de su colonia, la pericia con la que mueve su cuerpo me hace pensar en lo bien que la usa para dar placer.

—¿Disfrutando? —Me susurra la pregunta al oído.

Lo miro. —Lo estoy

Asiente y continúa guiándome en el baile.

—¿Estas disfrutando? —Pregunto, todavía mirándolo a la cara.

Su sonrisa es sensual. —Tengo mucho que esperar.

Las palabras me hacen temblar de anticipación, porque sé exactamente de lo que está hablando, y siento lo mismo.

Respiro, sabiendo que debo cambiar de tema antes de que la lujuria que de repente está creciendo en mi cuerpo se apodere de mí por completo.

—Cuando Nelson estaba hablando de tus padres antes... —comienzo, casi vacilando cuando fruncen el ceño, pero sigo adelante—. Yo solo... leí sobre ti en Internet, así que obviamente encontré algunas noticias. Noté que estabas molesto. No sé cómo se siente perder a alguien, pero lo siento.

Él suspira. —No estaba molesto. Preferiría no pensar en eso.

Asiento con la cabeza. —Puedo imaginar.

El niega con la cabeza. —No puedes. Realmente no. —Mira al frente—. Todos estaban enamorados de ella, ¿sabes? Todos y cada uno de los hombres de su círculo, incluido Nelson Bledsoe. Pero estaba loca por mi padre. Los rumores la volvieron loca. No importa cuántas veces le dijera que eran mentiras. Si él no estaba frente a ella, se ponía celosa imaginando que estaba con otra persona.

Había leído los rumores de los tabloides sobre los asuntos de Preston Court. Habría sido tan fácil para alguien creerles, especialmente alguien que lo amaba.

—El día que tuvimos el accidente, un cuerpo ocupado la llamó por otro rumor. Mi padre había decidido recientemente ampliar los hoteles. Estaba tratando de adquirir una propiedad en Los Ángeles. Ella no esperó a escuchar su versión. Se quitó el anillo y dejó una nota, luego nos metió

en el auto con todos nuestros libros y juguetes favoritos. Así que sabía que, adondequiera que íbamos, no volveríamos en mucho tiempo. —Toma una respiración profunda—. Nunca supimos adónde pretendía llevarnos. Coche chocó. Ella murió. Fin de la historia.

Lo miro, incapaz de procesar lo doloroso que debe haber sido. —Aaron...

—Allan no pronunció una palabra durante los siguientes cinco años —continúa sin emoción—. Mi padre nunca fue el mismo. A la gente le gusta decir que se convirtió en un recluso, pero la verdad es que nos abandonó a Allan ya mí en el hotel bajo el cuidado del personal y se encerró en la casa de Sand's Point, tratando de beber hasta morir. Un invierno, salió de la casa en medio de la noche y salió al agua. Para cuando lo encontraron por la mañana, ya era demasiado tarde. Murió de hipotermia, a los cuarenta y nueve, a unos metros de una casa cálida.

—Lo siento mucho —le digo, sintiendo la insuficiencia de las palabras incluso mientras las digo. Que una persona tenga tanto dolor, tantas heridas... no puedo ni empezar a comprender. Un instinto abrumador para consolarlo se apodera de mí, y aprieto mis brazos alrededor de él, sosteniéndolo cerca mientras bailamos. Él no se aparta, así que pongo mi cabeza en su hombro, sintiendo el tranquilizador latido de su corazón, tan cerca de mí.

—No sé por qué te dije todo eso —le escucho decir—. No deberías pensar demasiado en eso. Todo es historia antigua.

Lo miro. —Pero sueñas con eso

Él se pone rígido. —¿Qué?

Tomo un respiro, preguntándome cómo tomará el saber que fui testigo de su dolor. —Anoche, estabas soñando y dijiste algunas cosas. No quería despertarte porque tenía miedo de que no volvieras a dormir. —Hago una pausa—. Es por eso que casi no duermes, ¿no? Porque todavía sueñas con eso.

No responde, pero retrocede un poco, poniendo cierta distancia entre nosotros.

—¿Has hablado con alguien al respecto? —Pregunto, sin querer dejar el tema.

Me considera por unos momentos. —Olvida eso —dice finalmente.

Arrugo la frente. —Solo estoy tratando de ayudar.

—No necesito tu ayuda —dice en voz baja—, y para que quede claro, no es de tu incumbencia.

Mi cuerpo se pone rígido ante las palabras que firme y resueltamente me ponen en mi lugar. No es asunto mío porque, independientemente de todo el tiempo que hemos pasado juntos, sigo siendo solo una chica con la que se está acostando.

Trago, sin querer reconocer la opresión en mi estómago, el fragmento de dolor se alojó de repente en mi pecho. Obligo una sonrisa a mis labios—. Tienes razón, no lo es.

Después de eso, bailamos en silencio, hasta que Nelson interviene, dejando a Aaron libre para darle a Jules McDaniel algunos giros en la pista.

Bailo con Cameron, y luego con otro hombre, y otro más, decidido divertirme. El cantante abandona el escenario y un DJ se hace cargo. El ritmo de la música se acelera y bailo con un hombre de pelo blanco que me hace girar una y otra vez con demasiada energía para alguien de su edad.

Puedo sentir los ojos de Aaron sobre mí la mayor parte del tiempo, pero lo ignoro. Incluso cuando veo que los cisnes convergen sobre él, las hermosas socialites que habían presidido la gala, me obligo a mirar hacia otro lado. No puedo fingir, ni siquiera para mí misma, que sus palabras no me han hecho daño. ¿Por qué me importa tanto? ¿Y qué si no quería abrirse conmigo? No debería importar, y no lo haría, si hubiera mantenido mis sentimientos fuera de nuestro arreglo.

Cuando me canso, salgo del salón de baile para buscar el baño de mujeres. Frente al gran espejo sobre los lavabos, hago lo mejor que puedo para retocarme el maquillaje antes de regresar

al pasillo. Casi de inmediato, veo a Aaron en un extremo de la habitación con Davina Bledsoe, quien obviamente está coqueteando con él.

No me importa. Después de esta noche, es libre de perseguirla hasta los confines de la tierra si eso es lo que quiere. De hecho, decido, puede empezar ahora mismo si quiere. No hay nada que me impida salir de este lugar. Me giro hacia la entrada y camino solo dos pasos antes de que alguien bloquee mi camino.

Es el hombre burlón de antes. —No nos presentaron antes —dice, inclinándose hacia mí—. Soy Evans Sinclair.

Retrocedo ante el fuerte olor a alcohol en su aliento. —Lo sé.

—Bueno, entonces me tienes en desventaja. ¿Cuál es tu nombre?

—Sarah Foster.

—Así que Sarah Foster. ¿Por qué no bailamos un poco tú y yo?

—Lo siento —me las arreglo con una sonrisa educada—. Estoy cansada.

—Vamos —engatusa—. Si puedes apagarélo a Aaron, entonces puedes hacer lo mismo por mí.

Lo miro de arriba abajo, la molestia por su rudeza me hace querer decirle algo desagradable, pero me controlo. —Ve a buscar a alguien más a quien insultar —le digo con desdén—, sólo me estás aburriendo.

Por un momento, parece sorprendido. Luego mira al otro lado de la habitación donde Aaron todavía está hablando con Davina.

Él sonríe. —Ya te ha abandonado, ¿no? Y te estás follando con él. Bastardo. Hace unos meses, esa era mi hermana. La ha estado follando durante años, le dijo que la amaba. Luego, en el momento en que consiguió que convenciera a la junta de mi hotel para que me lo vendiera, la dejó caer como la patata caliente y maloliente que es. La perra.

Él tiene una expresión de odio en su rostro mientras habla, su ira sale de él en oleadas. De repente tengo miedo de que me lastime, solo para fastidiar a Aaron. Quiero decirle que no valdría la pena, porque a Aaron obviamente no le importo un comino.

—No sé por qué me estás diciendo esto —le digo en un tono mesurado—. No es asunto mío.

—Eres una cobarde además de una puta, ¿no? Ni siquiera puedes enfrentar la verdad sobre el hombre con el que te estás follando.

—No sé quién te crees que eres, pero no vuelvas a insultarme. —Lo empujo, esquivando la mano que me tiende para sujetarme. ¡Qué idiota!

Acecho hacia la entrada. Los fotógrafos se han ido, y sin la aglomeración de personas y coches de antes, hace frío y viento. Estoy a punto de sacar mi teléfono de mi bolso y tratar de encontrar una manera de conseguir un taxi, cuando Aaron aparece a mi lado.

—¿A dónde vas?

—¿Que te importa? —Solté sin mirarlo.

Hay una breve pausa. —¿Que se supone que significa eso?

—Deberías volver allí. Estoy segura de que Davina está esperando, y parece que disfrutas coqueteando con ella. No me importa. Simplemente no quiero sentarme ahí y soportar ser acosado por alguien que odia tus tripas.

Su mandíbula se aprieta. —¿Qué te dijo Sinclair?

—¿A quién le importa? Ya lo he olvidado. —Lo miro a los ojos—. Como todo lo demás sobre ti, realmente no es asunto mío.

Su rostro se vuelve granito. —Bien —dice—, quieres irte, vámonos. —Saca su teléfono para llamar al chófer y la limusina llega casi de inmediato. Entro, me quedo en mi lado del coche y miro con determinación por la ventana. Mañana estaré de vuelta en casa, me sigo diciendo a mí

misma, y luego podré dejar todo esto atrás. Nunca tendré que volver a verlo.

La idea de no volver a verlo me duele tanto, mis ojos comienzan a doler con lágrimas sin derramar.

En el Rosemont Royal, lo dejo en el coche y me apresuro a cruzar el vestíbulo, llegando al ascensor antes de que me alcance. Cuando se une a mí, me alejo de él lo más que puedo, sin apartar la vista del panel de visualización. Puedo sentir sus ojos sobre mí, pero lo ignoro.

Tan pronto como las puertas del ascensor se abren a la suite, empiezo a caminar hacia mi habitación.

—Sarah. —Su voz me hace detenerme en seco.

Lentamente, me vuelvo hacia él. —¿Qué?

Él suspira. Mira, lo que sea que te haya dicho Sinclair... lo siento. Él me odia a mí, no a ti, y él realmente no importa.

—Sí... y yo tampoco, ni esto... lo que sea que estemos haciendo. No importa, porque mañana volveremos a casa y se acabará. —Suspiro—. Lo que es lo mejor de todos modos.

Permanece en silencio durante un largo rato. —Si estás tan ansiosa por que termine —dice finalmente, con la voz fría—, no tenemos que esperar hasta mañana.

—¿Es eso lo que quieres? —Yo solicito—. ¿Es por eso que me dijiste tan sin rodeos que tus pesadillas no son de mi incumbencia y luego pasaste el resto de la noche coqueteando con todos los miembros de la alta sociedad en San Francisco?

—En primer lugar, sí, creo que mis pesadillas son mi problema. Me he ocupado de ellos durante veinte años. Y para responder a tu pregunta, he hablado con personas (terapeutas, médicos, etc.) y no me han ayudado en nada. No pedí tu lástima, Sarah, y no la necesito.

Pregunté porque me importaba. Realmente me importaba, y escucharlo descartarlo como lástima es hiriente.

No ha terminado. —Y no estaba 'coqueteando' con nadie. Así que no hay razón para que estés celoso.

—No hay razón para que yo esté celoso —respondo, enojado conmigo mismo porque él tenía razón, había estado celoso—. ¿Por qué lo sería? Solo eres un chico con el que estoy teniendo sexo, por ahora.

Su mandíbula se aprieta y titubeo. Las palabras están tan lejos de lo que realmente siento que casi las retiro, pero mi resentimiento gana y yo no.

—Gracias por aclarar eso —dice en voz baja.

Cruzo los brazos y me encuentro obstinadamente con la ira en sus ojos. —Nunca debería haber estado en duda.

—Por supuesto que no —sus movimientos son espasmódicos cuando comienza a aflojarse la corbata—. Después de todo, hace solo unos días estabas entreteniéndome a tu ex novio. ¿Estabas solucionando tus problemas? ¿Decidiendo que cometiste un error al aceptar venir aquí conmigo? ¿Arreglando cómo volver a estar juntos una vez que esta pequeña y molesta situación conmigo estuviera fuera del camino?

—Tal vez lo estábamos —le escupí.

Su rostro se endurece. —Entonces debes ser un glotón para el castigo —dice con desdén—. ¿Por qué no vas con él ahora? Haz las maletas, el avión te llevará a reunirse con él donde quiera que esté. Puede que tengas que competir con otra mujer por su atención, pero no sería la primera vez, ¿verdad?

Las cosas que está diciendo, el desdén en su voz... Me trago mi dolor. Vete a la mierda, Aaron. Girando sobre mis talones, comienzo a irme, pero él me detiene con una mano en mi

cintura, tirando de mí contra su cuerpo.

—Tengo y lo haré —rechina—. No vas a ir a ningún lado, Sarah. Te vas a quedar aquí y te voy a hacer correrte, una y otra vez, con mis manos y mi boca, y luego te follaré como es debido solo para recordarte que cuando estás conmigo, no hay espacio para él.

Con su proximidad y sus palabras, mi cuerpo ya se ha convertido en un deseo líquido, pero prefiero morir antes que rendirme ante él. —¿Por qué estás tan preocupado por él? —Le pregunto acaloradamente—. ¿Por qué te preocupas tanto?

—¿Por qué? —enhebra sus dedos en mi cabello y levanta mi cara hacia la suya. Con su otra mano, recoge mi vestido, sus dedos encuentran su camino entre mis piernas—. Porque ahora mismo, eres mía.

Sus dedos comienzan a acariciarme a través de mis bragas, el brillo sensual en sus ojos, me dice que él es consciente de lo húmeda que ya estoy, cuánto lo deseo, incluso ahora. Sus dedos se mueven y mis caderas se mueven involuntariamente. —No soy tuya —le escupo.

—¿No es así? —Tira de la entrepierna de mis bragas a un lado, sus dedos se mueven sobre mi sexo húmedo—. Estás tan excitada —continúa, antes de hundir sus dedos dentro de mí, haciéndome jadear de sorpresa y placer. Con su otra mano, desabrocha mi vestido, liberando el corpiño lo suficiente como para bajarlo junto con mi sostén sin tirantes. Mis senos están agitados, las puntas rosadas están completamente extendidas. Un sonido se le escapa, la mezcla de agravio y excitación es igual a lo que estoy sintiendo—. ¿Te hace sentir así? —Aaron continúa, sus dedos me vuelven loco—. ¿Te da tanta hambre de follar incluso cuando sabes que deberías estar enojado?

No puedo pensar más allá de sus dedos dentro de mí, su boca caliente mientras se inclina para tomar un pezón entre sus labios. Pero no estoy listo para dejar ir mi ira. —Tal vez lo haga —me burlo—, tal vez estoy pensando en él ahora mismo.

Su mano se pone rígida y siento sus dedos presionar profundamente dentro de mí, hasta que puedo sentir sus nudillos presionando contra la superficie húmeda de mi sexo. Involuntariamente, mis caderas se mueven, frotando mi cuerpo contra su mano.

—No quieres decir eso —advierte.

—¿No es así? —Obligo una risa sin aliento—. Quizás pienses que eres el único al que se le permite ser un idiota.

Me suelta, sus dedos se apartan de mí mientras deja que mi vestido caiga al suelo. Me balanceo ligeramente, incapaz de mantener el equilibrio sobre mis pies, y mi mano se extiende para estabilizarme en el respaldo del sofá. Mi cuerpo está latiendo, a centímetros de correrse, mis pechos expuestos me duelen con cada respiración profunda que tomo.

Su rostro está tenso por el control, y puedo ver la dura cresta de su erección en sus pantalones, pero no se mueve hacia mí. Realmente me va a dejar así.

Furiosamente, alcanzo detrás de mí y bajo la cremallera de mi vestido por completo, lo arranco y lo armo una bola enorme antes de arrojarla a la cara de Aaron. —Vete a la mierda. —Le lanzo las palabras.

Avanza hacia mí, su movimiento es rápido como un rayo. En un momento está parado frente a mí, al siguiente, estoy inclinado sobre el respaldo del sofá. —Ya dije que iba a hacerlo —su susurro es áspero contra mi oído.

Escucho el sonido de su hebilla y el rasgado de la tela cuando me arranca las bragas. Al momento siguiente, está probando mi sexo húmedo con su polla, sin darme ninguna advertencia antes de que se sumerja profundamente dentro de mí.

No hay dulzura en lo que está haciendo, y es exactamente lo que necesito. Me folla duro,

levantando mis brazos y uniendo mis muñecas. Con cada embestida, mis pezones se frotran ásperamente contra el cuero del sofá. Me siento impotente, sin huesos, como si nada importara más que su polla dentro de mí, estirándome, acariciándome, prendiéndome un fuego dulce y caliente.

Se inclina sobre mí, agarra mi cabello y gira mi cabeza hacia un lado.

—Mírame —ordena.

Hago lo que dice, gritando con cada fuerte empujón. Su rostro se dibuja en una expresión de absoluta excitación. —Quiero que estés seguro de quién te está follando en este momento —dice, su voz áspera mientras bombea con fuerza dentro de mí.

Mis ojos se ponen vidriosos y dejo escapar un largo gemido. —No pares —le ruego.

Libera mi cabello y aprieta uno de mis senos. —Te gusta, ¿no?

Me tiemblan las caderas. —Me encanta —me quejo, cerca de correrme.

—¡Mierda! Sarah —gime en voz alta, cada vez más duro dentro de mí—. ¡Mierda, mierda, mierda!

La indefensa excitación en su voz me envía al límite. Grito, mis piernas cedieron cuando me corrí. Continúa golpeando dentro de mí, su mano apretándose sobre mi pecho y un profundo gruñido brota de sus labios mientras explota dentro de mí.

Entierra su rostro en mi cabello. —Sarah. —Dice mi nombre como si fuera una oración—. Dios, Sarah. No tienes idea de cómo me haces sentir. No tengo idea de lo loco que me vuelves.

Mi cerebro está nublado, incapaz de concentrarme, pero sus palabras penetran en mi mente nublada. ¿Cómo lo hago sentir?

Me levanta y me toma en sus brazos. —Lo siento —susurra—. Perdí la cabeza por un momento. Pero pensar en ti con él, recordar que ustedes dos tuvieron ese momento acogedor en el salón el día que regresé de Nueva York... Me hace sentir... —busca la palabra correcta.

Recuerdo lo que sentí antes, cuando estaba hablando con Davina Bledsoe, y giro mi rostro para mirarlo. —¿Celoso? ¿Posesivo?

Él se ríe. —Loco. ¿Enfurecido?

Suspiro, la confusión y la tristeza se apoderan de mí. Me lastimó al despedirme cuando le pregunté sobre sus sueños, y me lastimó de nuevo arrojándome a Jim en la cara. Yo también lo había lastimado, burlándome de él con Jim. Pero no deberíamos haber podido lastimarnos el uno al otro. Toda la idea de nuestro arreglo había sido el sexo.

Tomo un suspiro estremecido. —Aaron —comienzo suavemente—. No estabas... No se suponía que debíamos sentir nada en absoluto.

—No —acepta en voz baja—. No lo estábamos.

Todavía me sostiene, y en el calor de sus brazos, comienzo a preguntarme qué tipo de oportunidad tenemos después de esta noche. Fui yo quien insistió en que nuestro arreglo solo duraría una semana. Pero él estuvo de acuerdo. Lo que tenía que significar que también era lo que él quería. ¿O lo hizo?

Me aparto de sus brazos. Estoy desnuda, con solo mi sostén colgando en algún lugar alrededor de mi cintura. Lo desengancha y lo deja caer al suelo. Está tan claro en mi mente que no quiero que este sea el final. Quiero decirle que quiero que sigamos viéndonos. Pero estoy asustado. La última vez que me abrí emocionalmente con un chico, me arrojó mis sentimientos a la cara.

Mirando a Aaron, sé que si alguna vez me rechaza, no podré soportarlo.

Enlazo mis brazos alrededor de su cuello. Si esta va a ser nuestra última noche juntos, entonces quiero aprovecharla al máximo. Tirando de su rostro hacia el mío, comienzo a besarlo. Sus manos se aprietan en mi espalda, sus dedos se flexionan mientras me empuja contra él.

Me levanta, todavía besándome mientras me lleva a mi habitación, donde se deshace rápidamente de la ropa que le queda.

—Soy adicto a tu cuerpo —dice casi con reverencia, pasando sus dedos por mis brazos—. No puedo tener suficiente de ti.

Suspiro y tiro de su cara hacia abajo para poder besarlo de nuevo. Todo mi cuerpo está temblando, no solo por la excitación, sino porque me siento tan emocionado, al borde de las lágrimas. Siento que me estoy rompiendo, y solo quiero que me toque, que me haga olvidar que la idea de perderlo me está volviendo loca.

Me acuesta en la cama, su boca traza un camino desde mis labios hasta mis pechos. Toma un pezón en su boca, succionando profundamente, mientras que al mismo tiempo desliza un dedo entre mis piernas, extiende mis labios húmedos y desliza un dedo sobre mi clítoris. Por su propia voluntad, mis piernas se abren más, abriéndose a él, y lo escucho gemir contra mi pecho.

Él levanta la vista de mi pecho. —Me encanta lo lista que estás siempre, lo húmeda. —Su voz es un susurro seductor mientras continúa jugando con mi clítoris. Sus ojos miran profundamente los míos, invitándome a ahogarme en sus profundidades incluso mientras sus dedos trabajan entre mis piernas, llevándome a otra ronda de dulce e impotente placer.

—Sí —gimo, moviendo mis caderas. Baja su cabeza hacia mis pechos, moviendo su boca de un pezón hinchado al otro, rozando la piel dolorida con los dientes.

Sumerge sus dedos dentro de mí, luego los saca, lentamente, mientras mi cuerpo se aprieta alrededor de ellos, anhelando más. Siento su erección contra mi pierna y casi me corro solo de pensar en él dentro de mí de nuevo.

Quitando sus dedos de entre mis piernas, se mueve más abajo en la cama, acariciando el interior de mis muslos ligeramente antes de envolver sus manos alrededor de ellos y mantenerlos separados mientras inclina la cabeza para acariciarme con su lengua.

Casi exploto de placer. Su lengua se mueve con movimientos seguros, lamiendo mi clítoris y luego chupando profundamente. El calor se esparce como llamas por mi cuerpo, súplicas incoherentes escapan de mis labios mientras le suplico que nunca se detenga. Cuando sus dedos se unen a su lengua, siento como si estuviera al borde de la locura. Mis dedos agarran las sábanas. Mis caderas se mueven incontrolablemente contra su boca, un grito apretado se me escapa mientras me pierdo en un clímax estremecedor.

Levanta la cabeza y observa mi rostro mientras me recupero. Me levanto de la cama, poniéndome de rodillas mientras lo empujo para que se acueste de espaldas. Su polla está erecta, mirando hacia arriba como un mástil grueso y duro. Apoyando mis manos en su pecho, me siento a horcajadas sobre él, bajando lentamente mi cuerpo hasta que está completamente envainado dentro de mí.

Sus caderas se mueven hacia arriba, un pequeño gemido escapó de sus labios. —Te sientes tan bien —dice.

Su mano agarra mi cadera mientras me muevo y luego me deslizo hacia abajo. Abre los labios. —Joder —respira.

Mi cuerpo se aprieta a su alrededor mientras lo vuelvo a montar. Gotas de sudor en mi piel, y sus gruñidos bajos se mezclan con mis suaves gemidos. Agarra mi cintura, manteniéndome quieta mientras apoya su espalda en la cama, golpeando sus caderas hacia mí. Me está follando tan fuerte, tan rápido, convirtiéndome en una masa indefensa de placer cálido y ardiente. Mi cuerpo comienza a latir incontrolablemente, y luego exploto, cayendo en espiral en un mar de puro éxtasis.

Sus manos se aprietan alrededor de mi cintura, sus caderas bombean mientras empuja

profundamente dentro de mí con un gemido explosivo. El movimiento levanta mis rodillas de la cama, y siento el calor mientras él derrama su placer dentro de mí. Caigo sobre su pecho y sus brazos me cubren, sosteniéndome contra él. Casi me quedo dormido cuando él se mueve, me pone de lado y me cubre con las mantas. Luego recoge su ropa del suelo y se pone los pantalones antes de salir de la habitación y de mí.

CAPÍTULO 16

Salimos para Nueva York al día siguiente, después de pasar la mañana en el Gold Dust, que en una semana ha avanzado tanto que a mis ojos está listo para la gran inauguración. Solo puedo asumir que la presencia de Aaron tuvo algo que ver con el rápido progreso, ya que aún faltan semanas para la noche de apertura.

Aaron apenas me dice una palabra, incluso en el vuelo de regreso. Aparte de unas pocas palabras amables, bien podríamos volver a ser extraños.

¿Qué esperaba después de anoche? Hicimos el amor. Se había ido, y obviamente había sido su forma de despedirse. De decirme que lo que sea que teníamos, se acabó anoche.

La verdad es que tampoco tengo ganas de hablar. Cuanto menos nos digamos el uno al otro, menos tendré la tentación de insistir en las cosas que ambos dijimos en el fragor de nuestra pelea y después. No quiero esperar que tal vez, solo tal vez tengamos algo que se pueda convertir en una relación real. Es más seguro seguir con el arreglo original, un poco de tiempo juntos y luego un descanso limpio. Es lo que pedí. Es lo que quería. Solo que ahora no siento que esté obteniendo lo que quiero. Siento que estoy perdiendo algo que nunca podré reemplazar.

Su chofer está en el aeropuerto para recogernos, el mismo que me llevó al aeropuerto cuando iba camino a San Francisco. ¡Dios! Qué diferente me había sentido ese día, emocionada por lo que me esperaba y seguro de que después, fácilmente podría alejarme.

Qué equivocada había estado.

De camino a mi apartamento, el silencio continúa. El conocimiento de que salir del coche significaría el final de lo que teníamos, me llena de algo cercano al pánico. Es irrazonable, y lo dejo en el fondo de mi mente, concentrándome en otros pensamientos, como lo feliz que estaré de ver a Liz. Cualquier cosa que no sea él.

En mi edificio, tan pronto como el coche se detiene, alcanzo la manija de la puerta. Joe ya está sacando mis cosas del maletero para llevarlas a mi puerta. No quiero esperar con la esperanza de que Aaron diga algo para cambiar la dirección en la que vamos. Cuanto antes me aleje de él, antes podré empezar a enfrentar el hecho de que lo que sea que teníamos se acabó.

—Sarah.

Hago una pausa, mi mano todavía en la manija de la puerta mientras me giro hacia él. Es difícil mirar su rostro perfecto, el cuerpo sensacional vestido con otro hermoso traje, y no sentir un dolor insoportable por el hecho de que nunca podré volver a tocarlo. Mi mente se inunda con todas las cosas que quiero, lo que me emociona. Quiero que me diga que quiere volver a verme. Quiero decirle que no estaba pensando bien cuando exigí que nuestro arreglo durara sólo lo que duraría el viaje. Quiero que me diga que tenemos algo que es mucho más que sexo. Quiero la confirmación de que no soy el único que siente algo que no pensaba sentir.

—¿Sí, Aaron? —Cómo me las arreglo para mantener todo lo que siento fuera de mi voz, no tengo ni idea, pero consigo sonar como si no me estuviera muriendo por dentro con la idea de dejar el auto, de dejarlo a él. Incluso consigo una pequeña sonrisa.

Sus ojos permanecen en mi cara. —Acerca de la semana pasada...

Respiro hondo. Aquí viene el adiós. Aquí es donde me decía que era genial y me despedía con unas palabras bonitas. No hay necesidad. Ya se despidió cuando salió de mi habitación anoche.

—Fue perfecto —digo rápidamente, interrumpiendo lo que sea que él quería decir. No quiero escuchar las palabras que me dirán que ha terminado conmigo—. La semana pasada fue exactamente lo que necesitaba.

Él asiente, luego se aleja de mí. —Me alegro que la hayas pasado bien.

Abro la puerta, hago una pausa y un instinto me hace volverme hacia él, inclinarme y darle un ligero beso en la mejilla. Su mano descansa sobre su rodilla y noto que los dedos se flexionan, pero no dice nada.

—Adiós Aaron.

—Adiós Sarah. —Cuando se vuelve para mirarme, las persianas están cerradas, sus ojos impersonales y tan remotos que podría ser un extraño.

Lo dejo y entro al edificio, subo a mi apartamento, donde Joe ha dejado mi equipaje en el suelo junto a la puerta.

Le doy una pequeña sonrisa. —Gracias, Joe. Puedo arreglármelas desde aquí.

Él asiente y me deja ahí parado. Entré al apartamento y Liz vuela a la sala de estar tan pronto como entro, corriendo por la habitación para envolverse en un cálido abrazo.

—¡Te extrañé! —ella llora con entusiasmo, antes de retroceder para mirarme a la cara—. ¿Estás llorando? —pregunta ella con el ceño fruncido.

—No, por supuesto que no —me obligo a reír—. No estoy tan feliz de verte.

Ella suspira. —Es él, ¿no? ¿Qué pasó?

Mi voz tiembla por las lágrimas no derramadas, y de repente no puedo contenerlas más. —No lo sé. Fue exactamente como lo planeé. No tengo idea de por qué estoy tan jodidamente triste.

—Oh cariño. —Liz me envuelve en otro abrazo—. Para de llorar. ¿Le dirá qué? ¿Por qué no meto tus maletas dentro? Entonces te prepararé algo caliente para beber y luego podrás contármelo todo.

* * * *

Tú sientes algo por él.

Esas fueron las palabras de Liz ayer, después de que le conté todo.

Tengo sentimientos por Aaron. Estoy enamorada de él. No era parte del plan, pero en algún momento del camino, la fuerte atracción física que sentía hacia él se convirtió en otra cosa. Algo que me hace pensar en pequeñas cosas sobre él y sonreír, incluso cuando la idea de que probablemente nunca lo volveré a ver me deja al borde de las lágrimas.

Me reúno con Mark Willis por la mañana, con algunas otras personas del equipo de características, así como con la gente de fotografía y copia. Hacemos un repaso final del artículo, luego comienzo la investigación para mi próxima tarea, haciendo todo lo posible por no pensar en Aaron.

No es que ayude. Cada pocos momentos, se arrastra en mis pensamientos, dejándome preguntándome qué está haciendo ahora, y si solo tal vez, él también está pensando en mí.

Probablemente no. Lo más probable es que esté ocupado adquiriendo otro hotel y olvidándose de que me conoció.

Unas pocas horas después del día, utilizo el servicio de mensajería de la oficina para enviar un paquete a la oficina de Aaron en Swanson Court Tower. Son las joyas que me regaló en San Francisco. Me había olvidado de devolvérselos antes de irnos, y el personal los había empacado con mi equipaje. Los envío con pesar, no por su valor monetario, sino porque él me los dio.

Pasé el resto de la mañana trabajando. A la hora del almuerzo, Chelsea y Sonali me invitan a unirme a ellos para poder darles el plato sobre Aaron Court. La oficina ha estado ocupada, especialmente desde que aparecieron en línea las imágenes de la gala benéfica. Ambos suplican y engatusan, pero yo me niego cortésmente, dando una excusa por tener que terminar un trabajo.

Cuando mi teléfono de escritorio suena unos minutos después de que se van, lo contesto, y es la recepción de la planta baja llamándome para decirme que me están enviando un paquete a mi oficina. Casi tan pronto como cuelgo el teléfono, llega el repartidor.

El paquete que me da contiene la caja que acabo de enviar a la oficina de Aaron. También incluye una nota en la papelería de Swanson Court, escrita con la firme letra inclinada de Aaron.

Guárdalos.

Solo eso. Me quedo mirando las palabras, la decepción me inundó. ¿Qué había estado esperando, alguna comunicación sincera para mostrarme que todavía significaba algo para él?

Bueno, no voy a guardar un regalo de un tipo que no se molesta en gastar más de dos palabras en mí.

Mi teléfono suena justo cuando estoy a punto de volver a llamar al servicio de mensajería de la oficina. No me importa que tenga que dar una explicación de por qué estoy usando las instalaciones de la oficina para cosas personales. Solo quiero que Aaron sepa que no necesito sus diamantes y que no recibiré órdenes de él.

Demasiado atrapada en mis pensamientos, deslizo mi teléfono para contestar sin mirar la pantalla.

—Hola —digo con impaciencia.

—Ni siquiera pienses en devolverlos. Los enviaré de regreso y puedo hacer esto todo el año.

Aaron.

Mi corazón casi se detiene. De alguna manera me había convencido a mí misma de que nunca volvería a escuchar su voz, que la deliciosa mezcla de timbre perfecto y suavidad áspera se había perdido para siempre. Me deleito con el sonido, queriendo guardarlo en algún lugar para poder escucharlo cuando quiera.

—¿Estás ahí?

Me recupero lo suficiente para darme cuenta de que tengo que decir algo. —Aaron —comienzo—. No puedo quedármelos. Acordamos que eran un préstamo.

—Y ahora quiero que los tengas.

¿Por qué? Casi le pregunto. ¿Necesitas darme algo que puedas considerar como pago por el tiempo que pasamos juntos? ¿Entonces no sientes que me debes nada? Bueno, no me debes nada. Soy una niña grande y sabía en lo que me estaba metiendo.

Excepto que no lo hice.

Cierro los ojos, mi garganta se aprieta. —No es suficiente que quieras que me los quede. Tal vez siempre consigas lo que quieres, pero esta vez...

—Sarah —interrumpe—. Detener. No llevo joyas caras en caso de que tenga que dar regalos a mujeres al azar. Los compré para ti —enfatisa la palabra—, porque pensé que te quedarían muy bien.

Estoy callada.

—Y al contrario de lo que te dije hace mucho tiempo —exhala audiblemente—, no siempre obtengo lo que quiero.

Trago, de repente confundida. ¿Qué quiere decir? Mis ojos van al paquete en mi escritorio. —No me los voy a quedar Aaron.

—Bueno. —Hay una breve pausa de su lado—. ¿Por qué no hablamos de eso entonces, cara a

cara?

El instinto de decir que no es derrotado por mi deseo de verlo, que es tan fuerte, que cualquier otro pensamiento se me escapa instantáneamente de la cabeza. Tengo que hacer una pausa y tratar de controlar mi cerebro. —No creo...

—Vamos a almorzar —sugiere—. Iré hacia ti. ¿Está bien?

¡Dios! Quiero verlo. Tan mal. —Está bien. Estoy libre a la una.

—Perfecto.

En los pocos minutos antes de la una, merodeo nerviosamente junto a mi teléfono, alisándome el cabello y revisando mi ropa. Cuando me llama para avisarme que está cerca de mi edificio, soy un desastre de nerviosismo, entusiasmo y deseo.

Abajo, está esperando en la acera, olas doradas arrastradas por el viento, su cuerpo sensacional vestido con otro traje perfecto. Está apoyado en el reluciente auto negro como una modelo ridículamente hermosa en una sesión de fotos.

—Oh, mierda. —Murmuro al verlo, un rayo de conciencia moviéndose a través de mí. ¿Por qué tiene que verse tan bien? ¿Cómo se supone que debo dejar de pensar en él cuando insiste en recordarme lo delicioso que es?

Se despliega del auto y me enfrenta, clavándome su intensa mirada azul. De alguna manera, me las arreglo para caminar hacia él sin desmayarme.

—Hola Sarah. —Sus ojos recorren mi rostro, tormentosos e intensos. La mirada va directo a mi núcleo, donde comienza un calor lento. Abre la puerta para mí, luego camina alrededor del auto para unirse a mí, acomodándose en el asiento a mi lado mientras Joe, quien nos conduce, se aleja de la acera.

Resisto la tentación de hacer una pequeña charla. Me siento demasiado como para fingir que me preocupan cosas como el clima o el tráfico. Él tampoco parece querer hablar. Sus ojos están al frente, sus dedos golpeando el apoyabrazos entre nosotros. Su rostro, cuando le echo una mirada, parece como si estuviera sumido en sus pensamientos.

—¿Cómo ha estado tu día? —pregunta, cuando el silencio se ha extendido hasta el punto de ruptura.

—Bueno. Solo trabajo.

El asiente. Luego se vuelve para mirarme, y sus ojos están ardiendo con un hambre que coincide con lo que estoy sintiendo. Atrapado en esa mirada, no puedo moverme, espero que él haga algo, me toque, me bese... Sé que no me resistiré, pero entonces Joe se detiene en la entrada de un edificio con fachada de vidrio y tenemos que irnos. el coche.

El almuerzo se realiza en un elegante restaurante cerca del último piso del edificio. Hay una excelente vista de la ciudad desde donde estamos sentados en una parte apartada del restaurante, protegida de otros almuerzos por una disposición creativa de muebles y plantas de interior.

Un camarero toma nuestro pedido y, mientras esperamos, trato de mantener mis ojos en la mesa, la vista, cualquier cosa menos Aaron. Me siento atraído por él, como una polilla a una llama, o como si él fuera un imán y yo fuera una pieza de metal indefensa.

Cuando finalmente tengo el coraje para mirarlo, sus ojos están puestos en mí.

Yo respiro. —Dijiste que querías hablar.

El asiente.

No ofrece más, así que empiezo. —No era necesario que viniéramos aquí debido a tus joyas.

—Tuyas —responde—. Te las di, pero no es por eso que estamos aquí. Quería verte.

Trago, en silencio, mientras la esperanza se aviva en mi pecho.

—Quería verte —dice de nuevo, sus ojos ardiendo en los míos.

Algo aprieta mi corazón. —¿Por qué? —Pregunto, mi voz suave.

—¿Por qué? —Se pasa una mano por el cabello y suelta una breve carcajada, pero no hay diversión en el sonido—. Porque te has metido debajo de mi piel de una manera que no pensé que fuera posible.

Me quedo en silencio, sin confiar en mí mismo para hablar.

—Quiero seguir viéndote —continúa—. No he podido dejar de pensar en ti.

Mi corazón late a un ritmo entrecortado contra mi pecho. Esto es lo que quiero. Quiero seguir viéndolo, y tampoco he podido dejar de pensar en él. Pero ahora sé que para mí, no es solo sexo. Liz tiene razón. Tengo sentimientos por él. Si lo que quiere es solo una extensión de nuestro acuerdo, ¿podré manejar eso?

Llega nuestra comida y los dos guardamos silencio mientras el camarero nos sirve. Cuando volvemos a estar solos, Aaron se inclina hacia adelante. —Cuando te pedí que me acompañaras en el viaje a San Francisco, insististe en que solo querías que nuestro acuerdo durara una semana. —Sus ojos sostienen los míos—. Quiero saber por qué.

Porque incluso entonces, sabía que había una posibilidad de que me enamorara de él, y pensé que si solo pasábamos un poco de tiempo juntos, estaría a salvo.

Pero todavía me había enamorado de él. La comprensión me atraviesa como una rebanada de dolor físico. Estoy enamorada de él. Lo quiero a él, cada parte de él, todo sobre él, más de lo que nunca he querido a nadie ni a nada.

Todavía está esperando que diga algo.

—Estaba en un mal lugar —le digo, recordando a Jim, y los sentimientos de angustia que pensé que eran reales en ese momento—. Pensé que una relación física breve me ayudaría a volver a encarrilarme.

—Pensaste. —Sus ojos son interrogantes.

Niego con la cabeza. Cómo le digo que en lugar de olvidar a Jim como lo había planeado, me di cuenta de que mis sentimientos por Jim no habían sido nada, totalmente intrascendentes en comparación con la forma en que me siento ahora, como si no solo mi corazón sino todo mi ser estuviera en juego.

—¿Qué estás preguntando, Aaron?

—Quiero saber si... —se detiene y murmura algo en voz baja—. Lo que estoy diciendo es, te quiero, lo he hecho desde el momento en que te vi, y todavía te quiero. No puedo dejarte ir.

Lo miro fijamente, mis emociones se intensifican. Tengo que tomar una decisión. Debo decirle que quiero más que sexo. Que quiero que él...

¿Qué?

Solo ha pasado una semana.

No puedo dejarte ir.

Y no quiero que lo haga. Eso es todo lo que importa, al menos por ahora.

—No tienes que dejarme ir —respondo, mi voz apenas audible—. No quiero que lo hagas.

Lo escucho respirar, el sonido está mezclado con algo parecido al alivio. Luego se recuesta en su asiento. —La comida se está enfriando —dice—. Deberíamos comer.

La comida es lo último en mi mente. Hay una bola de emoción y alivio en mi estómago, y puedo decir que él siente lo mismo. Le sonrío y él me devuelve la sonrisa, y siento como si me hubieran quitado el peso de los últimos días. Todavía hay muchas cosas que considerar, como cuál es exactamente nuestra relación ahora, pero aparto las preguntas de mi mente.

Hablamos de diferentes cosas mientras comemos. El artículo, su trabajo y lo feliz que estaba de volver a ver a Liz.

—¿Qué haces esta noche? —pregunta, cuando casi terminamos con la comida.

Me encojo de hombros. —Nada. ¿Por qué?

—Allan, mi hermano, ha estado trabajando en una obra de teatro. Todavía está en la etapa de vista previa, pero esta noche es una 'noche de prensa, y voy a brindar mi apoyo. —Sus labios se arquean—. ¿Vendrás?

Probablemente era la obra de la que había estado hablando Sonali cuando salimos a almorzar lo que parece una vida atrás. —Me encantaría.

—Bueno. —Sus ojos permanecen en mis labios y luego deja escapar un suspiro entrecortado—. Ahora te voy a llevar de regreso a tu oficina, porque si no, voy a tener que buscar un lugar para follarte.

Estoy sorprendido por la declaración cruda, pero también, más que nada, quiero que él haga exactamente eso. Respiro hondo. —Puedo salirme con una hora.

Me mira a la cara por una fracción de segundo. Luego se levanta, tomando mi codo mientras me levanto de mi asiento. Me lleva fuera del restaurante, su urgencia es obvia incluso por el calor de sus dedos en mi piel, y siento exactamente lo mismo.

—¿A dónde vamos? —Pregunto mientras esperamos el ascensor.

—El lugar más cercano con una cama.

Las puertas del ascensor se abren y me empuja hacia adentro, sin esperar a que se cierren antes de cubrir mi boca con la suya. Sus labios están calientes y hambrientos, y su lengua se mete en mi boca, haciéndome gemir y arquearme contra él.

—Mi lugar está más cerca que tu hotel o tu oficina —le susurro cuando suelta mis labios, estoy jadeando, mis palabras entrecortadas. Sus manos están en mi cintura, sosteniendo mi cuerpo contra el suyo, y puedo sentir su excitación, dura e insistente contra mis muslos.

—Tu lugar es. —Vuelve a alcanzar mis labios y, justo cuando los reclama, suena el timbre y el ascensor se detiene.

Se aleja con un juramento murmurado justo cuando las puertas se abren. Inmediatamente, toma mi mano y reanuda su paso rápido hacia la entrada. Ya está llamando a Joe, que se sube al bordillo justo cuando salimos del edificio. Aaron le ordena con voz cortante que conduzca hasta mi apartamento, luego se recuesta en el asiento, su cuerpo se tensa mientras sus dedos golpean con impaciencia su muslo.

El viaje a mi apartamento es despiadadamente largo. Joe hace todo lo posible por sortear el tráfico, pero para cuando llegamos a mi edificio estoy desesperado por la necesidad. Nos apresuramos a subir las escaleras, y una vez dentro, Aaron no espera a llegar a mi habitación antes de acercarme a él y empezar a besarme de nuevo.

Sus manos están en todas partes, incluso mientras lo llevo hacia mi habitación, nuestras lenguas entrelazadas. Me saca la blusa por encima de la cabeza, desabrocha el sujetador y los tira al suelo. Dentro de mi habitación, comienzo a trabajar en sus pantalones, mientras él se afloja la corbata y arroja su chaqueta sobre mi silla. Le desabrocho el cinturón y bajo sus calzoncillos para liberar su erección. Está tan duro, completamente erecto y cálido contra mis dedos. Hambrienta, me pongo de rodillas para tomarlo en mi boca, chupando la cabeza, incluso mientras acaricio el largo de arriba a la raíz.

Sus caderas se mueven cuando muevo mi lengua sobre él. Joder, Sarah. Necesito estar dentro de ti ahora mismo.

Lo miro, encontrándome con sus ojos mientras todavía lo chupo. Gime y echa la cabeza hacia atrás, mi nombre escapa de sus labios como una oración.

Él detiene la mano con la que lo estoy acariciando y la saca de mi boca, se quita los pantalones

y los calzoncillos antes de levantarme y colocarme suavemente en la cama. Él levanta mi falda y me quita las bragas, sus movimientos casi frenéticos por su urgencia. Cubriendo mi cuerpo con el suyo, separa mis piernas mientras se coloca entre ellas.

Baja la cabeza de nuevo, chupando mi labio inferior mientras se desliza dentro de mí con una oleada caliente de sus caderas. Gimo en voz alta y él suelta mis labios. Sus ojos son más oscuros de lo que nunca los había visto, llenos de su deseo por mí. Mueve las caderas hacia atrás y luego vuelve a golpearme. Grito, envolviendo mis piernas alrededor de su cintura y urgiéndolo más profundo.

Toma mis labios de nuevo, su lengua se sumerge en mi boca. Mis pezones rozan su pecho, doloridos y tiernos, y entre mis piernas, cada deliciosa embestida me acerca cada vez más a mi clímax.

Mi cuerpo se aprieta a su alrededor, ansioso por sentir cada centímetro de él. Responde con un gemido, girando sus caderas mientras comienza a bombear más rápido, la ancha cabeza de su polla golpea la apretada masa de nervios dentro de mí, mientras acaricia la explosión de placer que se construye dentro de mí. Una dulzura cálida y pulsante se acumula entre mis piernas y comienza a extenderse por mis extremidades. Mi cuerpo se pone rígido, apretándose alrededor de él, y un profundo gemido escapa de sus labios, el sonido me envía al límite. Me rompo por completo, todo mi cuerpo tiembla incontrolablemente.

Aún dentro de mí, me toma en sus brazos y me levanta, poniéndose de rodillas al mismo tiempo. Mis piernas todavía están alrededor de su cintura, así que me carga. Coloco mis brazos alrededor de su cuello, y él toma mi cintura, empujando sus caderas mientras me mueve hacia arriba y hacia abajo por su dura polla.

Siento como si me estuviera muriendo de placer. Se construye otro clímax, apoderándose de mi cuerpo. Sus labios reclaman los míos justo cuando pierdo la cabeza, rompiéndose en un estallido de pura y exquisita sensación, y deleitándome con el sonido desenfrenado de su propio placer mientras bombea dentro de mí una última vez y derrama su calor dentro de mí.

CAPÍTULO 17

—Entonces, ¿les gustaría tener citas ahora? —Pregunta Liz.

—Hmmm. —No la escucho al principio. Estoy sentada en una de las sillas más pequeñas de la sala poniéndome los zapatos, pensando en Aaron y en todo lo que pasó al principio del día.

Después de darme dos orgasmos increíbles, me limpió y vistió, alisó mi ropa y me dejó lo suficientemente presentable como para regresar a la oficina. Había sido tierno y dulce. Tan dulce que no podía pensar en ello sin sonreír. Por supuesto, había dejado el joyero en mi tocador, y solo me di cuenta cuando finalmente regresé del trabajo.

—Sarah... ¿Me escuchaste siquiera?

Miro hacia donde está Liz acostada en el sofá, con la cabeza en el regazo de Brandon mientras él alimenta sus uvas con la decadencia de un emperador romano—. Realmente no.

—Dije... ¿Están saliendo ahora?

—No lo sé... Nos gustamos y queremos ver a dónde va.

—Así que... salir —concluye Liz.

—No asumas —ofrece Brandon, metiéndose una uva en la boca—. Establece los términos. ¿Qué está ofreciendo exactamente? ¿Compromiso a largo plazo? ¿Exclusividad? ¿Habrá un anillo al final del túnel?

—¿Qué? —tanto Liz como yo nos echamos a reír—. ¿Alguien te ha dicho alguna vez que tienes tal habilidad con las palabras? —Pregunto.

—Una o dos veces —sonríe.

—Sin embargo, tiene razón —dice Liz—, averigua cuál es el trato para que no te quedes colgada al final.

En el final.

—Solo lo tomamos un día a la vez —digo con indiferencia, frunciendo el ceño mientras Brandon alimenta a Liz con otra uva y ella le lame los dedos—. Eso es un poco asqueroso. ¿No puedes esperar a que me vaya?

—Nop. —Liz sonríe—. Queremos hacerte sentir tan incómodo que tienes que irte.

Resoplé y me levanto para ir a mi habitación, donde estudio mi reflejo en el espejo de cuerpo entero, y juzgo el efecto de mi vestido color crema y mis tacones desnudos. Aaron estará aquí en cualquier momento para recogerme para la obra de su hermano, y quiero estar listo cuando venga.

Todavía me estoy mirando en el espejo cuando escucho el timbre. Esperaba que Aaron llamara cuando bajó las escaleras, por lo que el sonido de su voz en la sala de estar mientras saluda a Liz y Brandon me toma por sorpresa.

Respiro hondo y voy a unirme a ellos, deteniéndome en mi puerta para beber de la vista de él luciendo delicioso con una chaqueta oscura sobre una reluciente camisa azul.

Él levanta la cabeza de inmediato y sus ojos se encuentran con los míos. —Oye bebé.

El cariño me calienta. —Oye —respondo.

Él sonríe y se acerca a mí, dejando un beso muy suave en mis labios. —¿Estás listo?

—Casi. —Me escabullo de regreso a mi habitación para recoger mi bolso, me miro por última

vez en el espejo antes de unirme a ellos nuevamente, Liz me envía un beso. —Diviértete —me dice, antes de volverse hacia Aaron—. Cuidala bien.

Él le sonríe antes de volver a mirarme. Sus ojos están calientes y llenos de todas las promesas sensuales que esperaba. —Tengo toda la intención —dice, luego toma mi mano y me lleva fuera de la puerta.

* * * *

Cenamos antes de ir al teatro, que es uno de los más grandes de Broadway. He estado en algunas obras de teatro antes, con mis padres y también con Liz, pero ver la prensa es una experiencia diferente. El teatro no está lleno, y en las primeras filas, críticos y bloggers de mirada seria están mirando atentamente las actividades en el escenario y escribiendo notas rápidas en teléfonos y tabletas.

Estamos sentados en la galería, que está casi vacía. Desde ese lugar hay una buena vista del escenario, los críticos y el hermano de Aaron, Allan, en una esquina oscura frente a nosotros, mirando hacia el escenario, su intensa expresión tan parecida a la de Aaron que es casi espeluznante.

No sé si está preocupado, pero incluso yo puedo ver que no tiene ninguna razón para estarlo. La obra es excelente, con hermosos disfraces, accesorios y excelentes actores, especialmente la protagonista, una chica de cabello oscuro que no parece tener más de diecisiete años, pero domina el escenario como una profesional.

—¿Quién es ella? —Le susurro a Aaron.

Elizabeth McKay. Es su primer papel. Su padre produjo la obra y Allan no la soporta, por alguna razón.

—¿Qué razón? Ella es tan talentosa.

—Por eso Allan tuvo que sonreír y tragarse lo que sea que esté sintiendo. —Aaron sonríe cuando dice el nombre de su hermano y puedo ver claramente el orgullo en sus ojos.

Mis ojos encuentran a Allan al otro lado de la galería y sigo la dirección de su mirada. Mira fijamente a Elizabeth McKay, sus ojos tan concentrados que empiezo a preguntarme si hay algo más en su disgusto.

—Quizá le guste —susurro, inclinándome hacia Aaron—. A veces, la atracción puede manifestarse como disgusto.

—Hmm. —Aaron acaricia mi cuello—. ¿Es por eso que no te agradaba tanto al principio?

Yo sonrío. —Quizás todavía lo haga.

—¿Tú si? —Siento su mano en mi muslo, avanzando poco a poco hacia el dobladillo de mi vestido—. O tal vez ahora te gusto un poco.

Respiro cuando su mano desaparece bajo el dobladillo de mi vestido, moviéndose lentamente hacia arriba para detenerse en la unión de mis muslos. —Solo un poco —estoy de acuerdo.

Su voz es un susurro cálido tan cerca de mi oído. —Supongo que tengo que trabajar en eso. Abre las piernas Sarah.

Obedezco sin pensar, sin ni siquiera detenerme para mirar a los demás en el teatro a oscuras. Inmediatamente sus dedos ahuecan mi sexo, moviéndose sobre la seda de mis bragas en un ritmo lento y sensual, aplicando solo una ligera presión mientras trabaja mis pliegues, usándolos para masajear mi clítoris.

Suspiro y mis piernas se separan aún más, dándole más espacio. Desliza sus dedos en la entrepierna de mis bragas, acariciándome desde mis húmedos labios internos hasta mi hinchado clítoris. Gimo suavemente, mis caderas se levantan del asiento. Si continúa, voy a venir, aquí

mismo, en un teatro público.

—Estás tan mojado —susurra—, tan listo. Quiero follarte aquí mismo, Sarah, y me está matando que no pueda.

—También me está matando —respondo, la desesperación me hace frotarme contra sus dedos, queriendo sentirlo todo. Desliza dos dedos dentro de mí, acariciándolos hacia adentro y hacia afuera mientras se reclina en su asiento y concentra su mirada en el escenario.

Parece que tiene toda su atención en la obra, pero sus dedos... Sus dedos me están volviendo loca. Encuentra un punto sensible dentro de mí y se frota contra él, y me agarro del brazo de mi silla, conteniendo un fuerte gemido mientras me mantengo al borde de la venida.

Se vuelve del escenario para mirarme, y desde las luces del escenario, puedo ver la cruda excitación en su rostro, la lujuria en sus deslumbrantes ojos azules. No puedo evitar girar en espiral sobre el borde. Cubro mi boca con mi mano, mordiéndome los labios mientras el éxtasis me recorre. No se detiene hasta que mi cuerpo deja de temblar, solo entonces saca los dedos y me baja el vestido hasta los muslos.

Se inclina hacia mí. —¿Te gusto más ahora?

Todavía estoy tratando de recuperar el aliento. —Estás creciendo en mí —me las arreglo—. Quizás puedas seguir intentándolo.

Él se ríe. —Ciertamente estoy a la altura.

Después de la obra, descendemos de la galería y bajamos a la zona de circulación, donde se encuentran la mayoría de la prensa y la crítica, algunos de ellos discutiendo la muestra. Aaron se detiene para hablar con algunos de ellos, su comportamiento es encantador y amistoso. Me mantiene a su lado, su brazo alrededor de mi cintura en un gesto que se siente protector y posesivo, incluso cuando me presenta a un par de personas.

Después de un tiempo, nos acompaña Allan Court, que se parece a una versión más joven de Aaron, excepto que su cabello es oscuro y sus ojos son de un tono azul más claro.

Su mirada se posa de inmediato en mí y sonríe, sus ojos brillan con una mezcla de amabilidad y picardía. —Tú debes ser Sarah —dice—, yo soy Allan.

Parece demasiado joven para dirigir una obra de teatro en Broadway, pero no lo digo. —Es un gusto conocerte —respondo—, y tu juego fue muy agradable.

—Espero que los críticos piensen que sí —dice con una risa tranquila—. Pero olvidémonos del trabajo. ¿Qué hace una buena chica como tú con mi hermano?

—No es asunto tuyo —le dice Aaron, sonando a la vez bondadoso y afectuoso.

Allan mueve sus cejas hacia mí, haciéndome reír.

Aaron niega con la cabeza. —¿Cómo estás lidiando con tu ingenua?

Allan se estremece. —No preguntes.

—Pensé que era maravillosa —profiero.

—Hechizante en realidad —me corrige Allan, sus ojos se nublan por un momento—. Pero como dije, olvidémonos de la obra, Aaron prometió llevarme a tomar una copa. ¿Espero que vengas?

La mano de Aaron se aprieta alrededor de mi cintura. —Por supuesto que lo es —dice, mirándome a la cara en busca de asentimiento.

Asiento con la cabeza. —Me encantaría.

Terminamos en un bar cerca del teatro, donde encontramos una mesa privada y pedimos bebidas mientras Allan me regala historias sobre Aaron. Es cinco años más joven, y por la forma en que habla de su hermano, es evidente que lo idolatra.

Algunas de las historias son divertidísimas y Allan es un narrador talentoso. Me encuentro

riendo encantado mientras Aaron se burla y amenaza a su hermano impenitente.

En algún momento de la noche, Aaron tiene que atender una llamada, dejándome sola en la mesa con Allan.

—Ahora es tu oportunidad de cavar en busca de tierra —dice con un guiño—. Pregúntame cualquier cosa, he estado hablando con mi hermano desde que pude hablar.

Me río. —No, estoy bien.

Él asiente, su voz se vuelve seria. —Aaron es mi hermano mayor y me salvó la vida... no solo la única vez que todo el mundo conoce. Es genial verlo tan feliz como lo hace contigo.

—¿Crees que se ve feliz?

—¿Estás bromeando? Lo he visto sonreír más esta noche que desde la noche en que murió nuestra madre. De hecho, debería darte las gracias. La semana pasada me estaba mordiendo la cabeza cuando abandoné la obra y me fui al norte para esconderme. Sabía dónde encontrarme y me convenció para que dejara de estar en apuros. También me trajo aquí, para deleite del productor y los inversores. Estaba enojado, ahora no lo está, y estoy seguro de que tengo que agradecerse.

—¿La semana pasada?

—Sí —dice Allan encogiéndose de hombros—. De vez en cuando me voy al fondo. Pero estoy trabajando en eso.

Realmente ya no escucho. Cuando Aaron me dejó en San Francisco, había sido para cuidar de su hermano, no para trabajar como había imaginado. Había tantos lados en él, pero cada lado que descubrí me hizo amarlo más.

—Última llamada para cavar en busca de tierra —anuncia Allan, tomando su bebida—. Te diré cualquier cosa.

—Ahora que lo pienso —comienzo—. Me preguntaba... el día que nos conocimos, Aaron pensó que era una prostituta que enviaste a su suite.

—Ay —Allan se las arregla para lucir avergonzado—. La cosa es... era su cumpleaños, estaba tan absorto en la obra que olvidé darle un regalo. Estábamos cenando y, de alguna manera, comenzamos a tener una conversación sobre los beneficios del sexo remunerado frente a las relaciones. Pagué por sexo. No lo ha hecho. Le ofrecí probar los beneficios enviándole una prostituta, pero se negó. Cuando llegaste, debe haber asumido que ignoré sus deseos, como se sabe que hago.

—Oh...

Allan se encoge de hombros. —Espero haber aclarado eso.

—¿Aclarado qué?

Miro hacia arriba para ver a Aaron. —Nada. —Le sonrío—, solo estábamos hablando de la obra.

Parece que no me cree, pero toma asiento y Allan reanuda su relato afable.

—¿Estás listo para ir a casa? —Aaron me pregunta después de un rato.

—Sí —me vuelvo hacia Allan—. Fue realmente un placer conocerte.

Él sonrío. —Lo mismo.

Después de decir buenas noches, Aaron me sigue hasta la calle, donde Joe está esperando en la acera. De pie al lado del auto, toma mi rostro entre sus manos y me da un beso profundo. —Tengo que quedarme. Allan y yo tenemos algunas cosas que discutir. Joe te llevará a casa.

Intento mantener la decepción fuera de mi cara. Había asumido que esta noche terminaría con nosotros encontrando el inevitable placer en los brazos del otro. —Está bien —suspiro.

—Hasta pronto —dice, abriéndome la puerta.

—Sí —respondo—. Te veo pronto.

* * * *

Liz todavía está despierta cuando llego a casa. Ella está sentada al estilo de yoga en el sofá mientras ve un reality show nocturno.

—¿Dónde está Brandon? —le pregunto

Ella niega con la cabeza lentamente. —Salió. Tuvimos una pelea.

Frunciendo el ceño, me acerco para mirar su rostro, y tal como pensaba, sus ojos están enrojecidos. —¿Qué pasó?

Ella suspira. —Una chica llamada Emily... Empezó a trabajar en el gimnasio hace un par de semanas, y ayer se acercó a él. La zorra.

Me dejo caer en una de las sillas y me quito los zapatos. —¿Como lo descubriste?

—Brandon me lo dijo.

—¿Y peleaste con él? Eso es una locura.

—No es una locura cuando supe que ella estaba interesada en él. Le dije que podría malinterpretar su coqueteo.

Yo suspiro. Liz siempre ha sentido que Brandon presta demasiada atención innecesaria a los miembros del sexo opuesto. —Te refieres a la amabilidad.

Ella pone los ojos en blanco. —Venga. Tú y yo sabemos lo fácil que es para algunas mujeres confundir su amabilidad con el coqueteo. No sé por qué no puede ser un poco más reservado.

—Lo siento Liz —le digo encogíendome de hombros—. Pero si alguna tonta intentaba meterse en sus pantalones, ¿y qué? Él no la dejó.

—Lo sé. —Ella me da una pequeña sonrisa. —No planeaba enojarme. Simplemente... no pude evitarlo después de un tiempo. Dije algunas cosas Rach. —Ella pone su cabeza entre sus manos—. Dios, odio cuando peleamos.

—Lo sé. —Me acerco a ella en el sofá y le rodeo los hombros con un brazo—. Sin embargo, nunca dura.

—Gracias a las estrellas por eso. —Ella frunce el ceño—. Entonces, ¿cómo estuvo tu cita?

—Bueno.

—Vamos —Liz estira el cuello para mirarme—. Tienes que darme más que eso.

—Conocí a su hermano —le digo con una sonrisa.

—¿El caliente que vi en línea? Frio. —Ella mueve las cejas—. Así que has conocido a la familia. Esto definitivamente es una cita.

—No es como si me presentara como el amor de su vida.

Liz estudia mi rostro. —¿Es eso lo que quieres?

Yo suspiro. —No quiero pensar en lo que quiero. Si lo hago, no podré disfrutar de lo que tenemos.

—¿Cuánto tiempo podrás disfrutarlo? Estás enamorado de él. Pronto no podrás soportarlo si no estás seguro de que él siente lo mismo.

Estoy en silencio. Por supuesto, Liz sabe cómo me siento. Ella me conoce demasiado bien para no haberlo captado.

—¿Sabes cómo se siente? —ella pregunta gentilmente.

—Él dice que me quiere y no puede dejar de pensar en mí. —Yo suspiro—. Cuando estamos juntos, parece que nada más importa. Nunca había sentido algo tan intenso.

Ella asiente. —Él podría sentir lo mismo, ya sabes. Vi la forma en que te miró antes. Me parecía mucho más que lujuria y química.

Sí, pero ¿fue amor? Todo lo demás es temporal. Cualquier otra cosa significa que algún día, él

terminará conmigo, y luego tendré que lidiar con su rechazo.

Cambio de tema, haciendo que Liz me cuente más sobre su pelea con Brandon. Después, digo buenas noches y me voy a mi habitación, donde, tan pronto como estoy solo, mi mente vuelve a Aaron.

Él me quiere. No lo dudo, pero ¿cómo se siente él por mí? ¿Cuánto tiempo podré amarlo sin saber si hay alguna posibilidad de que alguna vez sienta lo mismo?

Me lavo el maquillaje de la cara y me pongo una camiseta sin mangas y unos pantalones cortos, pero cuando me meto en la cama, todavía no puedo dormir. A lo lejos, suena la alarma de un coche y empiezo a preguntarme qué está haciendo Aaron. Habría terminado de hablar con Allan hace mucho tiempo. ¿Estaba de vuelta en su apartamento ahora? ¿Estaba solo? Un pensamiento no deseado e inesperado de él con otra mujer pasa por mi mente. Es inverosímil, improbable, pero todavía me desespera.

Mi teléfono comienza a sonar, sacándome de mis pensamientos. Lo agarro de mi mesita de noche y veo el nombre de Aaron en la pantalla. La oleada de alivio me debilita.

—Oye —digo en voz baja.

—¿Te desperté?

—No —respondo—. No estaba dormido.

—¿Oh? —sueno sorprendido—. ¿Qué estás haciendo?

Pensando en ti. —Nada. Solo estoy acostado en la cama.

—¿Solo?

Yo sonrío. —Muy divertido.

Lo escucho respirar. —¿Estabas pensando en mí?

Siempre. —¿Y si lo fuera?

—Te diría que yo también estaba pensando en ti. No he podido dejar de pensar en ti en toda la noche.

Se me corta el aliento. —Deberías parar —le digo—, estás en peligro de empezar a sonar romántico.

—¿Tienes algo en contra del romance?

—En realidad no —susurro—. ¿Tú sí?

—No puedo oponerme a nada que pueda brindarle placer.

Cierro mis ojos. —Mi mundo está oficialmente sacudido.

Él ríe. —¿Lo pasaste bien antes?

—Hmmm —le digo—. Me encantó la obra y Allan es realmente genial.

—Creo que se puede haber enamorado de ti. Suele ser más reservado con las mujeres.

Me río. —Eso es ridículo.

Él también se ríe. —Está. Tendría que desafiarlo a un duelo o algo así.

—No lo harías —le digo, riendo.

—Tendría que hacerlo. —Hace una pausa—. Quiero verte.

Mi corazón se acelera. —¿Ahora?

—Lo sé. Es tarde y deberías estar dormido. Pero estoy parado fuera de tu edificio mirando hacia tu ventana, preguntándome qué diablos me pasa.

—¿Estás aquí? —Me quito las mantas y corro hacia la ventana. Ahí está su jaguar plateado, estacionado cerca de la entrada del edificio en la calle bordeada de árboles. Las ventanas están subidas, por lo que no puedo ver el interior del auto excepto por un pequeño resplandor que podría ser la pantalla de su teléfono, pero mientras observo, la puerta se abre y él sale.

Mi respiración se queda atrapada en mi garganta. Verlo siempre tiene ese efecto en mí. Lleva la camisa de antes, con los mismos pantalones negros, pero se quitó la chaqueta. Mira hacia mi ventana, casi como si pudiera verme desde donde está parado. —¿Puedo subir? —él pregunta.

—Sí.

Corta la conexión y lo veo bajar el teléfono al bolsillo y caminar hacia la entrada del edificio. Corriendo a la sala de estar para llamarlo, empiezo a desear que hubiera suficiente tiempo para cambiarme a algo más sexy.

Cuando abro la puerta, ya está subiendo el último escalón. Da los pocos pasos hacia mí y, sin una palabra, me toma en sus brazos y presiona sus labios contra los míos.

Huele tan bien y se siente tan cálido, duro y masculino. Sus labios se burlan de los míos, separándolos, incluso mientras se mueve dentro del apartamento conmigo en sus brazos y cierra la puerta detrás de él.

Me derrito en él, sin querer nada más que ser consumida por él. Su lengua acaricia la mía, sus manos en mi espalda sosteniéndome cerca de él, así puedo sentir su erección presionando contra mi muslo.

Libera mis labios y se apoya contra la puerta, sus manos todavía me sostienen contra su cuerpo mientras me sonrío.

—Gracias por dejarme levantar —dice—, me habría sentido como un tonto si hubiera tenido que conducir de regreso a casa.

—Dudo que alguna vez te hayas sentido como un tonto —respondo, respirando con dificultad.

—No —está de acuerdo—. Pero a tu alrededor es difícil saber cómo me siento.

Busco su rostro, buscando desesperadamente una prueba de que sus palabras apuntan a sentimientos por mí que tal vez podrían igualar los míos. —Me alegro de tener tal efecto en ti.

—Seguí pensando en San Francisco. Quedarme dormido contigo en mis brazos. —Él toma una respiración profunda, haciendo que su pecho se expanda—. ¿Qué estabas pensando antes? Cuando estabas pensando en mí.

—Me preguntaba qué estabas haciendo.

—¿Sólo eso? —Baja la cabeza y acaricia mi cuello—. ¿No estabas pensando en mis labios en tu piel, así?

Un pequeño gemido se me escapa cuando sus labios dibujan una línea a lo largo de mi barbilla hasta mis labios. —¿Estabas pensando en que te besé, que mis dedos te tocarían? —Siento su mano deslizarse por mi muslo, deteniéndose en la unión de mis piernas. Ya puedo sentir el calor acumulándose entre mis muslos mientras mi cuerpo se prepara para rendirse a él.

—¿Es eso lo que estabas pensando?

Él sonrío. —Siempre. Todo el tiempo. En todas partes.

Tira de la entrepierna de mis pantalones cortos a un lado y cuando me toca, todos mis pensamientos desaparecen. Mis caderas se mueven por su propia voluntad, frotando mi centro contra sus dedos acariciados.

Gruñe en mi oído, antes de bajar la cabeza para morder mi pezón a través de la tela de mi camiseta sin mangas. Suspirando de placer, puse mis brazos alrededor de su cuello. Lo toma como una invitación a levantarme en sus brazos y llevarme a mi habitación, donde me acuesta suavemente en la cama.

Observo cómo se quita la camisa, luego los pantalones y las bragas. Luego regresa a la cama, cubriendo mi cuerpo con el suyo mientras besa desde mis labios hasta mi escote, antes de agacharse para tirar de la camiseta sin mangas por encima de mi cabeza.

Toma mis dos pechos en sus manos, apretándolos suavemente antes de tomar un pezón duro en

su boca y chuparlo profundamente. Él rueda su lengua alrededor de la protuberancia hinchada, luego la suelta, moviendo su atención y su lengua a la carne de mi pecho. Cuando estoy gimiendo y retorciéndome debajo de él, pasa al otro pecho, dándole el mismo tratamiento.

Sin detenerse, mueve su mano de regreso a la unión de mis muslos y aparta la entrepierna de mis pantalones cortos. Sus dedos llegan dentro, acariciándome y extendiendo el resbalón entre mis muslos antes de deslizarse dentro de mí.

Extiendo mis piernas para él, el placer gira en espiral dentro de mí, mientras comienzo a mover mis caderas al compás del movimiento de sus dedos. Desvía su atención de mi pecho, moviéndose hacia abajo, sobre mi estómago, hacia la cintura de mis pantalones cortos. Luego saca sus dedos de mí y levanto mis caderas, ayudándolo a quitarme los pantalones cortos.

Tan pronto como estoy totalmente desnuda, sus labios me encuentran, besando y chupando cada punto sensible entre mis piernas. Apenas puedo soportarlo. Un largo y frenético gemido sale de mi garganta mientras su lengua se adentra profundamente en mí.

Agarro su cabello, mis caderas se mueven y él presiona mi cuerpo contra la cama con un brazo, manteniéndome quieta mientras continúa el dulce asalto con su lengua.

El placer crece dentro de mí, listo para explotar. Cuando estoy segura de que no puedo soportarlo más, rodea mi clítoris con sus labios, succionando profundamente, al mismo tiempo que sumerge sus dedos dentro de mí nuevamente. Grito, mi cuerpo se apodera de una incontrolable ráfaga de sensaciones. Mantiene el movimiento de sus dedos hasta que mi cuerpo deja de temblar. Luego los saca y los reemplaza con su polla.

Casi pierdo la cabeza por el placer. Estoy perdiendo el control, perdiéndome en él. Sus brazos están a mi lado, enjaulándome. Su pecho roza mis senos mientras empuja dentro de mí. Un placer cálido y líquido llena mis venas y siento que se acerca otro clímax. Mi cuerpo se hace añicos, arrancando un grito de mi garganta, pero aún así no se detiene. Sigue moviéndose, acariciando mis entrañas y prolongando mi orgasmo. Incluso cuando estoy débil y agotado, él todavía se mueve dentro de mí. Para cuando el placer se apodera de mí de nuevo, estoy gritando de manera incoherente, completamente perdida en el loco éxtasis que me está dando. Se mueve contra mí, montando mi clímax, y un profundo gemido se le escapa mientras entra en mí en una cálida ráfaga de placer.

Después, no lo suelta. Me abraza mientras nuestros cuerpos se enfrían y me duermo en sus brazos.

CAPÍTULO 18

Me despierto con Aaron levantando las mantas y levantándose de la cama. Todavía está oscuro afuera, así que sé que debe ser muy temprano. Lo alcanzo, todavía con sueño, pero sintiendo la pérdida de sus brazos alrededor de mi cuerpo.

Se detiene, su cuerpo se relaja mientras se recuesta y me tira de nuevo a sus brazos. — Deberías volver a dormir —susurra en mi oído.

No echo de menos el hecho de que durmió toda la noche, por primera vez desde que estuvo conmigo. No quiero mencionarlo, porque aún no sé cómo reaccionará. Así que me acurruco con satisfacción contra él. —Lo haré, y tú también.

—Ojalá pudiera, pero tengo que ponerme a trabajar. —Siento sus labios contra mi cabello—. Me encanta la forma en que te abrazas, como si fueras a hundirte en mi piel.

—No es mi culpa que estés tan abrigado y cómodo.

—¿Cálido y cómodo? Debo estar perdiendo mi toque.

Sonrí contra su cuello. —También sexy e irresistible.

—Eso es más parecido. —Sus labios se arrastran hasta mi hombro y su mano traza un camino hasta la parte baja de mi espalda—. Date la vuelta —susurra.

La emoción recorre mi cerebro adormecido, y hago lo que él dice. Inmediatamente amolda mi cuerpo al suyo. Puedo sentir el empuje de su excitación contra mi trasero desnudo. Muevo mis caderas, frotándome contra él.

—¿Cómo estás siempre tan duro? —Yo gimo.

—Es todo usted —responde. Tiene sus brazos alrededor de mí, y una mano se desliza sobre mi estómago, moviéndose lentamente hacia mi sexo, donde comienza a acariciarme suavemente. Suspiro suavemente, la excitación caliente me inundó. Siento su polla sondearme por detrás, deslizándose lenta pero seguramente en mi calor.

Me llena tan profundamente, la sensación es increíble. Sus dedos continúan su trabajo, jugando con mi clítoris, mientras su polla me estira hasta mis límites.

Espero a que empiece a moverse. Mi cuerpo ya se está apretando a su alrededor, ansioso y deseoso, pero su mano entre mis piernas, mientras me acaricia tranquilamente, también se asegura de que no pueda moverme. Siento calor, mi piel está sonrojada y mi respiración es un jadeo desesperado. Gimo y aprieto mis caderas, sin decir palabra, suplicándole que me folle.

Él gime, pero solo continúa acariciando mi clítoris, su polla caliente y dulce dentro de mí. Con su mano libre, toma uno de mis senos y aprieta suavemente. Quiero rogarle que por favor solo me folle, pero mi cuerpo ya se está debilitando en un placer sin extremidades, mi interior pulsando alrededor de su dura longitud.

—Vas a venir —susurra, su aliento caliente contra la parte posterior de mi cuello. Le creo, ya me tiemblan las piernas, todo mi cuerpo se inunda de placer. Besa mi cuello, mi cabello, mi oreja, susurrando suaves palabras de cariño todo el tiempo.

Lo dejo ir, mi cuerpo se rindió al suyo. Ya, mis sentidos se están deslizando, todo mi cuerpo hormigueo. Mueve sus caderas, solo una vez, y exploto, todo mi cuerpo se agita furiosamente

mientras un orgasmo masivo me recorre.

Lo escucho gemir, su polla se contrae dentro de mí cuando se corre. Mi cuerpo no deja de temblar hasta que sus caderas finalmente se detienen. Me siento débil, lleno de placer.

Él se aparta de mí y tiemblo con las réplicas. Me doy la vuelta para enfrentarlo. —Buenos días.

Él sonrío, deslizándose hacia abajo para besar mis labios. —Maravillosa mañana —corrige—. Vuelve a dormir.

—No si no estarás aquí cuando me despierte.

Él se ríe. —No puedo prometer que lo haré, pero podemos cenar esta noche. En mi casa. Incluso cocinaré si quieres.

Yo sonrío. —Yo quiero.

Lo veo levantarse y caminar desnudo hacia el baño contiguo. Para cuando sale unos minutos después, ya me estoy quedando dormido, pero siento el suave beso que me da en la mejilla antes de irse.

* * * *

Para cuando finalmente me despierto, me doy una ducha rápida y voy a la cocina a tomar mi taza de café para despertarme, Liz ya está completamente vestida y toma un sorbo de una gran taza de café.

—Buenos días —murmuro, yendo a servirme una taza.

—¡Puedes caminar! —ella sonrío burlonamente—. Estoy sorprendido.

La miro a los ojos y me sonrojo. —Cállate.

—No lo haré. —Ella me hace un guiño sucio—. No podía dormir. Escuché todo.

—No, no lo hiciste. Las paredes no son tan delgadas. De todos modos, ahora sabes lo que tengo que aguantar cada vez que Brandon pasa la noche.

Ella asiente y un pequeño ceño fruncido cubre su rostro. Noto el ceño fruncido y cloqueo con simpatía. —No te preocupes por él. Todo saldrá bien. Eres un tirano, pero él te ama demasiado.

Ella suspira. —Yo espero que sí. —Coge su bolso—. Me voy ahora. Nos vemos más tarde.

* * * *

En la oficina, trabajo en algunos de mis artículos, asisto a algunas reuniones e incluso escucho a Chelsea quejarse de que sospecha que su vecino de al lado en su costoso apartamento de Park Avenue es un guardaespaldas contratado por su padre.

—Aunque es increíblemente sexy —me dice—. Tal vez lo seduzca para que haga enojar a mi papá.

—Tu papá simplemente contratará a otra persona.

—Probablemente lo hará. —Ella gime—. Está tan obsesionado con la idea de que alguien me vaya a secuestrar o algo así. ¡Seriamente! ¡Eso pasó de moda con Patty Hearst!

De vuelta en mi oficina, suena mi teléfono y me alegro, casi mareado, de descubrir que es Aaron.

—¿Qué estás haciendo? —él pregunta.

—Ganando mis ingresos. ¿Usted?

—Resentir el hecho de que no puedo ir allí y llevarte lejos.

—Nos veremos esta noche —le recuerdo.

Él suspira. —No, no lo haremos. Tengo que irme a Europa. De hecho, ahora estoy en el aeropuerto. Hay una pequeña crisis con respecto a una propiedad que planeo comprar.

—¿Te vas? —Frunzo el ceño, consternado por el hecho de que no lo veré esta noche, y tal vez por un tiempo después—. ¿Por cuánto tiempo?

—Unos pocos días. Quizás una semana.

Yo suspiro. —Ojalá no tuvieras que ir.

Hay una pausa al final. —¿Me extrañarás?

Ya lo extraño. —Extrañaré muchas cosas de ti.

Él se ríe. —¿Cómo qué?

—Sabes que.

—Quizás quiero escucharte decirlo.

Miro la puerta cerrada de mi oficina. —Tu lengua, por ejemplo.

—¿Qué más?

—Tus dedos —respiro, sintiéndome repentinamente caliente—, y la forma en que sabes exactamente qué hacer con tu polla.

Hace un sonido frustrado. —Tienes la boca tan sucia.

—No, no lo sé.

—Sí, lo haces bebé, y cuando vuelva, voy a hacerle cosas sucias.

Yo trago. —Te extrañaré —digo suavemente.

Hay una larga pausa al final. —Lo mismo —dice—, tengo que irme ahora, Sarah. Hablemos más tarde.

Termina la llamada, dejándome preguntándome cómo voy a sobrevivir una semana sin él. Me asusta lo dependiente que me he vuelto de él. Esto ha sucedido antes, con Jim. Fue menos intenso, menos en todos los sentidos, pero aún así, cuando terminó, estaba devastada.

Con Aaron, ni siquiera puedo pensar en un final sin querer llorar.

A la hora del almuerzo, Liz me llama a la línea de la oficina y hablamos por teléfono sobre mi comida china para llevar.

—Brandon me invitó a cenar —me dice.

—¿No es algo bueno?

—No lo sé —dice, sonando preocupada—. Simplemente tengo este sentimiento. Fui tan irracional anoche. ¿Y si lo empujo demasiado lejos? ¿Y si quiere romper conmigo?

La idea es ridícula. —Eso es lo más improbable que podría suceder —la tranquilizo—. Quiero decir, ustedes están tan enamorados que es repugnante.

Ella se ríe. —Entonces, ¿qué pasa con tu juguete de niño?

—No le llames así. —Yo suspiro—. Se fue a Europa.

—Decir ah. —Ella bromea—. Así que anoche estaba dejando su huella. Imprimiendo en ti.

Niego con la cabeza. —Vete. Ni siquiera sabía anoche que tendría que viajar.

—¿Entonces esa fue una actuación regular? ¡Guau! —Ella ríe—. En serio, me alegro de que te estés divirtiendo. Es un buen tipo y creo que le gustas mucho. A diferencia de otro chico al que ni siquiera nombraré.

Ella está hablando de Jim. De repente me doy cuenta de cuánto tiempo ha pasado desde que realmente pensé en él. Al menos Liz tenía razón sobre que Aaron me ayudó a superar a Jim. —No te lo dije mientras estaba en SanFran, pero Jim vino a verme.

—No, no lo hizo.

Le cuento todo lo que pasó, escuchando sus expresiones de indignación.

—¿Cómo no me lo dijiste? —Ella exclama—. Y ese Jim... estoy seguro de que vio una de las fotos tuyas y Aaron y temporalmente le hizo algo a su ego. Algunos chicos simplemente no pueden

soportar que una chica siga adelante.

—Ahora le has hecho algo a mi ego —me río—. ¿No podría ser que realmente sintió algo y quería recuperarme?

—Sí, entonces, ¿dónde ha estado después de la oleada inicial de pasión que lo hizo volar para verte?

—Dijo que se iba a Argentina.

—Hay teléfonos celulares en Argentina, Internet y Skype. —Ella resopla—. Probablemente se haya enamorado de alguna modelo o actriz de telenovelas, como siempre. Luego, cuando vuelva, de repente te recordará.

—La verdad es que no he pensado mucho en él.

—¡Aleluya! —Liz canta.

—No tienes que estar tan contento.

—Oh, pero yo soy, para ti. Te veré esta noche —dice, cuando termina de regodearse—. Con buenas noticias, con suerte.

—Tal vez él proponga matrimonio —sugiero.

—¿Crees?

—Es posible.

Después de nuestra conversación, empiezo a pensar en Jim. Durante mucho tiempo pensé que él era el indicado, y ahora, aunque sé sin lugar a dudas que lo que sentí por él ni siquiera se acerca a lo que siento por Aaron, todavía siento un poco de dolor.

Vuelvo al trabajo con un pequeño suspiro, y logro mantener a raya mis pensamientos sobre los hombres de mi vida enterrándome en las cosas que tengo que hacer.

Trabajo hasta tarde, llego a casa casi a las ocho de la noche. Mi teléfono comienza a sonar casi tan pronto como entro en el apartamento. Es Liz.

Su voz está quebrada. —Sarah, por favor vuelve a casa.

Mi corazón se contrae de pavor. —Liz, ¿qué es?

—Solo vuelve a casa —solloza—. Voy en camino.

La línea se corta.

Cierro la puerta detrás de mí y me siento en el sofá, quitándome los zapatos mientras espero a que ella llegue a casa. ¿Qué pudo haber pasado con Brandon? Ni siquiera quiero entretener los miedos que se cuelan en mi mente.

Unos minutos más tarde, la escucho en la puerta y me levanto. Entra en el apartamento y se lanza a mis brazos, sollozando como si fuera a morir.

Consigo que se siente, frotando su espalda para calmarla. —¿Que pasó?

—Él cree que tenemos que tomarnos un descanso —dice. Cuando me mira, todo su rostro está maquillado, pero aún se las arregla para lucir hermosa—. Él dice que si no confío en él después de todos estos años, entonces no lo conozco, que tal vez inconscientemente estoy tratando de encontrar una razón para separarnos. —Empieza a sollozar de nuevo—. No puedo soportarlo. Lo amo tanto.

La rodeé con mis brazos, acariciando su cabello. —¿Le dijiste eso?

Ella niega con la cabeza. —No. Estaba tan herido y enojado que le dije que hiciera lo que quisiera. Luego salí.

—Liz...

—Trató de seguirme, pero le dije que se perdiera. Probablemente piense que lo odio, y lo hago, un poco, pero no creo que pueda vivir sin él. —Empieza a llorar de nuevo.

—Shh —hago todo lo posible para consolarla—. Estará bien.

—¿Y si no lo hace? ¿Qué pasa si esto es solo una excusa para poder estar con otra persona, como esa chica del gimnasio? ¡Oh Dios! —Le entrego un pañuelo de papel de mi bolso y se suena la nariz—. Sarah, ni siquiera puedo imaginarme estar con nadie más. ¿Que voy a hacer? Lo amo demasiado.

En ese momento, estoy tan enojado con Brandon. Sé lo emocionada que es Liz debajo de la piel aparentemente imperturbable, y él también lo sabe, la razón de más por la que no debería haberla lastimado así.

Liz llora un rato. Incluso después de que finalmente la convencí de que se cambiara de ropa, tomara una ducha tibia y se metiera en la cama, ella sigue llorando y finalmente se queda dormida acurrucada contra mí. Cuando estoy segura de que está dormida, me voy a dar una ducha y me pongo la ropa de dormir antes de regresar a su habitación. Incluso mientras duerme, se ve triste, como si incluso en sus sueños no pudiera escapar de la amenaza de que su relación termine.

Estoy a punto de llamar a Brandon cuando me llama. Entro en la sala de estar para atender la llamada.

—¿Se encuentra ella bien? —él pregunta.

—¿Qué piensas? Chasqueo.

—Sarah... —suspira—. Yo solo... desearía que me diera un poco más de crédito. Créame un poquito más. Si no tenemos confianza, ¿qué tenemos? Quiero que sea feliz, pero ella no puede ser feliz si cree que en el momento en que una chica me mire, voy a hacer algo mal.

—Quieres que sea feliz y pensaste que la mejor manera era romperle el corazón. Está llorando, Brandon.

—Lo siento mucho —suena tan infeliz como lo hace Liz.

Yo suspiro. No es la primera vez que tengo que ser moderador en una pelea entre ellos, pero es la primera vez que Brandon pide un descanso. —Ella es la que necesita escuchar eso, Brandon, no yo. ¿Por qué no pudieron simplemente discutir cómo se sentían? Tomar un descanso es ir demasiado lejos.

Exhala de forma audible. —¿Crees que no lo hemos discutido? Ya no sé qué hacer. No puedo prometerle que no voy a lastimarla si sigue encontrando razones para sentirse lastimada sin que yo haga nada.

Cierro mis ojos. Había pasado tanto tiempo desde su última pelea que asumí que finalmente habían pasado esa etapa en su relación. —No sé lo que quieres que diga. Tienes que decidir qué es lo más importante para ti.

Regreso a la habitación de Liz y la veo llorar mientras duerme. Es real y da miedo. También es frustrante que pierdan el tiempo peleando, cuando ambos saben cómo se sienten el uno por el otro. Si supiera con certeza que Aaron siente algo por mí... ¿Perdería alguna emoción peleando con él? No puedo imaginar que lo haría.

Como si supiera que estoy pensando en él, me llama. Salgo de la habitación de Liz de nuevo y me voy a sentar en el sofá de la sala.

—Pensé que podría estar dormido —dice cuando respondo—. ¿Qué pasa?

—Nada. ¿Qué estás haciendo?

—Almorzando tarde.

—¿Cómo estuvo tu vuelo?

—Sin acontecimientos notables. —Deja escapar un sonido cansado—. Pasé toda la tarde tratando de convencer a alguien que repentinamente cambió de opinión acerca de venderme una propiedad.

—¿Tuviste éxito?

—Apenas.

Me parece difícil de creer. No puedo imaginarme a ninguna mujer capaz de resistirse al más mínimo argumento de él. Me pregunto qué herramientas exactamente tuvo que emplear para convencer, y una punzada de celos llena mi corazón.

—El próximo número de Gilt Traveller saldrá pronto —le digo—, con el artículo sobre su hotel.

—Estoy deseando leerlo.

Escucho que alguien le dice algo de fondo, luego su voz responde, en un francés fluido y rápido. De repente, me invade un intenso anhelo por él, tan intenso que siento que voy a llorar.

—¿Bebé estás ahí?

El cariño lo empeora aún más. Te extraño, quiero decirle. Me he enamorado de ti.

—Estoy aquí —digo en su lugar.

—¿Estás bien?

—Sí... —suspiro—. Brandon y Liz... Él le dijo que necesitaban un descanso. Ha estado llorando toda la noche.

Él guarda silencio por un momento—. ¿Dijo por qué?

—Larga historia. Él dice que ella tiene problemas de confianza... Él piensa que si no está feliz, ¿cuál es el punto? " Niego con la cabeza. —Pero ella se siente miserable sin él, y él sabía que lo estaría. ¿Por qué herirías a alguien a propósito cuando se supone que debes amarlo?

—No lo sabría. Pero si ella no confía en él, tal vez sea lo mejor.

Recuerdo lo que me contó sobre sus padres, los celos y la desconfianza de su madre. —No estás aquí Aaron. Ella es miserable.

—Ella lo superará.

Niego con la cabeza. —No lo entiendes. Llevan juntos cuatro años. No puedes olvidar a alguien a quien has amado durante tanto tiempo. No es así de fácil.

—Bueno —su voz es tranquila—, estás hablando por experiencia.

Me muerdo el labio. Jim de nuevo. ¿Cuánto tiempo tengo que esperar antes de que deje de interponerse entre nosotros? Tengo que pensar en una forma de comunicar que Jim no significa nada para mí ahora, que no significó nada durante mucho tiempo.

—Dale a Liz lo mejor de mí —dice Aaron de repente.

—Voy a. —Mi voz es baja—. ¿Sabes cuándo volverás?

—Fin de semana, a más tardar. —Hace una pausa—. ¿Por qué no te vas a la cama ahora? Hablaremos en otro momento.

Más tarde, después de apagar la televisión, voy a reunirme con Liz en su habitación, suspirando mientras se acurruca contra mí antes de quedarme dormida.

* * * *

Al día siguiente, trato de convencer a Liz de que se comunique enferma, pero ella insiste en que no lo hará. Se va a trabajar incluso antes de que me duche, con los ojos secos, aunque un poco hinchados por el llanto.

Los días que siguen son más de lo mismo. Ella llora hasta quedarse dormida por la noche mientras trato de consolarla. Aaron me llama todas las noches antes de dormir, se convierte en una especie de ritual. El viernes por la noche, recibimos una entrega de chocolates y una botella de vino tinto, con un DVD de un espectáculo de comedia de pie. Es de Aaron, y mientras comemos los chocolates y nos emborrachamos con el vino, me alegra ver a Liz riéndose de los chistes sobre

cosas mundanas como el trabajo, el tráfico, las películas y los niños.

El sábado, mi madre insiste en que vayamos a la casa. Los padres de Liz estarán allí, así como mi hermano, que pasa el fin de semana en casa. Sospecho que la tía Becky le ha contado a mi madre sobre Liz y Brandon, y cree que pasar tiempo con la familia hará que Liz se sienta menos miserable.

Aunque me preocupa que no quiera ir, ya que solo el fin de semana pasado estuvo allí con Brandon, Liz no discute cuando se lo digo, sino que incluso parece emocionada con la perspectiva.

Después del viaje en taxi de una hora a Huntington, caminamos por el corto camino hasta la puerta principal de la casa de ladrillo de dos pisos de mis padres. Se habían mudado de la ciudad tan pronto como Dylan comenzó la universidad, uniéndose al tío Trent y la tía Becky, quienes se habían ido antes.

—Hay dos hermosas señoritas en la puerta —bromea mi papá, cuando abre la puerta para Liz y para mí—. Creo que reconozco a esta —dice, besándome en ambas mejillas después de darme un abrazo—, aunque no estoy seguro de cómo se llama. —También abraza a Liz—, esta se parece a Lauren, pero es más bonita de lo que recuerdo.

—Ja, ja, tío Trent —dice Liz, pero está sonriendo.

Se hace a un lado para que podamos entrar. Mi papá todavía está en forma. Es alto, de cabello canoso y ojos grises que siempre lucen divertidos.

—Todos están en la cocina —nos dice—. Aparte de Dylan. Está haciendo pedazos las cosas en su habitación.

No me sorprende. Mi hermano juega juegos de computadora con celo y pasión. Nunca he podido deducir cómo encuentra tiempo para sus estudios.

Dentro de la cocina, el tío Taylor está cocinando, lo cual es un alivio, ya que es mucho mejor cocinero que cualquier otro adulto. Se parece casi exactamente a mi papá, y distinguirlos, para mí, es más una cuestión de instinto que de características faciales reales. Con calma, prepara sándwiches a la parrilla mientras mi madre y mi tía Becky cortan verduras para hacer una ensalada.

—Mira quién está aquí —exclama cuando nos ve en la puerta. Deja la isla de la cocina mientras caminamos hacia él—. Hola Tweedledee —besa mi mejilla—, y Tweedledum —abraza a Liz, que se inclina en su abrazo, mirando por un momento como si fuera a romper a llorar.

Nuestras mamás son las siguientes. Después de una serie de abrazos cálidos y perfumados, y de un serio: —Cómo estás —Liz se escapa al piso de arriba, a la habitación de mi hermano, dejándome sola con los padres.

—¿Como es ella? —Pregunta la tía Becky, su hermoso rostro es una imagen de preocupación.

—Ella todavía está llorando mucho.

—¿Crees que es solo temporal? —pregunta mi mamá.

—No lo sé. Ha durado más que cualquier otra pelea.

El tío Taylor suspira. —Siempre me gustó Brandon, pero ahora quiero darle una paliza.

La tía Becky le da una palmada en el hombro. —¿Cómo estás? —ella me pregunta.

Me encojo de hombros. —Bueno. Yo también voy a ver cómo está Dylan.

Mi madre me sigue fuera de la cocina, limpiándose las manos con un paño de cocina. Su cabello está recogido en lo alto de su cabeza con zarcillos que le caen por la cara, e incluso con una blusa de algodón simple y pantalones holgados, todavía no parece de su edad. —¿Cuándo planeas contarme sobre tu nuevo novio?

Me detengo al pie de las escaleras. —¿Alguien te dijo que tengo novio?

Ella se las arregla para parecer avergonzada. —Liz puede haber mencionado que todavía estás viendo al hotelero con el que fuiste a San Francisco.

Suspiro, deseando que Liz no tuviera tanto dolor para poder vencerla o algo así. —Mamá, no voy a hablar de eso contigo, no ahora. —Jamás.

—¿Pero lo estás viendo?

Frunzo mis labios.

—Está bien... —sostiene sus palmas—. Voy. No se debe subestimar el valor de los consejos de una madre —agrega, volviéndose hacia la cocina—, especialmente cuando se trata de hombres.

Arriba, Dylan y Liz están jugando a un juego que implica muchos disparos. Me dejo caer en la cama de Dylan. —Hola Doc.

—Oye hermana. —Apenas levanta la vista de su juego. Es la imagen de mi papá, alto y larguirucho, pero con los ojos verdes que ambos tomamos de mi mamá—. ¿Qué pasa?

—Nada.

—Tienes que derribar el helicóptero —dice Liz con urgencia.

—¿Qué? —Respondo, perplejo.

—En él —dice Dylan simultáneamente, y escucho el sonido de disparos electrónicos. Pongo los ojos en blanco, aliviada cuando mi teléfono vibra en mi bolsillo.

Miro la pantalla y la anticipación llena mi pecho al ver el nombre de Aaron. Me deslizo para contestar y sostengo el teléfono en mi oído. —Hola picor.

—Hmm, picor. Me gusta eso.

Su voz me baña como un cálido terciopelo. Lo he echado mucho de menos. Demasiado. —¿Has vuelto?

—Acaba de llegar. ¿Dónde estás?

—En casa de mis padres.

—¿Dónde es eso?

—Pensé que sabías todo sobre mí —bromeo.

—Probablemente esté en un archivo en alguna parte —admite—, pero puedes decírmelo.

—¿Por qué?

—Porque te quiero ver.

Dejo escapar un suspiro lento. Hay una urgencia en su simple declaración que refleja mi propio deseo. —Volveré por la noche.

—No puedo esperar tanto —dice—. Quiero venir.

—¿A mis padres?

—Sí. ¿Es eso un problema?

¡Por supuesto! Mi mamá ponía dos y dos juntos e inventaba campanas de boda.

Niego con la cabeza. —No creo que quieras conocer a mis padres.

—¿Por qué no?

¡Porque ese no es el tipo de relación que tenemos! Porque no podré responder a sus preguntas cuando me dejes.

—Porque son padres. Mi mamá probablemente comenzará a planificar nuestra boda.

Él ríe. —¿De Verdad? Eso suena interesante. —Escucho una serie de pitidos de su lado. Probablemente esté buscando en algún dispositivo electrónico la dirección de mis padres entre toda la información que su equipo de seguridad reunió sobre mí. —Solo díles que somos amigos —continúa—. Díles que estoy en la zona y que te recogeré o algo así. Realmente quiero verte.

Yo suspiro. —Mucha.

—Ya estoy en camino.

Miro mi teléfono y me doy cuenta de que la llamada ya está desconectada. Liz se vuelve para mirarme. —¿Quién era ese?

—Es Aaron. —Arrugo la frente—. Quiere venir aquí.

Sus cejas se elevan. Luego sonrío, sin duda pensando en la reacción de mi mamá. —Buena suerte —me dice con la boca, antes de volver al juego.

—¿Quién es Aaron? —Dylan dice sin darse la vuelta.

—La llamada del botín de Sarah —responde Liz.

—Nooo. —Se estremece exageradamente—. No necesitaba saber eso.

Me levanto de la cama y regreso a la cocina para encontrar a mi mamá. El almuerzo empieza a verse bien. —Bien hecho, tío Taylor —le digo a mi tío antes de acercarme sigilosamente a mi madre.

—Mamá —comienzo, temiendo su reacción—. Ese tipo del que Liz te habló... va a venir.

La tía Becky se vuelve hacia mí. —¿Tu nuevo novio?

—Él no es mi novio —protesto en voz alta, provocando miradas de desconcierto tanto de mi papá como de mi tío.

Liz dijo que sí.

Mi mamá me da esa mirada de '¿no te lo dije?', Y decido en ese momento que voy a matar a Liz, o al menos esconder su par de zapatos favoritos—. Bueno, él no es mi novio, y está en camino, así que por favor no se refiera a él como mi novio.

—La señora protesta demasiado —bromea mi padre.

—¿Está conduciendo desde la ciudad? —El tío Taylor agrega—: Si es así, es posible que te equivoques sobre la parte del novio.

—Creo que volveré a casa —exclamo—. No confío en que ustedes no me avergüencen cuando él llegue.

La tía Becky sonrío. —Si eso te importa, entonces te agrada más de lo que aparentas.

—Exactamente —dice mi mamá, alisando mi cabello. Ella quita el clip sujetándolo en su lugar antes de que pueda moverme—. Eso es más parecido —dice ella, exagerando.

—Aquí es donde desaparezco —anuncio teatralmente, dirigiéndome hacia la puerta—. Diles a Liz y Dylan que los amo, y que si nunca me vuelven a ver, te culparán a todos. —Salgo de la cocina con el sonido de su risa burlona, recordándome cuando era un niño. Sonriendo a mi pesar, voy a la sala de estar y tomo una revista para hojear mientras espero a que llegue Aaron.

Lo hace, aproximadamente media hora después. Estoy pensando en él cuando suena el timbre, y sé que es él incluso antes de que me apresure al pasillo para dejarlo entrar.

Se ve hermoso como siempre, sexy con una chaqueta de cuero negro sobre una camiseta gris de manga larga. Su cabello es despreocupado y alborotado, sus ojos azules brillan y se concentran en mí. Mi corazón se aprieta ante el impacto de mirarlo solo. Lo he echado de menos, sin discusión.

—Tus chicos de seguridad, obviamente, saben lo que están haciendo —digo a la ligera—. ¿También descubrieron una copia de mi certificado de nacimiento?

Él sonrío, haciéndome recuperar el aliento. —Solo contrato a personas que saben lo que están haciendo —dice, tirándome a sus brazos y dejándome un ligero beso en los labios. Me suelta justo cuando mi padre entra en el pasillo.

—Buenas tardes, Sr. Foster —dice Aaron con confianza—. Soy Aaron Court.

—Buenas tardes. —Mi padre viene hacia nosotros y le da a Aaron una mirada de medición—. No te quedes ahí parado. Adelante.

Aaron pasa a mi lado y estrecha la mano que mi padre le tiende. Los sigo dentro de la sala de

estar, donde mi mamá y la tía Becky están esperando para abalanzarse sobre él. Me da vergüenza escuchar las preguntas que le están haciendo, y después de escuchar, '¿dónde se conocieron ustedes dos?' Escapo a la cocina para reunirme con el tío Taylor.

La mesa ya está puesta. Así que ayudo a sacar la comida, de vez en cuando llamo la atención de Aaron desde la sala de estar mientras encanta a mi mamá y a mi tía, haciéndolas reír como adolescentes. Incluso mi papá parece impresionado.

—No puedo imaginar por qué estabas tan convencido de que él no era tu novio —comenta el tío Taylor cuando ve a Aaron—. Con un chico que se ve así, la mayoría de las chicas prefieren decir lo contrario.

—No soy la mayoría de las chicas —respondo—, ¿y de qué sirve decirlo si no es verdad?

Cuando llega el momento, Liz y Dylan se unen a nosotros. Aaron saluda a Liz sin mencionar a Brandon, por lo que parece agradecida. Durante el almuerzo, la conversación fluye. Aaron parece genuinamente interesado en todos. Incluso Dylan, que nunca tiene nada que decirle a personas que no conoce, pronto comienza a hablar con él sobre la escuela y la medicina.

Soy el único que está callado, viendo como Aaron encanta a mi familia. Lo escucho hablar sobre Trent & Taylor con mi papá y mi tío, citando ejemplos de una marca de moda de la calle en la que invirtió. En el siguiente suspiro, está hablando de pintura con mi mamá y hablando en italiano con la tía Becky, quien aprendió el idioma cuando ella era una modelo adolescente en Italia. Una voz desesperada dentro de mi cabeza grita que no debería permitir que esto suceda. No debería haberlo dejado venir. Es suficiente que esté enamorado de él, no quiero que mi familia también se enamore de él. Solo terminarán decepcionados cuando Aaron y yo finalmente tomemos caminos separados.

Ese es realmente el problema, el conocimiento de que lo que tenemos es solo temporal.

Después de comer, vamos al patio trasero y Dylan, Liz y Aaron juegan al aro. Por supuesto, Aaron también es bueno en eso.

—Es muy guapo —comenta la tía Becky. Estamos sentados a la sombra con mi mamá, que está garabateando en un bloc de dibujo.

—Lo es —estoy de acuerdo.

—Y él también parece muy agradable.

—Sí.

Ella me echa un vistazo. —Sabes, la última vez que nos dijiste que un tipo era tu novio, resultó no ser digno de ese título. Éste parece que podría serlo. Sin embargo, solo mi opinión.

Apoyé la cabeza en la mesa. —Tía Becky... —Me quejo—. Algunas personas solo tienen dos padres.

Ella sonrío. —Entonces deberías considerarte afortunado.

CAPÍTULO 19

Es tarde de la tarde cuando estamos listos para partir. Liz decide quedarse, aunque todavía no está segura de si se irá a casa con sus padres, que viven a solo unos minutos de distancia, o se quedará despierta toda la noche jugando videojuegos con Dylan.

Después de despedirnos, sigo a Aaron hasta su auto, el jaguar plateado que solo lo he visto conducir un par de veces. Ambos estamos en silencio mientras él sale del camino de grava y se dirige a la carretera, el único sonido, el del motor del coche ronroneando debajo de nosotros como un gato de la jungla.

—¿Vienes a casa a menudo? —él pregunta.

—Aproximadamente una vez al mes. Mi mamá es muy agresiva.

—¿Es ella? —Parece sorprendido—. Pensé que ella era dulce, y tu tía también.

—Ja —digo, pero estoy sonriendo.

Él devuelve mi sonrisa—. ¿Estás ansioso por volver a la ciudad?

Le doy una mirada burlona desde debajo de mis pestañas. —¿Por qué? ¿Tienes planes para mí?

El asiente. —En realidad, lo hago.

Estoy mirando su perfil, así que cuando se vuelve me llama la atención. Me da una sonrisa sexy antes de volver a la carretera. —Mis padres tenían una casa en Sand's Point. Dividimos nuestra infancia entre allí y el hotel. Hice una llamada mientras estábamos con tus padres, así que si quieres venir a verla, estará lista para nosotros.

—Sí, por supuesto. —Me encantaría ver la casa donde creció.

En treinta minutos, ya estamos allí, recorriendo el largo camino hasta la entrada principal de la mansión renacentista griega de dos pisos.

Tan pronto como salimos del auto, la puerta principal se abre y un anciano canoso sale al porche delantero. Aaron toma mi mano y me lleva a los escalones del porche, sonriendo afectuosamente mientras estrecha la mano del hombre mayor. —Buenas noches Wilson, lamento molestarle con tan poca antelación.

—Es tu casa, Aaron —dice el hombre con una sonrisa que es casi paternal—, y siempre estamos felices de verte.

—Esta es Sarah. —Aaron se vuelve hacia mí. Sarah, este es Wilson Hayes. Solía dirigir el Swanson Court Hotel en Nueva York, y ha sido el cuidador aquí desde que falleció mi padre.

Wilson me sonrío. Bienvenida, señorita Foster. Es genial ver una nueva cara en Windbreakers. —Mantiene abierta la puerta y nos deja entrar a un gran pasillo, mientras yo sigo tratando de digerir el hecho de que la casa tiene un nombre. En el interior, hago una pausa para admirar la visión perfectamente mantenida de los pisos de mármol brillante, la elegante gran escalera curva y un techo moldeado del que cuelga una araña de cristal clásica.

—Me tomé la libertad de pedir la cena en la ciudad —le dice Wilson a Aaron.

Aaron asiente. —Gracias. Comeremos arriba a las ocho. ¿Cómo está Betsy?

—Mi esposa me está manejando lo mejor que puede —responde Wilson, la diversión bailando en sus ojos.

Aaron se ríe y se dirige hacia las escaleras. Me lleva arriba, a través de otro pasillo hasta una suite al final del pasillo. Desde la ventana de la sala de estar exquisitamente amueblada, puedo ver los jardines hermosamente cuidados y, más allá, la playa y las aguas del Long Island Sound.

Apoyo la cabeza contra el cristal—. La vista es preciosa.

—Estoy de acuerdo.

Algo en su voz me hace dar la vuelta. Sus ojos están en mi cuerpo, y los levanta hacia el mío, su expresión es descaradamente sexual e impenitente.

—Ven —dice, tendiéndome la mano—. Quiero mostrarte el dormitorio.

La lujuria cálida se acumula en mi vientre. —Se supone que debes mostrarme la casa —le digo, incluso mientras camino hacia él con las piernas que de repente se sienten como elásticas—. Es lo más educado.

—No soy muy educado —dice, llevándome hacia el dormitorio—. Lo que soy está muy excitado. —Cierra la puerta tan pronto como estamos en la habitación, luego me empuja suavemente hacia atrás para apoyarme en la puerta, se deja caer con gracia sobre sus rodillas, subiendo mi vestido simultáneamente. Sus manos ahuecan mi trasero, luego sus dedos se enlazan debajo de la cintura de mis bragas y las bajan, lo suficiente para poder cubrir los labios de mi sexo con su lengua.

Mis piernas se debilitan. Si no fuera por sus manos que me sostienen, me caería. Su lengua se desliza entre mis pliegues, hambrienta y burlona, buscando y encontrando los lugares más sensibles para volverme completamente loco.

Estoy gimiendo suavemente, mis manos presionadas contra la puerta. Incluso mientras me lame y me chupa, desliza mis bragas más abajo, liberando mis piernas para poder levantar una de ellas sobre su hombro, abriéndome al placentero asalto de su lengua.

Mi cuerpo tiembla, pierde el control. Mis débiles gemidos llenan la habitación y, sin embargo, no se detiene. Lame mis labios externos, luego chupa mi clítoris, hundiendo hábilmente su lengua dentro de mí una y otra vez hasta que grito, deshaciéndome mientras mi cuerpo se rinde al placer.

Todavía estoy temblando cuando deja caer mi pierna al suelo y se pone de pie. —Dime que no fue mejor que mostrarte la casa.

—¿Qué casa? —Bajo su rostro hacia el mío, deslizando mis labios sobre los suyos. Puedo saborearme en sus labios y eso me pone tan caliente. Me deslizo hasta las rodillas y empiezo a desabrocharle la bragueta, desabrocho apresuradamente la cremallera y le bajo los pantalones y las bragas.

Su polla sale libre, ya erecta. Tomo la longitud dura como una roca en mis manos, y su bajo gruñido de excitación me prende fuego. Lo miro. Su cabeza está echada hacia atrás, sus ojos cerrados. Humedeciendo mis labios, tomo la cabeza de su polla en mi boca, lamiendo lentamente alrededor antes de succionar el resto de él, hasta que puedo sentirlo haciendo cosquillas en la parte posterior de mi garganta.

Él gime en voz alta, sus manos en mi cabello. Aprieto mi boca alrededor de él, succionando profundamente mientras balanceo mi cabeza. Deja escapar un gemido torturado, y una mano deja mi cabello para soportar su peso en la puerta detrás de mí. Sus caderas se mecen en mi boca. Los movimientos poderosos son casi demasiado para mí, pero lo tomo, su disfrute carnal me excita también.

—¡Oh Dios! —él gime, sacudiendo sus caderas—. Oh, que se joda Sarah. Voy a venir.

Respondo ahuecando sus bolas, dejando que mis dedos rocen la suave piel, y él deja escapar un sonido laborioso, su cuerpo se pone rígido, mientras arroja su cálida semilla en mi boca.

Trago saliva rápidamente, lamiendo cada gota restante de la punta de su polla. Él gime y me

levanta, tirando de mi vestido por mi cabeza y prescindiendo de mi sostén a la velocidad del rayo. Se quita el resto de la ropa con la misma urgencia antes de llevarme a la cama. Apenas llegamos a la enorme cama con dosel de tamaño king. Me deja en uno de los postes y tira de mis caderas hacia él, deslizándose hacia mí por detrás.

Me aferro al poste, todo mi cuerpo dulce y líquido mientras empuja dentro de mí con una intensidad que raya en salvaje. Sus manos cubren mis pechos, sus dedos juegan con mis pezones hinchados mientras su polla gruesa acaricia cada dulce punto dentro de mí. El placer me invade, mi clímax se apodera de todo mi cuerpo. Continúa follándome incluso cuando mis escalofríos disminuyen, sus gruñidos se unen a mis suaves llantos. Siento que se está formando otro clímax, y me aferro al poste, todo mi cuerpo se tensa mientras un orgasmo me recorre. En el mismo momento, Aaron empuja ferozmente dentro de mí, enterrándose por completo mientras gime su liberación.

Después, nos acostamos en la cama enredados, sexualmente saciados. Está acariciando mi cabello y mi cara está contra su pecho, donde puedo escuchar su corazón latir. Se siente tan natural estar tan cerca de él. Siempre lo ha sido, incluso desde la primera vez.

Miro su rostro, preguntándome si él también lo siente.

Su mano todavía está en mi cabello. —¿Qué estás pensando?

Me encojo de hombros. —Qué bien se siente, simplemente estar aquí contigo.

Me acerca más. —Yo sé lo que quieres decir. No hay ningún lugar del mundo en el que prefiera estar.

Cierro los ojos, dejando que las palabras me inunden. Me acerco lo más posible a él y lo escucho reír, su pecho vibrando.

—¿Tienes hambre? —él pregunta.

Asiento con la cabeza. —Muriendo de hambre.

—Son las ocho —observa—. La cena probablemente nos esté esperando. —Empujándome para que me incorpore, se levanta de la cama, se dirige a un camerino contiguo y regresa con dos tónicas, se encoge de hombros una en su perfecta figura y me entrega la otra, antes de abrir la puerta de la sala de estar.

Él tiene razón. Hay una bandeja de cena con platos cubiertos y un cubo de hielo con una botella de vino enfriándose en el hielo.

Miro mientras Aaron descubre los platos. —Wilson parece saber lo que quieres cuando tienes invitados —comento—. ¿Tiene mucha práctica?

Aaron vuelve una sonrisa en mi dirección. —Puedes preguntar si he traído a muchas mujeres aquí. Tus celos me adulan, en realidad.

Le devuelvo la sonrisa. —¿Entonces? ¿Tienes?

—No nunca.

—¿Ni uno?

El niega con la cabeza. —No soy el playboy que las revistas de chismes me hacen parecer. He tenido algunas relaciones, todas con mujeres que sabían cuáles eran los términos.

—¿Como yo?

Me entrega una copa de vino. —Nunca ha habido nadie como tú.

Busco sus ojos, preguntándome si puedo atreverme a tener esperanzas, pero él se da la vuelta y se ocupa de poner los platos en la mesa.

—¿Cuáles fueron exactamente los términos? —Pregunto.

—Exclusividad, pero sin compromiso a largo plazo.

Justo como lo había pedido. —¿Y nunca te sentiste tentado a hacer una excepción con ninguna

de las mujeres con las que has estado?

El niega con la cabeza. —No nunca. Me he sentido presionada, pero por lo general, tan pronto como una mujer comienza a exigir más de lo que puedo dar, me marchó.

—¡Oh! —Tomo el asiento y el plato que me ofrece, tratando de que mis sentimientos no se reflejen en mi rostro. Si siempre se aleja cuando una mujer muestra signos de querer más de él, entonces es solo cuestión de tiempo, muy poco, antes de que terminemos.

—Por suerte para mí, nunca te pedí un compromiso a largo plazo —digo con una ligereza que no siento.

Sus ojos arden en los míos. —Esto es solo sexo y no quiero fingir que es nada más —dice—. Esas fueron tus palabras exactas.

Cuando no tenía idea de que me iba a enamorar de él. —Sí —le digo en voz baja—. Recuerdo.

Vuelve a llenar mi vino. —¿Te gusta la comida?

Asiento con la cabeza y empezamos a hablar de otras cosas. Después de comer, finalmente me muestra la casa. Se siente casi decadente, caminar por las hermosas habitaciones con solo nuestras batas, pero no hay nadie más en la casa. Wilson se ha retirado al apartamento que comparte con su esposa en la propiedad, y la criada ha regresado a su casa en la ciudad.

Terminamos en uno de los balcones del piso superior, mirando las estrellas sentados en un largo diván con una manta que nos cubre a ambos. El silencio es pacífico, con solo el sonido de los insectos en el jardín y el sonido lejano de las olas. A lo lejos, las luces de la ciudad parecen luciérnagas en la niebla. Se lo menciono a Aaron y se ríe. —Muy descriptivo —bromea—. Creo que podría haber un poeta dentro de ti en alguna parte.

Hablamos hasta altas horas de la noche y, finalmente, con sus brazos alrededor de mí y el ritmo constante de su corazón contra mi oído, me quedo dormido.

* * * *

Me despierto sola, acostado en la gran cama con las mantas a mi alrededor. Aaron está sentado al borde de la cama, con la cabeza entre las manos. No necesito preguntar para saber que ha estado soñando de nuevo.

Lo alcanzo, colocando una mano en su hombro. —¿Estás bien?

Se levanta, alejándose de mi toque. —Sí, estoy bien. Vuelve a dormir.

Arrugo la frente. —No. No cuando vas a quedarte despierto el resto de la noche. —Yo también me levanto, tirando de las mantas conmigo—. ¿Por qué no me lo cuentas?

—¿Por qué? —pregunta con irritación—. ¿Porque tienes curiosidad?

—¡Porque me importa!

Su garganta funciona mientras traga. Olvídate de eso, Sarah. Ya has ayudado más de lo que crees. Estas últimas dos semanas contigo han sido las más pacíficas que he estado en mucho tiempo.

Agarro su mejilla con una mano, deseando consolarlo. —Vuelve a la cama —le susurro.

Más tarde, cuando está acostado en mis brazos, su cabeza en mi pecho, escucho su respiración mientras duerme, rezando para que los demonios que enfrenta en sus sueños, no vuelvan antes de la mañana.

* * * *

Cuando me despierto por la mañana, vuelvo a estar solo. Encuentro una nota escrita a mano por Aaron en una hoja de Swanson Court estacionaria, diciéndome que mi ropa está en el camerino adjunto.

Me doy una ducha rápida y me lavo los dientes con un cepillo de dientes nuevo que ha sido cuidadosamente colocado en un portacepillos en el lavabo. En el camerino, mi vestido de ayer está colgado, recién lavado, mientras que mi ropa interior está doblada en un estante al lado. Después de ponerme la ropa, bajo las escaleras, donde el olor del desayuno me lleva a la cocina.

Estoy decepcionado cuando no encuentro a Aaron allí. En cambio, una mujer regordeta con rostro sonrosado está haciendo tostadas y friendo tiras de tocino.

—Buenos días —me saluda con una sonrisa alegre—. Tú debes ser Sarah. Soy Betsy. Sra. Hayes. ¿Tuviste un buen descanso?

—Sí, gracias.

—¿Por qué no te sientas? —Sugiere, volviendo a su cocina. Aaron está afuera mirando los jardines. Estoy seguro de que volverá en un momento.

En ese momento, Aaron entra a la cocina por la puerta trasera. Parece recién duchado, vestido con una camiseta y pantalones cortos que lucen sus anchos hombros, su pecho esculpido y sus largas piernas musculosas.

—Finalmente estás despierto —comenta, acercándose a la mesa para dejar un beso en mis labios—. Pensé que iba a tener que transportarte inconsciente de regreso a Manhattan.

Mis ojos beben en sus rasgos. ¿Cómo es posible amarlo ahora más que ayer? —Estaba cansado —respondo a su pregunta.

—Comprensiblemente. —Él sonríe y trato de ocultar mi sonrojo de Betsy, que está sonriendo.

—Toma asiento —le dice a Aaron—. Ha pasado un tiempo que tenía gente joven para alimentar. Así que come.

—Sí, señora —dice Aaron, sonriendo con cariño mientras hace lo que ella dice.

Wilson se une a nosotros y todos desayunamos juntos. La pareja mayor obviamente quiere a Aaron y está orgullosa de los logros de él y de Allan. Son lo más cercano que Aaron tiene a los padres reales, me doy cuenta, sintiéndome agradecido hacia ellos.

La casa tiene un largo tramo de playa adjunto, junto con una cancha de tenis, una piscina y jardines interminables. Así que después del desayuno, Aaron me lleva a dar un paseo por la playa. Encontramos una zona apartada, donde me quita la ropa y me hace el amor lenta y dulcemente contra el sonido de las olas rompiendo en la arena. Me hormiguean los dedos de los pies mientras caminamos de regreso a la casa, pero cuando lavamos la arena de nuestros cuerpos, hacemos el amor de nuevo, y esta vez, lo monto, dictando nuestros movimientos mientras lo tomo muy dentro de mí. Para cuando finalmente iniciamos el viaje de regreso a la ciudad, estoy somnoliento y con un dolor agradable.

Me paso los primeros minutos hablando por teléfono con Liz, mientras Aaron conduce. Ha vuelto a casa, después de pasar la noche en casa de sus padres. Después, me desplazo por las listas de reproducción de Aaron, arrugando la nariz ante las canciones de hard rock antes de finalmente establecerme en una lista de reproducción con música clásica.

Suspiro de satisfacción cuando el coche se llena con el sonido del Danubio Azul. Por el rabillo del ojo, veo a Aaron mirándome. —¿Qué?

—Nada —se vuelve hacia la carretera, sonriendo.

Le doy un golpe en el brazo juguetonamente. —Dime lo que estabas pensando.

—Que me encanta mirarte. —Sus ojos están en el camino—. Disfruto la forma en que disfrutas las pequeñas cosas.

Estoy a punto de responder cuando suena mi teléfono. Miro la pantalla y me sorprende ver el nombre de Jim. Los ojos de Aaron están en la carretera y frunzo el ceño ante el teléfono. Si no atiendo la llamada, Jim seguirá llamando y se verá raro si no contesto.

Respondo la llamada. —Hola.

—Hola Sarah. ¿Qué pasa?

—¿No mucho? ¿Qué pasa con usted?

—Estoy genial ahora, pero me puse un error antes. Lo que sabrías si no me hubieras abandonado. Ni siquiera una llamada a un viejo amigo.

Yo suspiro. —¿Cómo estás ahora?

—Perfecto. Aunque tuve que volver temprano.

—¿Entonces estás en Nueva York?

—Sí. —Hay una breve pausa—. Quiero verte. ¿Qué tal si salimos esta noche?

—No esta noche.

—¿Por qué no? Ten piedad de alguien que se muere por verte. —Cuando no respondo, suspira—. Mañana entonces, después del trabajo, podemos ir a tomar una copa como en los viejos tiempos.

Echo un vistazo a Aaron. —Sí —le digo a Jim—. ¿Por qué no me llamas mañana?

Genial, Sarah. Hasta entonces.

Después de la llamada, Aaron y yo nos quedamos en silencio durante el resto del viaje. Su rostro es impassible, incluso mientras navega por el tráfico que entra en la ciudad. Jugueteo con el teléfono en mi regazo, mi mente en Jim. Es difícil incluso recordar los sentimientos que solía tener por él. Es casi como si, en mi cabeza, hubiera dejado ir todo lo que sentí antes de enamorarme de Aaron.

Me quedo mirando sus dedos en el volante, sintiéndome impotente. Quiero decirle que estoy enamorada de él, pero sé que eso solo hará que me aleje.

Me mira y me ve mirándolo, después de un segundo, se vuelve hacia la carretera. —Ese era Jim Weyland al teléfono.

No es una pregunta. —Sí, lo era.

—Y lo vas a ver mañana.

—Sí.

No dice nada más. En mi edificio, aparca en la calle y se vuelve hacia mí. —Estamos aquí —dice.

Asiento con la cabeza. —Tuve un gran tiempo.

—Me alegro de poder ser útil —dice secamente.

El cambio de actitud tiene que ser por mi conversación con Jim. Recuerdo la reacción de Aaron a Jim en San Francisco. Entonces admitió que había estado celoso. ¿Sigue sintiendo lo mismo? En el fondo de mí, acepto que tal vez accedí a salir con Jim porque quería ver una reacción, una señal de que a Aaron le importaría si pensaba que podría perderme.

—Voy a tomar una copa con él —le digo en voz baja.

Sus dedos se flexionan sobre el volante. —Está bien. Tú misma dijiste que no puedes olvidar a alguien a quien has amado durante años.

—Estaba hablando de Liz.

—¿Entonces no se aplica a ti y a Jim? ¿Lo has superado por completo?

—Sí.

Exhala y golpea el volante con los dedos. —Entonces, ¿por qué tienes que salir con él?

Cruzo mis brazos. —Porque también ha sido un amigo. No todas las relaciones se basan completamente en el sexo.

Él se encoge de hombros. —Tú fuiste quien exigió que esto que hemos tenido se basara solo en

el sexo.

—Quizás ahora quiero más.

—¿Sí?

Quiero decir que sí, pero hay ese miedo en el fondo de mi mente.

Tan pronto como una mujer comienza a exigir más de lo que puedo dar, me marchó.

No sé cómo podré soportarlo si se aleja de mí.

Pero un día lo hará. Es inevitable, y cuanto más aguante, más difícil será finalmente dejarlo ir.

Todavía está esperando que diga algo. Respiro hondo. —No puedes darme lo que quiero —le digo en voz baja.

Su mandíbula se aprieta y durante un largo momento no dice nada. —Me resulta muy esclarecedor que estemos teniendo esta conversación justo después de que hablaste con él. — Escupe la palabra—. Si prefieres estar con tu ex, no tienes que conjurar vagas razones por las que no deberíamos estar juntos, solo avísame y no te detendré.

—Esto no tiene absolutamente nada que ver con Jim.

Se queda en silencio, luego, de repente, sin previo aviso, me alcanza, me atrae hacia él y me cubre los labios con un beso duro, hambriento y exigente. A pesar del derroche de emociones que estoy sintiendo, mi cuerpo responde de inmediato, mi lengua se encuentra con la suya, tomando y dando.

Se siente como si me estuviera derritiendo con él, como si nunca más supiera dónde termina y empiezo, para cuando me suelta, los dos estamos jadeando. Se echa hacia atrás y cierra los ojos, su pecho sube y baja mientras trata de controlar su respiración. Mis pensamientos están todos revueltos en mi cabeza y siento como si fuera a llorar.

—Lo siento —dice con brusquedad.

En ese momento, sé que cometí un gran error. Quiero decirle que estoy dispuesta a aceptar lo que sea que tenga para dar. Quiero rogarle que no se vaya, pero las palabras me fallan.

Enciende el motor, con los ojos al frente. —Yo también tuve un gran fin de semana —dice con voz despectiva—. Adiós Sarah.

—Sí —digo miserablemente, antes de tropezar fuera del coche. Espera hasta que estoy en la puerta antes de comenzar a alejarse. Para cuando subo las escaleras hacia mi apartamento, mis mejillas están mojadas por las lágrimas y no sé si alguna vez volveré a ser feliz.